



Reseñas

A propósito de María Cristina Tortti, **El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva» izquierda**, Buenos Aires, Prometeo, 2009, 414 pp.

Cristina Tortti llena un vacío historiográfico al ocuparse tanto del derrotero del Partido Socialista luego de la Revolución Libertadora como de la experiencia del Partido Socialista Argentino de Vanguardia en los primeros sesenta. Es que, por un lado, las investigaciones sobre el PS privilegiaron mayormente un recorte temporal concentrado en el periodo pre-1946, una *edad dorada* para los propios socialistas cuando el Partido poseía programa de *política científica*, base obrera y representación parlamentaria permanente; por el otro, los estudios sobre la nueva izquierda en nuestro país se asimilaron a la *nueva izquierda cultural* o a las organizaciones político-militares.

La crisis partidaria de 1957, que en pocos años atomizó al viejo Partido, le permite a la autora estudiar la transformación de una zona de la izquierda argentina. Como sostiene Cecilia Blanco, el rápido desencanto de las expectativas abiertas por la Revolución Libertadora y la consecuente puesta en debate del consenso antiperonista prolongado durante diez años en el seno del Partido erosionaron el universo de sentidos socialista. Gradualmente, en la agenda partidaria se incorporaron nuevos elementos, resultantes tanto de una reevaluación del peronismo en tanto fenómeno político de masas como de una relectura crítica de la historia del PS por su estrategia *liberal-burguesa*.

Tortti propone una investigación centrada en la fracción juvenil radicalizada del PS que surgió a mediados de los años cincuenta y que integró la escisión que, aliada con figuras como A. Palacios, A. Moreau, C. Sánchez Viamonte o J. L. Romero, quebró con el Partido y formó el Partido Socialista Argentino en 1957. Dicha fracción estaba integrada por A. Lattendorf, E. Semán, E. Rando, P. Giusani y J. Constenla entre otros. La opción por una corriente interna implica la posibilidad de pensar las continuidades en el marco de la izquierda argentina de

los años cincuenta y sesenta: la crisis del PS —que enfrentaba a un sector *liberal* y *gorila* a otro, definido como *renovador*— que estalla a meses de la Revolución Libertadora y que en el 44° Congreso partidario del año 1958 llevó a la división en el PSA (los renovadores aliados con los sectores juveniles) y el Partido Socialista Democrático (el *ghiolismo*). La misma fracción que en el año 1961 protagonizó una nueva escisión al alejarse del PSA y fundar el PSAV.

El acierto de la autora es no ocuparse exclusivamente de la experiencia del PS, el PSA o el PSAV sino más bien problematizar la emergencia de programáticas políticas radicales y novedosas y así tematizar la emergencia de la llamada nueva izquierda en el seno de los partidos de la izquierda tradicional: la fracción juvenil y radicalizada del PS es pasible de comparación con el grupo nucleado alrededor de E. Laclau en Filosofía y Letras que se unió al núcleo de J. A. Ramos a principios de los '60 o con las experiencias de Pasado y Presente y el grupo de J. C. Portantiero (luego Vanguardia Revolucionaria) que por los mismos años rompieron con el Partido Comunista —y por qué no, también, los jóvenes frondistas decepcionados que formaron el MLN). Esta opción metodológica le permite a la autora mojonar el proceso de radicalización: incorporación del marxismo leninismo como lenguaje, debates en torno a la estrategia insurreccional o el juego de alianzas a seguir. Esta fracción juvenil se radicaliza a partir del impacto de la emergencia de un movimiento obrero con alto nivel de combatividad durante los primeros años de la resistencia peronista al mismo tiempo que de la aparición de la Revolución Cubana en el horizonte trastocando las coordenadas temporales a partir de las cuales construir el socialismo. En suma, la emergencia de nuevos problemas políticos, sociales o culturales que impactaron en el modo en que ciertas zonas de la izquierda construyeron su análisis de la realidad argentina y, en el caso del PS, alentaron la crítica del *Programa mínimo*.

Conviene pensar dos cuestiones: por un lado, si la opción por el grupo representa una

mayor comprensión de cuestiones ya reseñadas al precio de descuidar las trayectorias de estas figuras juveniles y por el otro, si en ciertos pasajes la autora no le asigna al grupo un plan deliberado y perfectamente racional. La reconstrucción de las trayectorias de Latendorf, Giusani y compañía podría ser de utilidad para descubrir los elementos que cimentaron al grupo; asimismo frente a la mirada teleológica de la autora conviene recostarse en otros pasajes del mismo trabajo en los que el programa de la juventud aparece atado a la propia lógica partidaria de alineamientos y alianzas internas, a la sinuosa política del sindicalismo peronista (y del movimiento en general) y al posicionamiento del resto de las fuerzas en el campo de la izquierda, en especial el PC.

Un pormenorizado trabajo sobre fuentes partidarias, un invaluable número de entrevistas a dirigentes y el análisis exhaustivo de publicaciones vinculadas al grupo le permite a Tortti reconstruir una experiencia que dista mucho de agotarse en un mero recorte partidario. El resultado pone en cuestión el sentido común, cuyos orígenes sin dudas están en la izquierda nacional, que considera al PS pos-1955 un partido cerradamente *gorila* (la «leche de la clemencia» de A. Ghioldi en 1956) o pragmáticamente oportunista (la candidatura *fidelist* de Palacios en 1961); al mismo tiempo que se aleja de las perspectivas para el estudio del periodo observan al sistema político en su conjunto y que caracterizan a la política posperonista a partir de categorías como *juego imposible* o *empate hegemónico*.

Pablo Manuel Requena
(Universidad Nacional de Córdoba-CONICET)

A propósito de Alejandro Marti, **La biografía del anarquista Simón Radowitzky. Del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española**, Buenos Aires, De la Campana, 2010, 343 pp.

Pocos nombres tienen el poder simbólico y la fuerza revulsiva de Simón Radowitzky. Mártir, asesino, vindicador, caso judicial, su figura provocó controversia incluso dentro del movimiento anarquista desde el momento en que se hizo célebre volando el coche en el que viajaba el jefe de la Policía de la ciudad de Buenos Aires. Pero hasta ahora eran pocos los trabajos sobre su vida que trascendieran el atentado y la condena. Alejandro Marti, periodista y editor, compone a través de expedientes judiciales, entrevistas, folletos, documentos oficiales, memorias y cartas personales, el itinerario de una vida que se revela compleja y delicada. Este material disperso, recopilado por el autor en los principales archivos de las culturas de izquierdas y bibliotecas populares de Argentina, Uruguay, Holanda y Suiza es sistematizado por primera vez en un relato integral sobre su vida.

La investigación está centrada en el atentado al Coronel Ramón Falcón. De los diez capítulos en los que está organizado el libro los primeros cinco están dedicados al atentado, sus antecedentes y el juicio. Tal vez por ello el autor eligió privilegiar el primer capítulo —al que le dedica un espacio mayor que al resto— en el que reconstruye la coyuntura particularmente conflictiva de los días previos a la movilización del 1 de mayo de 1909, la matanza policial y la huelga general conocida como la «Semana Roja». Simón Radowitzky recién aparece en el segundo capítulo que relata su infancia y adolescencia en Ucrania. El tercer capítulo reconstruye el atentado y las diversas versiones sobre la participación de otros miembros del movimiento anarquista local en su planificación.

Como si sus vidas hubieran quedado irremediablemente unidas, en el cuarto capítulo el protagonista es el joven Ramón Falcón. Sus orígenes familiares, la carrera militar, los ascensos, la vinculación con la política y con la Policía de Buenos Aires aparecen como un juego de espejos frente a la trayectoria de su futuro matador, perseguido por las autoridades desde su infancia. No obstante, este intento por contra-

ponerlas confluye en la construcción de la imagen del mártir de ambos lados. Tanto para el movimiento anarquista como para la Policía de Buenos Aires el atentado dio lugar a la creación del mito ideal; el mártir de la idea, el santo ácrata, por un lado, y el mártir caído en cumplimiento del deber que encabezó el mausoleo policial, por el otro.

El quinto capítulo se centra en el expediente judicial de la causa contra Simón Radowitzky. En este punto Marti sostiene que si bien en la causa hay varios indicios que dejan entrever que Radowitzky no actuó solo en la planificación y ejecución del atentado, la policía no siguió la pista de posibles colaboradores. El autor encuentra una explicación a este hecho en la presión gubernamental por una sentencia ejemplificadora. El capítulo seis, titulado «el infierno de Ushuaia» relata el martirologio de Radowitzky en el presidio. Si bien se trata de relatos conocidos la reconstrucción de los 21 años de encierro logra la contundencia que el autor busca transmitir. De estos años data la construcción del nombre de Radowitzky como símbolo de lucha del anarquismo y la imagen de «mártir de la idea».

Los últimos cuatro capítulos se dedican a la vida de Radowitzky después del castigo. La etapa en la que vivió en Montevideo, el reconocimiento público, la vinculación al movimiento anarquista uruguayo, la ayuda a los deportados de Argentina tras el golpe de 1930, la vida cotidiana y las persecuciones tras el golpe de Estado de Terra en Uruguay. De esta segunda parte el capítulo sobre España es el más logrado. Lejos de la imagen del héroe mítico que lo canonizó antes de los cuarenta años, el Simón Radowitzky que va a pelear como voluntario por la revolución española es obstinado en su insistencia por estar en el frente, crítico con la acción de algunos sectores del anarquismo y en sus cartas se advierte la certeza del aislamiento progresivo de la revolución. Su particular anarquismo se vislumbra en la confianza en los hombres y mujeres que pelean ante la incertidumbre, en la ética con la que se relaciona con sus compañeros y se evidencia como

una actitud ante la vida. El último capítulo relata su vida en México luego de la derrota de la guerra civil que representó el fin de una etapa para el anarquismo y para Simón. Aquí el relato vuelve a un tono más bien intimista centrado en la vida cotidiana, el trabajo y los amigos. Simón Radowitzky murió a los 65 años de un paro cardíaco, en circunstancias dudosas, como tantos otros aspectos de su vida.

La edición cuenta con una serie de fotografías. Algunas muy conocidas, como la del pronuario policial a los diecisiete o dieciocho años; la imagen con el traje y el polín a rayas que aparecía publicada con regularidad en la prensa libertaria durante las campañas por su liberación. Otras en cambio son hallazgos: una toma del coche que conducía a Falcón y su secretario el día del atentado con los rastros visibles de la bomba; una foto tomada presuntamente por un niño el día que era liberado del penal de Ushuaia; con sus amigos y compañeros en Montevideo; un certificado del 4° Batallón de Infantería del Ejército del Este en España en la que se lo ve con una boina negra y las marcas de la madurez.

La biografía de Simón Radowitzky es un aporte en muchos sentidos. Sumada a otras biografías, memorias y autobiografías de militantes, intelectuales y propagandistas del anarquismo local contribuye a trazar trayectorias, derivas y avatares del movimiento. Resulta un acierto en este sentido que el libro unifique un relato que va desde principios del siglo XX hasta la década del cincuenta y que, si bien está centrado en la trayectoria personal, deja entrever el derrotero del movimiento anarquista.

El libro cobra fuerza cuando complejiza la imagen del mártir, cuando restablece al hombre por sobre el niño eterno, el héroe abnegado y el luchador inlaudicable. Por eso los capítulos sobre Montevideo y sobre todo España merecen una lectura detenida. Marti organiza con retazos de información la vida cotidiana de Simón Radowitzky: el amigo entrañable de la escritora anarquista Luce Fabbri, el «her-



mano» de Salvadora Medina Onrubia, a cuyas cartas y amistad le debe el «haber salvado su corazón» y con la que mantiene un vínculo espiritual toda su vida; el militante entregado a la causa pero que no es un buen orador, y lo sabe; que es inseguro y por momentos dice sentirse solo, débil, cansado y se queja de que «lo hacen sentir viejo»; el que antes de salir de Barcelona derrotada se llevó en un camión el archivo de la Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI) que hoy puede consultarse en el Archivo del Instituto de Historia Social de Amsterdam.

Leída en esta clave la vinculación indisoluble entre Radowitzky y el atentado a Falcón, que funciona como el eje que estructura el libro, pierde fuerza. El autor no explica cómo el movimiento libertario construyó el mito del vindicador-mártir y por momentos parece naturalizar un proceso que tuvo distintos momentos y generó tensiones para los anarquistas que nunca articularon un discurso único sobre la violencia. Radowitzky se convirtió en símbolo a costa de un debate que supuso discriminar qué tipo de acción directa sería reivindicada por las principales instituciones del anarquismo y cuáles quedaban irremediadamente afuera.

La tensión entre el hombre y el mártir que el libro no se propone resolver tiene varias ventajas. Por lo pronto habilita pensar en Simón Radowitzky más allá del acto de arrojar la bomba, como un militante más, un anarquista. El autor elige terminar la biografía con una cita de Liberto Callejas que lo define en su sentido más heroico como «un hombre de acción y todo un carácter. De esos hombres que prefieren estar solos mientras no pueden juntarse con sus iguales, que se pasean entre los hombres como si fueran árboles». Para el lector que llegó al final del libro esas palabras no dicen nada de Simón Radowitzky.

Luciana Anapios
(UBA-IDAES/UNSAM)

A propósito de Hugo Vezzetti, **Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009, 288 pp.

(Versión autorizada por la revista *A Contra corriente*)

El libro de Hugo Vezzetti **Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos**, prolonga la inquietud intelectual de su autor por pensar la violencia política en Argentina y las

memorias y representaciones que, sobre este «pasado que no pasa», circulan en el espacio público. En su trabajo anterior, Vezzetti examinó la interpretación y representación forjada sobre el terrorismo de Estado por el juicio a las Juntas militares en 1985 y analizó las variaciones de esa configuración de la memoria hasta las postrimerías del siglo pasado. En esta nueva obra analiza la violencia revolucionaria y su papel en el ciclo de violencia política que atravesó la Argentina entre las décadas del sesenta y setenta del siglo XX y las diversas lecturas, evocaciones y representaciones sobre ella desde su surgimiento hasta la actualidad.

Escrito en un lenguaje académico el libro se dirige, sin embargo, a un público amplio interesado en la historia política argentina reciente, en los dilemas abiertos por la violencia política y la dictadura, en los debates por interpretarlas y recordarlas y en la discusión sobre la cultura política de las izquierdas. La originalidad de este ensayo, inscripto en el campo de estudios sobre la memoria social, estriba en combinar una historia de las ideas sobre la violencia revolucionaria, con el análisis político y cultural de las formas con las cuales ha sido evocada y representada.

Específicamente, el libro ofrece una serie de características que lo distinguen de otras producciones del campo de estudios. Primero, amplía los marcos temporales para examinar este pasado, al no limitarse al período de la última dictadura militar (1976-1983) y remontarse al análisis de la violencia política que la precedió. Ello permite abordar la reflexión y el debate sobre la emergencia y el desenvolvimiento de la violencia política. Segundo, analiza las responsabilidades en la violencia, estudiándola en términos culturales y políticos, incorporando la pregunta por los patrones ideológicos que la hicieron posible. Por último, presenta un enfoque novedoso, propicio para el debate sobre la memoria y su futuro, al discutir los cánones con los cuales se representa y evoca este pasado. En función de estas apuestas, el autor examina distintas facetas de la violencia revolucionaria desde diversos ángulos.

En el primer capítulo, «La memoria justa: política e historia», Vezzetti retoma el concepto de *memoria justa* de Paul Ricoeur para postular la necesidad de que todas las memorias de las víctimas de la violencia política sean reconocidas en el espacio público. Con esta premisa sostiene que el análisis de la violencia revolucionaria habría sido relegado, en la reflexión sobre este pasado, por la exposición y el tratamiento de los crímenes de Estado, lo

cual habría desplazado el examen de las responsabilidades de las organizaciones guerrilleras. En ese contexto, el análisis crítico de la violencia revolucionaria sería ineludible para una memoria que no oblitere responsabilidades en el ciclo de violencia política. La memoria justa se arraigaría, entonces, en un doble fundamento, a la vez ético y político, que posibilitaría remover los obstáculos para que la comunidad rememore el pasado que la desgarró. Y, de ese modo, permitiría integrar el examen amplio del ejercicio de la violencia y el reconocimiento de todas sus víctimas más allá de las diferencias que, en términos jurídicos, puedan existir entre crímenes imprescriptibles, los perpetrados por el Estado, y los cometidos por grupos particulares. Ello, según el autor, podría abrir las puertas de una conciliación con el pasado, apaciguando los términos en que se lo debate y se lo rememora.

En el segundo capítulo, «La política y la violencia», Vezzetti discute que la violencia revolucionaria pueda explicarse como una reacción al golpe de Estado de 1955 contra Perón. Para ello, propone a la Revolución Cubana y al ideario guevarista como las fuerzas motrices que alimentaron esa vocación. En ese sentido, discutiendo las tesis de Pilar Calveiro, afirma que el militarismo de las organizaciones armadas no fue una desviación posterior sino un componente inicial de la concepción guerrillera, la cual entendía el escenario político como una guerra.

La violencia revolucionaria, recuerda Vezzetti, fue criticada desde las filas de la propia izquierda y los sectores progresistas. Basándose en los hallazgos de la investigación de Marina Franco, el autor afirma que los sectores progresistas de centroizquierda cuestionaron duramente la violencia guerrillera tras el retorno del peronismo al gobierno en 1973. Si estos actores la habían justificado o condescendido durante la dictadura de la autodenominada «Revolución Argentina» (1966-1973), en especial tras la gran protesta popular que condenó el Cordobazo en mayo de 1969, la continuidad de la lucha armada tras el abrumador triunfo electoral de Perón clausuró ese tipo de valoración de la insurgencia.

Este cambio cobró especial visibilidad, señala Franco en su trabajo y Vezzetti lo reafirma en su libro, en el diario **La Opinión**, expresión en la prensa gráfica del pensamiento progresista en ese período. Simultáneamente, al compás del surgimiento de la violencia paramilitar de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) bajo el tercer gobierno de Perón, los actores mencionados, junto a la izquierda tradicional,

criticarán la actividad guerrillera proponiéndola como favorable al bloque reaccionario y disociada de la lucha de la clase obrera y los sectores populares y condenarán, mediante un «esquema bipolar», el terrorismo de izquierda y de derecha. Esta perspectiva será asumida, también, por algunos organismos de derechos humanos como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) que, fundada en diciembre de 1975, meses antes del golpe, condenó enérgicamente a la guerrilla calificándola de terrorista y, a la vez, denunció la represión ilegal.

En el mismo capítulo, Vezzetti rastrea la crítica de la violencia revolucionaria durante la dictadura destacando que en determinadas publicaciones, como la revista **Controversia** editada por ex militantes políticos exiliados en México, se desarrolló una revisión profunda de la experiencia guerrillera y se cuestionó como parcial la adopción de la cultura de los derechos humanos si no se incorporaba a las víctimas de la insurgencia. De este modo, Vezzetti recupera la existencia de una crítica de la violencia revolucionaria desde el interior del universo de sus protagonistas que impugnó su autoritarismo, su mesianismo, su ejercicio del «terrorismo» y su ceguera política para reconocer la derrota y admitir sus responsabilidades en el proceso de violencia.

El autor señala, también, que la condena a los dos terrorismos será retomada en el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos que arribó a la Argentina en 1979 para realizar una inspección *in loco* tras haber recibido centenares de denuncias por desapariciones. Finalmente recuerda, retomando los aportes del autor de esta reseña, estos trazos del informe de la CIDH y la proveniencia de la APDH de varios integrantes de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), creada en 1983 por el presidente constitucional Raúl Alfonsín para investigar el destino de los desaparecidos, y autora del informe **Nunca Más**.

Por último, Vezzetti, registra los recorridos recientes de las memorias y representaciones sobre la violencia revolucionaria. Por un lado, destaca las intervenciones de ex militantes guerrilleros que, públicamente, revisaron e impugnaron sus prácticas y los crímenes perpetrados al interior de sus organizaciones, y la emergencia de las voces de los familiares de las víctimas de la violencia guerrillera. Sin embargo, también reconoce la profusa literatura testimonial que, desde mediados de los

años noventa, resalta los ideales y el espíritu de la militancia armada desatendiendo el examen de su cultura política y sus prácticas. Retomando las ideas de su obra anterior, el autor propone que estas iniciativas estarían reproduciendo, bajo otras formas, la figura de la víctima inocente cristalizada en el informe **Nunca Más**.

Tanto el tercero como el cuarto capítulo («Le vimos la cara a Dios» y «El hombre nuevo») proponen una crítica a la cultura guerrillera. El culto al coraje y al sacrificio; la sacralización y erotización de la violencia; la proposición de la figura del guerrero como paradigma; la exaltación de los héroes, cuya muerte obra como certificado de pureza; de las armas en desmedro de los programas; la sumisión a los jefes; y la disposición a ver traición en toda disidencia y en el acto de sobrevivir emparenta según Vezzetti —quien retoma aquí ideas de Pablo Giussani y de Emilio Gentile—, a la cultura de la guerrilla con la del fascismo. En igual sentido, el autor propone una genealogía de un emblema de la cultura revolucionaria, el «hombre nuevo» al cual, tras historizar su origen en la tradición jacobina, en el *ethos* cristiano y contrastarlo con el humanismo marxista, asocia con la ideología radicalizada del fascismo.

Por último, el autor explora las configuraciones actuales de la memoria sobre la violencia revolucionaria y destaca que los cuestionamientos críticos conviven con su recuperación mitológica por parte del gobierno de los Kirchner y el movimiento de derechos humanos, actores que estarían construyendo una visión idealizada y autocomplaciente que soslayaría el análisis de las responsabilidades guerrilleras, sus métodos de lucha y sus consecuencias. Estos tópicos, son específicamente abordados en el apéndice: «Espacios, monumentos, memoriales» que reúne trabajos publicados por el autor entre 2004 y 2006 sobre el Espacio para la Memoria en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el Parque de la Memoria y el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado. En ellos, analiza críticamente las iniciativas para constituir estos tres espacios como sitios de memoria tanto en su estructuración como tales como en función de los relatos e interpretaciones que proponen.

Sobre el primer tópico, identifica como rasgos comunes la falta de discusiones abiertas sobre los sentidos y relatos que deberían conjugar estos sitios, y la delegación estatal en las organizaciones de derechos humanos del uso de los espacios y la interpretación del pasado. Es decir, la ausencia de una política pública de la

memoria. En contraposición, el autor describe la multiplicación y superposición de entes burocráticos, la fragmentación y agregación *ad infinitum* de las iniciativas y de los hechos que allí se conmemoran, indicadores, todos, de la falta de consenso sobre cómo evocar este pasado y de la ausencia de una intervención independiente del Estado. Respecto de las narrativas que proponen estos sitios, examina las tensiones que se producen entre los relatos que se sitúan en la cultura de los derechos humanos y en la cultura de la revolución. Frente a este estado de cosas, postula la necesidad de que prevalezca la deliberación amplia y pública, que trascienda a los grupos de afectados, sobre el relato que propongan estos sitios, y sugiere que se concentren en promover la circunspección ante las víctimas del terrorismo de Estado y la desaparición y promuevan una reflexión crítica sobre la violencia.

De este modo, Vezzetti postula una serie de proposiciones que, por su agudeza y valor intelectual, merecen ser discutidas. En primer lugar, vale detenerse, por su importancia, en la idea de «memoria justa». Esta fórmula se inscribe en el desafío del autor por imaginar formas a través de las cuales una sociedad pueda tramitar el pasado de violencia, al reconocerse como una comunidad con derechos, deudas, responsabilidades y legados compartidos, más allá del tratamiento jurídico de ese pasado en los tribunales. Vezzetti traduce esta proposición en la necesidad de incorporar la reflexión sobre la violencia revolucionaria y el reconocimiento de sus víctimas. Sin embargo, este intento parte de una exégesis de la violencia que opaca la escalada de la represión estatal entre 1955 y 1973 y la proscripción política del peronismo. En igual sentido, la ponderación que se propone de la Revolución Cubana en la gestación de la violencia revolucionaria desplaza todo factor de la historia nacional de la explicación sobre el cariz que asumieron los giros subjetivos y políticos de sectores intelectuales, del movimiento estudiantil y obrero años antes de que el paradigma guevarista cobrara fuerzas en el país.

Por otra parte, la «memoria justa», al asentarse en la figura de la víctima, reforzaría aún más la autoridad que ésta ya posee en el escenario de la memoria en Argentina y las barreras que la potestad del sufrimiento y la afectación han erigido para abrir un debate inclusivo que posibilite la ampliación del «nosotros» que rememora y discute ese pasado. De ese modo, la figura de la víctima, sostenida en una matriz moral, podría constituirse en un obstáculo para un trabajo de memoria ciudadana. Asimismo, la restricción de las víctimas a los asesinados



por causas políticas, soslayaría la ausencia de proporcionalidad entre los producidos por la violencia insurgente y los causados por la represión estatal, la diferencia entre la muerte y la desaparición, y el hecho de que las violencias de Estado también comprendieron, entre otras, el exilio, la tortura sistemática, la prisión política en cárceles legales y la apropiación de los hijos de los desaparecidos. En el plano político, desplazaría las razones e intereses que motorizaron el conflicto, y las responsabilidades morales y políticas de otros actores, ajenos al binomio víctima y perpetrador, en el ciclo de violencia. Por último, es difícil entrever la escisión entre el concepto de «memoria justa» de la reconciliación y el perdón. Recuérdese que Ricoeur propone esa idea como el ejercicio de una memoria que, tras apaciguar las pasiones, incluya esas dimensiones junto al duelo y al olvido.

En segundo lugar, el aporte indudable que realiza Vezzetti a la historización de las críticas de la violencia revolucionaria y su exposición de los graves y profundos errores políticos que signaron las experiencias guerrilleras en Argentina, los cuales comprendieron pero excedieron el militarismo, merecería ser complementado con un aporte teórico sobre la relación entre guerra y política y por el análisis histórico de esa violencia. Por un lado, porque no hay una relación de necesidad entre una lectura del escenario político en términos de guerra y el militarismo. Si bien esta asociación no ha ido desdeñable, el pensamiento revolucionario en otras latitudes incorporó la teoría clásica de la guerra, reflexionó sobre el momento político-militar de la relación de fuerzas y criticó el militarismo. Por otro lado, el análisis de las consideraciones discursivas que mereció la violencia guerrillera entre 1973-1976, específicamente su calificación como terrorista, debería confrontarse con un examen más profundo de sus prácticas a fin de analizar correspondencias y tensiones entre ambos niveles de análisis. En el mismo sentido, un examen más amplio de la cultura de izquierdas merecería incluir la reflexión sobre las responsabilidades de la izquierda no armada y la centroizquierda que sostuvieron el esquema bipolar de los «dos terrorismos» y recibieron con grandes expectativas, y en ciertos casos con entusiasmo, la promesa de la última dictadura de equidistancia y neutralidad ante ambas violencias. En síntesis, este espectro de discusiones podría ser enfocado de manera más amplia con el fin de enriquecer el estudio de las políticas del conjunto de las izquierdas y el arco progresista en ese tiempo.

En tercer lugar, el análisis de Vezzetti incorpora un tópico soslayado por las memorias militantes: el examen crítico de la cultura política de los proyectos revolucionarios y su práctica de la violencia bajo los gobiernos constitucionales peronistas entre 1973 y 1976. Efectivamente ello fue obliterado, primero, por la condena al terrorismo de Estado y por la consagración de la figura de la víctima inocente y, luego, desde mediados de los años noventa, por una renovada literatura de las virtudes, condensada en las biografías testimoniales de los militantes, ya no basada en la figura de la víctima ajena a todo compromiso político, pero que igualmente reprodujo la ponderación de los valores morales de la militancia revolucionaria por sobre el análisis crítico de sus prácticas y cultura política.

Sin embargo, la asimilación que propone Vezzetti entre la cultura de la guerrilla con la del fascismo a partir de la proposición de una cultura guerrera compartida signada por el culto a los héroes, al coraje y al sacrificio pierde fuerza a la luz de un aspecto que el propio autor destaca: la existencia de esa cultura como patrimonio de Occidente y su presencia desde las sagas homéricas hasta las epopeyas republicanas y nacionales. La afinidad y filiación entre guevarismo y fascismo se establece por su crítica común al individualismo burgués, la supuesta autonomización de la voluntad combatiente de toda ideología expresada en el culto a la acción y el origen ideológico de una fracción de la conducción de la guerrilla de Montoneros. Debido a las raíces seculares de esta cultura, que Vezzetti destaca, puestas en juego en diversos escenarios de polarización, movilización de las pasiones políticas y de ejercicio de la violencia, las afinidades postuladas parecen no ser suficientes para establecer la genealogía propuesta. La misma, además, colocaría al guevarismo por fuera de la cultura de izquierda, tradición en la que, sin embargo, podría reconocerse por su voluntad de transformación radical de carácter anticapitalista de la realidad social y de la subjetividad, por las formas de organización partidaria cerradas a la discusión interna, el culto a la personalidad de los jefes o la épica al sacrificio individual de los militantes.

Finalmente, tiene especial interés el apéndice, «Espacios, monumentos, memoriales», por ser uno de los pocos esfuerzos disponibles en la literatura sobre el pasado reciente y sus memorias en Argentina para pensar críticamente la conformación de sitios de memoria en Buenos Aires. Escrito con agudeza, expone las deficiencias oficiales en las políticas de concep-

ción, gestión y administración de estos espacios, desnuda su burocratización, la potestad otorgada a las víctimas en su gestión y determinación de su sentido y la paralela ausencia de una dimensión estratégica en las políticas públicas.

Vezzetti expone acertadamente la tensión entre diversos relatos que circulan en estos sitios y propone, en sintonía con su distinción entre el ejercicio de una memoria de los combates y otra de las víctimas, centrar la voluntad de memoria en esta última figura. Esta proposición, sin embargo, deja de lado la superposición que, entre una proporción importante de desaparecidos, existe entre ambas figuras. Pese a ello, cabe destacar que la identidad guerrillera de muchos desaparecidos es ocluida por la ausencia de registros oficiales, de carácter público, que presenten sus compromisos políticos. Ello evidencia la vigencia en el plano político y simbólico, pese al discurso oficial, de la restricción dictatorial que limitaba a los «inocentes» la condición de sujetos de derecho y confirma y pone de relevancia el reclamo de Vezzetti para que se amplíe la deliberación sobre el pasado, incluyendo a otras voces.

En síntesis, valiente y polémico, expresión de un esfuerzo intelectual comprometido en pensar críticamente a la violencia política y a sus protagonistas, el nuevo libro de Vezzetti sobresale dentro del campo de estudios sobre la memoria. Sus ideas trascienden el convencionalismo y las perspectivas autocomplacientes y tienen la capacidad de provocar el debate y desafiar sentidos comunes y nociones instaladas. Por ello, suscitará acuerdos y desacuerdos pero su lectura será ineludible para quienes acepten el reto de pensar la historia y las memorias de este pasado en Argentina y de imaginar los futuros posibles de su tramitación, representación y evocación.

Emilio Crenzel
(CONICET-UBA)

A propósito de Joy Damousi & Mariano Plotkin (Ed.), **The Transnational Unconscious. Essays in the history of psychoanalysis and transnationalism**, London-New York, Palgrave Macmillan, 2009, 264 pp.

The Transnational Unconscious indaga en los límites teóricos y metodológicos que han dominado en la historia del psicoanálisis, revisando

las bases conceptuales que permiten pensar al saber psicoanalítico en tanto «disciplina transnacional», diferenciándose de la economía, la sociología o la historia, en las cuales prevalecería su origen fuertemente anclado en marcos nacionales. La notable capacidad del psicoanálisis para traspasar las fronteras nacionales y exhibirse como un campo especializado de conocimiento desde comienzos del siglo XX se debería, según los compiladores, a la voluntad universalista de sus categorías, capaces de interpelar a los sujetos sociales por sobre sus diferencias políticas o ideológicas, así como también a su «inmanente» potencia interpretativa para interrogar la realidad. A lo largo de nueve capítulos, esta hipótesis se sostiene, especialmente, sobre trabajos que atienden al desarrollo del psicoanálisis en espacios extra-europeos, reconstruyendo los contextos sociales y culturales de recepción que operaron para la implantación local de un saber singularmente «transnacionalizado».

Las variables modalidades de apropiación del saber psicoanalítico en locaciones periféricas de un «sistema transnacional de creencias», su vertiginoso éxito en diferentes comunidades académicas, así como el profuso diálogo que promovió el psicoanálisis con otras disciplinas intelectuales, configuran el andamiaje sobre el que transitan los estudios incluidos en esta compilación. El desafío metodológico que supone la producción de una historia transnacional del psicoanálisis es calibrado por los compiladores en la introducción al volumen, a partir de una serie de recaudos propios de aquellos estudios que asumen una perspectiva analítica sensible a los contactos entre comunidades intelectuales: el objeto de estudio que reúne a las colaboraciones del libro identifica al psicoanálisis como un fenómeno cultural, traspasado por complejas tensiones y contradicciones, irreductibles a términos normativos. La atención, entonces, se desplaza para captar las apropiaciones heterodoxas y las discontinuidades institucionales que produjeron singulares «culturas psicoanalíticas» a lo largo de geografías de porosas fronteras, cambiantes centros de producción intelectual y variables circuitos de circulación de ideas, a fin de iluminar el vínculo entre lo local y lo global en la expansión del psicoanálisis.

The Transnational Unconscious está dividido en cuatro secciones. La primera, contiene los artículos de Elizabeth Ann Danto y Eli Zaretsky. Ambos trabajos focalizan su atención en el triunfo internacional del movimiento modernista en relación al auge del psicoanálisis como práctica de «liberación» de la opresión étnico-

política sufrida por la población afroamericana en Estados Unidos (Zaretsky) o de las neurosis que aquejaban a la clase trabajadora en la Viena *fin-de-siècle* (Danto). El segundo apartado del libro, presenta los trabajos de Frances Gouda y de Federico Finchelstein quienes analizan dos diferenciales operaciones de recepción del psicoanálisis: como instrumento justificador del dominio colonial holandés (Gouda) y como arma de resistencia antifascista (Finchelstein). La sección número 3, «The Transnational diffusion of psychoanalysis», incluye un texto de Joy Damousi dedicado al psicoanalista húngaro Andrew Peto, errante figura con una inusual capacidad para articular proyectos de difusión de la teoría psicoanalítica con las modalidades clínicas vigentes en los particulares escenarios nacionales donde se insertó.

Desde una perspectiva comparativa, Mariano Plotkin se ocupa de los patrones de recepción y circulación del psicoanálisis en Argentina y Brasil entre 1910 y 1940, antes de su consagración institucional, demostrando así la disparidad de las apropiaciones ejercitadas en ambos contextos en relación a un proceso de construcción de identidades nacionales fuertemente condicionado por clivajes políticos y étnicos. Finalmente, los trabajos de Alejandro Dagfal, Jane Russo y Sergio Visacovsky sobre la recepción de las teorías de Melanie Klein y del psicoanálisis lacaniano en Argentina, Brasil y España, plantean una argumentada crítica contra los análisis en términos de «centro-periferia» que invisibilizan otros circuitos de circulación de ideas alternativos, desconociendo la extrema complejidad que éstos constituyen.

Ofreciendo un interesante distanciamiento con respecto a las historias del psicoanálisis centradas en el genio creador de Freud como con aquellos trabajos «en extremo contextualistas» focalizados sólo en las condiciones socio-culturales del surgimiento del psicoanálisis en Viena, **The Transnational Unconscious** explora productivamente la circulación internacional de ideas y los diferentes derroteros nacionales del saber psicoanalítico. Su marcada intención de dialogar con el campo de los estudios sobre recepción y apropiación de ideas significa una sugerente invitación a reflexionar sobre los alcances de pensar la producción de saberes en coordenadas geográfico-culturales de variable disposición.

Ezequiel Grisendi
(UNC-CEMICI, Museo de Antropología / CONICET)

A propósito de Samuel Amaral y Horacio Botalla, Imágenes del peronismo. Fotografías 1945-1955, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Tres de Febrero, 2010, 232 pp.

Recorriendo las páginas de este libro, el interés por las imágenes del peronismo allí seleccionadas se convierte rápidamente en fascinación. La fotografía nos acerca casi como ningún otro documento impreso al pasado, aun cuando sabemos que la recreación de la realidad se construye en función del punto de vista del fotógrafo y en la elección del ángulo de la cámara. Esto es visible en las imágenes que el libro presenta en las que vemos composiciones notables: hay planos en picada, contrapicada, ángulos imprevistos, grandes planos, diagonales pronunciadas, etc. El universo fotográfico extraordinariamente rico se acentúa porque los autores han elegido cuidadosamente fotos que, por su calidad estética, por su valor histórico, y por la manera en que han sido incorporadas en las páginas no nos dejan indiferentes. Apelan a nuestras emociones y a una disparidad de asociaciones.

La compilación reúne más de doscientas fotografías. La mayoría corresponde a momentos significativos de la historia social y política del peronismo: el 17 de octubre, las manifestaciones populares, las inauguraciones de obras, la presentación de los planes quinquenales, el acto del Día de la Lealtad, Perón y Evita frente a multitudes. También hay lugar para escenas cotidianas, como las pintadas durante la campaña electoral de 1946, la clausura de un negocio durante la campaña contra el agio y la especulación en 1950; de igual manera, aparecen reportajes de situaciones menos oficiales como la serie realizada por la fotógrafa Sylvia Salmi en su visita personal a la pareja Perón-Duarte.

Los autores se preocuparon por delimitar el contexto histórico de esas fotos, y a partir de allí sortearon el riesgo de alimentar una mitología a favor o en contra del peronismo. El libro se organiza según un criterio temático y cronológico: «El surgimiento», «El Ascenso», «Las Multitudes», «Las Fiestas», «Las Obras», «El Cenit» «La Muerte de Eva» y, finalmente, «La Caída». Para orientar al lector, cada parte es introducida por una breve reseña que enmarca los hechos del período, y en las últimas páginas un útil índice cronológico. Los epígrafes de las fotos prolijamente escritos completan esas informaciones, además de revelar el nombre del fotógrafo o su anonimato, la mención del archivo y de la colección. Todo esto habla del rigor con que los autores encaran el trabajo.

En este importante corpus fotográfico nos podemos detener especialmente en el género retratos de Eva y Perón, en la representación de las multitudes y en las imágenes de la agenda oficial. Un hito considerable en el desarrollo de la fotografía de consumo público fue el interés de las figuras políticas en difundir sus retratos a través de la prensa, afiches, folletos y otros medios gráficos. Es así como se convirtió la fotografía en una herramienta política privilegiada en la difusión de una determinada imagen tanto de Eva como de Juan Domingo Perón. Lo destacado de estos retratos consiste en su composición de gran dinamismo, destreza técnica y búsqueda estética. Inclusive, no faltan artificios destinados a crear una atmósfera hogareña, gozosa. Todas estas cuestiones implicaron un aprendizaje en el modo de hacer retratos, no sólo por parte de los fotógrafos sino también por parte de los retratados. Una fotografía curiosa, que nos habla de cierta complicidad entre los fotógrafos y Perón, es aquella que lo muestra empuñando una cámara *Speed Graphic* — cámara predilecta de los reporteros gráficos en la época—, llegando a divisarse en la solapa de su traje un distintivo típico de reportero gráfico. Un fenómeno similar se da en la representación de las multitudes. Tanto estas como Eva y Perón son representados en un permanente diálogo, expresado corporalmente, como se observa en la foto que abre el libro en donde el segundo aparece inmerso y acariciado por sus seguidores.

Las escenas de la gente en la calle son vistas como multitudes ordenadas, nunca turbulentas; multitudes transportadas por la euforia, la alegría o el llanto, participando en grandes acontecimientos y acompañando a sus líderes. De esta manera, dada la riqueza del material que se pone a disposición, un lector atento, pero también aquellos interesados en el estudio del fenómeno peronista, pueden obtener importantes conclusiones sobre las implicancias culturales y políticas de estas imágenes.

Las fotos de la agenda oficial incluyen situaciones probablemente poco usuales hasta ese entonces, como las de Eva y Perón con los representantes del sindicato de tintoreros; obsequiando bicicletas a nenes cuidadores de petisos del Parque Tres de Febrero; o en gira ferroviaria por el interior del país. Nuevamente, la habilidad de los fotógrafos nos sorprende, como la fotografía tomada en un acto de la Sociedad Rural en la que se hace evidente el desencuentro entre los asistentes, Eva y Perón. Curiosamente, en el libro no existe ninguna explicación que dé cuenta de la enorme producción fotográfica que fue realizada durante

ese período por el departamento fotográfico de la Subsecretaría de Informaciones. Sin embargo, inferimos que muchas de ellas formaron parte de esa producción y que actualmente se encuentran en el Archivo General de la Nación, tal como figura en los respectivos epígrafes. Tal vez, en su momento estas fotografías tuvieron una circulación muy amplia, pero dadas las restricciones que acontecieron sobre el peronismo a partir de 1955, recién ahora pudieron ser recuperadas como parte integral del patrimonio histórico del país.

En líneas generales, creemos que las doscientas fotos compiladas son un valioso aporte para una comprensión cabal sobre cómo se construyó un relato fundante del peronismo a través de las imágenes, permitiendo iluminar nuevas aristas en torno al problema de la estructuración de un imaginario visual que le fue propio. Y es esta una de las intenciones de los autores que logra tener éxito. Es evidente que su interés no era el de brindar información sobre las condiciones de producción y circulación de esas fotografías en el momento en que fueron realizadas y posteriormente reutilizadas. Pretensión quizás excesiva, provocada sin duda por este excelente y necesario libro que tiene la virtud de ofrecer un capítulo sobre las imágenes del peronismo correspondientes a su primera década, reuniendo tal como se enuncia en el libro «las más conocidas... y otras menos difundidas... las de grandes artistas... como las de autores ahora desconocidos; tanto aquellas que se destacan por la oportunidad, el encuadre o la luz, cuanto otras menos bellas pero no menos significativas».

Lucía Ulanovsky
(UBA-CONICET-EHESS)

*A propósito de Horacio Tarcus, **Cartas de una hermandad**, Buenos Aires, Emecé, 2009, 326 pp.*

Uno se puede acercar a este libro de muchas maneras. **Cartas de una hermandad** es un libro que reúne el intercambio de todas las cartas encontradas hasta hoy, como resalta esperanzado Tarcus, cruzadas entre Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Lugones, Luis Franco y Samuel Glusberg, una comunidad espiritual surgida en los años veinte y que en la década del treinta se dispersó geográficamente y se sostuvo a través del viejo género epistolar. Uno encuentra comentarios de la vida cotidiana, penurias económicas, penas de amor, decepciones políticas y existenciales, quejas,

aullidos y sombras de soledad, pedidos de rescate, promesas de verse, de vivir juntos, tácticas para sobrevivir en la selva misionera, en la selva de cemento, en la selva.

Entonces, uno puede acercarse a este libro de muchas maneras: buscando bibliografía sobre uno de estos cinco hombres, para investigar los problemas estéticos que se plantean en alguna de las décadas entre los veinte y los sesenta, para rastrear el humor cotidiano frente a los cambios políticos del país en uno de los escritores, para meterse en las tonalidades propias que presenta el género epistolar, o para revisar la historia de la literatura nacional.

Uno puede buscar todas esas cosas, pero cuando uno entra en el libro, se encuentra con algo que no buscaba. Porque estas cartas no vienen sólo a darnos el panorama de una época, que también lo dan, o algunos datos curiosos sobre sus protagonistas. **Cartas de una hermandad** es una intervención sobre el presente, y particularmente una intervención sobre el campo intelectual. Golpea las fronteras de nuestras respectivas islas —la quintita que cuidamos con esmero— y nos enfrenta a un escenario en cuyo espejo no podemos reflejarnos sin que nos afecte. La imagen que vemos no es la del espejo. O no es la nuestra. Y entre el conocimiento del pasado que nos proporciona y la conciencia del presente al que pertenecemos, se interpone la nostalgia de lo que no se puede buscar, no se puede encontrar, y tal vez incluso no se puede perder.

Estamos frente a un acontecimiento inusual, un acontecimiento que, aunque fuera frecuente, seguiría siendo extraordinario. Estos cinco hombres están ligados por relaciones que exceden las relaciones literarias, políticas, ideológicas, incluso las de la amistad. Lugones, Glusberg, Martínez Estrada, Franco y Quiroga forman una hermandad, una cofradía, una fraternidad, una comunidad de pensamiento: hay algo que subyace a los acuerdos, que violenta los acuerdos y que es más fuerte que los acuerdos. «Por donde se la mire —dice Tarcus— desde el nacionalista Lugones hasta el judío Glusberg, la diversidad de los miembros de la hermandad es enorme. A las evidentes diferencias en cuanto a pertenencia generacional, se añaden posiciones disímiles en la trama del campo literario, desavenencias políticas y discordancias temperamentales.» Tarcus genera un enigma: se pregunta cuál es la amalgama que une a estas personas. «Se trata, a partir de una cierta analogía estructural, de un movimiento de convergencia, de atracción recíproca, de confluencia activa, de

combinación capaz de llegar hasta la fusión». En vez de acuerdos, afinidades. Tomando un término que tiene una larga historia y que no casualmente viene de la alquimia, Horacio Tarcus —aquí el alquimista— toma el anarquismo, lo libertario, como el fluido que da lugar a este caso de «afinidades electivas».

Un acuerdo puede conjugar programas, medidas, reformas, protestas, solicitadas, alianzas electorales y cánones literarios. Pero precisamente una de las calamidades políticas y espirituales contemporáneas, es creer que un acuerdo alcanza para delimitar un «nosotros». A diferencia de los que tienen acuerdos y dependen de ellos para (no) escucharse, Tarcus está prendido —prendado— por la afinidad subterránea que atraviesa estos desacuerdos fundamentales. Asombro de todas esas diferencias haciendo un cuerpo, una máquina de amor y de guerra.

El estudio de Horacio Tarcus que prologa este libro lleva a leer estas cartas como una trama. La trama se distingue de la colección, o del archivo, porque su ordenamiento, el de la trama, avanza conectando zonas de intriga, explosiones de acción, momentos de suspenso. No es puramente un ordenamiento cronológico, o indicial. En muchos libros uno puede saltarse el prólogo, a veces conviene hacerlo y leerlo después, o nunca. En este libro, el prólogo es imprescindible, forma parte de la trama de este quinteto, la hace existir para nosotros. Y la voluntad de transmitir a los lectores esta trama es tan fuerte que casi se vuelve parte de esa hermandad.

¿Cuál es el nombre propio de la hermandad? La figura del autor cede al peso específico de la relación con cada uno de los otros cuatro. Se nota que Tarcus nos quiere hacer ver que estas no son cartas *de* sino cartas *entre*. Aquí, en el entre, aparece Glusberg, el destinatario de 138 de las 179 cartas aquí compiladas. Samuel Glusberg, cuyas cartas los herederos o albaceas de Lugones Franco Estrada y Quiroga no guardaron, va surgiendo a través de estas páginas como el motor de la hermandad, el que incitó a Martínez Estrada a escribir **Radiografía de la Pampa**, el interlocutor de Franco, el amigo de Quiroga, el confidente de Lugones, y el editor de todos ellos. «Aunque su prosa falte en este libro, —dice Tarcus— resolví incluir su nombre entre los autores por ser Glusberg una pieza clave del quinteto gracias a su rol de mediador, editor y propiciador. Ausente en la letra y sin embargo activamente presente en las letras de sus amigos, sus cartas perdidas pueden ser 'leídas' en las entrelíneas de las cartas de sus corresponsales.»

La irrupción de dos oscuros izquierdistas, Glusberg y Franco, un editor y un poeta —o un cuentista sin gran talento y un militante con mucha verba—, en el centro del horizonte amoroso, pensativo y creador de tres pilares de la historia literaria e intelectual argentina, sacude a los críticos. Se preguntan cómo fue, cómo fue que estos dos amigos íntimos de tres gigantes, pasaron desapercibidos para el canon, por qué el canon los negó. La primera reacción —y tal vez la última— es: «hay que reformarlo».

En su puesta en primer plano de Glusberg, Horacio Tarcus no está realizando un encomio del trabajo de carretilla del campo intelectual, ni es una reivindicación de los escritores que no han llegado al estrellato. Sino un intento, tan agresivo como amoroso, de rescatar la dimensión no mediática del pensar, el más que humano de la creación. Una comunidad de pensamiento nunca podrá ser atrapada agregando un nombre más a la lista. Lo que Tarcus encuentra no es agregable: no es un nombre propio, un autor más al que hay que leer. Es una forma de estar en el mundo. Parafraseando a Marx respecto de la propiedad privada, el canon nos ha hecho estúpidos e indolentes: ya sólo sentimos que es nuestro aquello que podemos vender, intercambiar o utilizar.

En este libro Tarcus no habla de la recepción, la pone a prueba. Así como está armado, con su prefacio sobre las afinidades electivas, dividido no por autores, sino por emisores y destinatarios, este libro muestra una praxis, una usina. Nos hace pensar: dónde estoy, quiénes son mis pares, en qué otro lugar existo además de donde estoy. Lo real es una trama, espacio intersticial donde las células trabajan, antes de tener nombre, para llegar a ser lo que serán. La literatura, el pensamiento, no terminan ni empiezan en el autor o en la corriente. Señalar eso, hacerlo ineludible, es una posición política, ética. Ninguna otra cosa es la crítica al humanismo burgués, al individualismo.

Horacio Tarcus cuenta que a él lo que lo sedujo es «el hecho de que tipos de distintas generaciones e ideologías pudieran construir este tipo de hermandad, un poco al estilo de las viejas, y reunirse a pensar, intercambiar libros, lecturas, estimularse, influenciarse, prologarse, comentarse, leerse, recomendarse autores y discutir acerca de... Me resulta tan atractivo una comunidad de pensamiento si la comparás con ese individualismo competitivo del campo intelectual, o del campo académico.»

La pasión de Tarcus consiste en hacer de sus hallazgos un documento visceral, un animal ines-

peradamente lanzado en la cuadrícula del conocimiento. Un archivo que no se pueda archivar, que haga saltar el archivo. En estas cartas encontramos, más que el arte de la argumentación que busca el troteo de lo razonable, un lirismo de la inteligencia que invita, como Quiroga a Glusberg, a cerrar por un rato los periódicos y juntarse a ver cómo crecen los lapachos.

Laura Klein
(UBA)

A propósito de Isabella Cosse, Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 264 pp.

La tapa del libro de Isabella Cosse debería advertirnos, no estarán dedicadas sus páginas a la revolución del amor libre, las experiencias comunitarias, las consecuencias libertarias de la píldora o las innovaciones de las vanguardias. Tal vez, en ese caso, la portada hubiera sido roja y, en cambio, tenemos un libro rosa salmón con la fotografía de una pareja sentada en el piso a la altura de un hijo pequeño; él, moderadamente pelilargo, ella con zapatos masculinos. Los cambios entre la escenografía de la vieja foto familiar y esta nueva imagen tomada de una revista de la época son parte de una excelente indagación con la que Cosse escribió una tesis y obtuvo el doctorado en la Universidad de San Andrés. En apenas 200 páginas, la autora —investigadora del CONICET y docente de posgrado de varias instituciones académicas locales— reformuló su tesis y logró, en un mismo movimiento para cada capítulo, una exposición muy ordenada que comienza en los años cincuenta, se detiene en los sesenta y remata con algunos apuntes de los tempranos setenta. Las problemáticas que aborda en cinco capítulos incluyen: las pautas del cortejo y el noviazgo, la sexualidad con su doble moral, la crisis del modelo conyugal y sus profundas continuidades, y la crianza de los hijos con notables variaciones en los modos de ser madres y padres.

La de los años sesenta es una década que casi inevitablemente reclama para sí una caracterización revolucionaria. Cosse no evita ese mandato, pero le agrega al proceso que estudia un adjetivo muy acertado: se trata de «una revolución discreta en Buenos Aires»; y no por discreta debe entenderse leve sino, al contrario, la autora remarca la intensa y definitiva transfor-

mación de las parejas, la sexualidad y la familia durante los años sesenta. El término es un productivo hallazgo porque contiene a la vez la idea de la discontinuidad y de la moderación. Así, si bien los sesenta suponen una alteración considerable respecto al pasado, no resultan una irrupción inexplicable, sino que sus movimientos entroncan y resisten las normas hegemónicas de las décadas precedentes. Las imágenes que mejor ilustran esta revolución discreta no serán ya rupturas, quiebres estructurales o cambios catastróficos sino, en palabras que la misma autora busca para definirlos: fisuras, flexibilidad, reactualización, amalgama, ambigüedad, convivencia de patrones, coexistencia de pautas ordenadoras, etc.

Cosse extiende la moderación a su misma indagación porque, en lugar de tentarse con falsas universalidades, explicita que su alcance se limita a la clase media en ascenso de Buenos Aires, y no aborda particularidades regionales ni especificidades de clase (en donde surgen otras innovaciones y se arrastran otras costumbres). Tampoco revisa con exhaustividad lo que ocurre en ámbitos más específicos como las organizaciones armadas y las vanguardias. Es en el corazón mismo de las relaciones familiares hegemónicas —cuyo modelo está basado en la pauta nuclear, la reducción del número de hijos, la intensidad afectiva y la división entre la mujer ama de casa y el varón proveedor— donde la historiadora identifica múltiples fisuras que fueron afectando las bases de ese modelo a partir de nuevos patrones, los cuales mantendrán ciertas continuidades con aquellos que apenas unos años atrás habían organizado el amor de los padres. Esa elección se corresponde con los materiales que sostienen la investigación ya que su objetivo, aclara, es indagar las audiencias y, por tanto, elige programas de televisión y de radio, algunas películas y, sobre todo, revistas. Ese material riquísimo y heterogéneo se complementa con unas treinta entrevistas y con algunos manuales de sexología, leyes, estadísticas, ensayos y memorias. A pesar de que, sobre ellos, la autora evita la descripción llana y propone lecturas perspicaces, resultan algo aplanados en una interpretación que no atiende a sus particularidades de género y de soporte. Y quizás no pueda hacerlo atenta a otros objetivos no menos dificultosos como ponerlas en diálogo y lograr que superen la mera ilustración de una época.

Cosse señala que no ha sido ésta una de las problemáticas más transitadas por la historiografía local, sin embargo, la continuidad tam-

bién es una dimensión con la que piensa su propio trabajo. A diferencia de otras investigaciones en las que la tradición feminista se ignora o se descarta, indica con justicia que este tipo de objeto — vida cotidiana, sexualidad, etc. — ha sido una preocupación política y académica de los feminismos precedentes. Del mismo modo, la autora se inscribe en una línea que incluye los estudios de género y la nueva historiografía de la familia. En esa dirección, sería deseable que las lecturas de su libro reparen en que no sólo da cuenta de una problemática particular, sino que busca demostrar que la subjetividad y el género no son accesorios, anecdóticos o marginales, sino dimensiones fundamentales para la historia de cualquier período.

Para los años de la dictadura —que Cosse elige como límite de su indagación— existe claramente otro modelo para la pareja, la sexualidad y la familia en el que se ha discutido, especialmente, el estilo doméstico del matrimonio, pero en el que se reafirmó el mandato de la unión estable y monogámica. Lidiamos todavía con aquellos mandatos porque no por ser discreta a esta revolución le deja de cuadrar la pregunta incómoda: ¿cuándo termina una revolución? La autora no propone una lectura presente, pero se impone, y lo demuestra la reciente sanción del matrimonio igualitario. Mientras el matrimonio civil decae en las estadísticas, oportuna y estratégicamente otros grupos pugnaron (y lograron) incluirse en ese modelo. Nuevamente la monogamia y la estabilidad como marco para la crianza de los hijos dominaron, al menos, los discursos de mayor aceptación, pese a la enorme transformación que supone discutir el mandato heterosexual de la familia (que, por otro lado, resistió incólume el embate de los sesenta).

Por último, es necesario avisar al lector que otro efecto del libro es la nostalgia: se hace casi imposible recorrerlo sin el asalto de las anécdotas más queribles del relato familiar. Así, me recuerdo como la escolta involuntaria del noviazgo de mi prima, ya que se veían obligados a conversar en el living de la abuela ante mi presencia. En ese entonces yo no comprendía del todo por qué al final de la visita les llevaba tanto tiempo despedirse en la puerta y, aunque lo entendí muy poco después, ahora Cosse me asiste: en cada larga despedida Adriana y Rubén estaban derritiendo los más sólidos mandatos del amor.

Laura Fernández Cordero
(CONICET-UBA-CeDInCI)

A propósito de Alicia Servetto, 73-76. El gobierno peronista contra las «provincias montoneras», Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 288 pp.

73-76. El gobierno peronista contra las «provincias montoneras» de Alicia Servetto trata centralmente del ciclo de intervenciones provinciales decididas entre noviembre de 1973 y noviembre de 1974, bajo los gobiernos del general Juan Domingo Perón y de Isabel Martínez de Perón. Una de sus virtudes radica en haber puesto el foco en la especificidad de los escenarios provinciales, en el contexto de la dinámica altamente conflictiva del «tercer peronismo» a nivel nacional. Por otra parte, y éste es un interés central de la autora, se muestra cómo, inmersas en un feroz antagonismo, las fracciones partidarias saltan por sobre cualquier regla de convivencia política y llevan sus disputas al plano estatal, deteriorándolo. En tercer lugar, se hace posible observar que la erosión de la autoridad de los gobernadores se vio facilitada, y fue posible, por la acción —o la inacción, según los casos— del gobierno y de los líderes partidarios nacionales. Finalmente, en relación con lo anterior, el trabajo deja ver el contraste entre la capacidad movilizadora demostrada por la «Tendencia Revolucionaria» en el período previo a las elecciones y la posterior debilidad de su inserción institucional. En tal sentido, la autora muestra cómo en el fracturado peronismo de los setenta, la potencia del «centro carismático» fue empujando la resolución de los conflictos en dirección a un progresivo desplazamiento de la «izquierda» hacia el lugar de lo ideológicamente «extraño».

La autora ofrece una muy detallada descripción de cinco escenarios políticos provinciales en los que la «Tendencia Revolucionaria» del Peronismo había logrado una visible —aunque despereja— presencia en la determinación de las candidaturas que se presentarían en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Además de presentar los rasgos más salientes de la estructura socio-económica de esas provincias, informa acerca de las principales fuerzas sociales, de sus demandas y de expresiones corporativas; pero sobre todo, expone las características propias de cada tradición política provincial y de las tramas organizativas en las que se apoyan. Naturalmente, con especial atención en la activada vida interna del peronismo en vísperas del proceso electoral.

En todos los casos, es posible ver que la nominación de los candidatos dio lugar a duras disputas entre fuerzas que, en términos generales, pueden ser ubicadas como «izquierda» y «derecha» del peronismo, sin olvidar que cada una de

ellas contaba con simpatías y apoyos —o enemistades— fuera del estricto ámbito partidario del peronismo. De acuerdo con el relato, en Formosa, Salta, Santa Cruz y Mendoza, la «Tendencia» logró que un dirigente cercano a ella fuera consagrado candidato a gobernador, aunque aceptando que la nominación del vice-gobernador proviniera de sectores sindicales y de «derecha». Únicamente en Córdoba se dio el caso de que ambos miembros de la fórmula contaron con las simpatías de la «izquierda».

Si bien en las cinco provincias el peronismo ganó con un importante caudal electoral, las fórmulas consagradas cargaban, a nivel partidario, con una debilidad: habían resultado de precarios acuerdos internos, y las fracciones que habían resultado minoritarias —y se consideraban guardianas de la «ortodoxia»— no se mostraban dispuestas a permanecer en esa situación. De modo que rápidamente, sobre todo cuando a nivel nacional las relaciones de fuerza comenzaron a variar desfavoreciendo a la «Tendencia» —a partir del desplazamiento del Presidente Cámpora—, esos grupos se lanzaron a una feroz ofensiva que, en todos los casos, culminó con la destitución de los gobernadores. Formosa y Córdoba fueron las primeras provincias en ser intervenidas por el gobierno central, en ambos casos mientras ejercía la presidencia el general Perón; las restantes corrieron el mismo destino durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón.

El capítulo 1 («Apertura política y transición electoral en una Argentina conflictiva: los escenarios provinciales, 1971-1973»), que da un primer marco conceptual a la investigación, apela a interpretaciones que han destacado la «bifrontalidad» del peronismo y su peculiar estilo para dirimir conflictos internos, trasladándolos al estado. Observado que en las provincias en cuestión, y en la coyuntura de 1973, ese rasgo habría provocado una fuerte «tensión entre dos formas de legitimidad»: una basada en los mecanismos constitucionales/electorales, y otra sustentada en el ejercicio de un poder extra institucional, ligado a la movilización, la presión corporativa y la violencia política.

En realidad, según la autora, todo el período de «transición a la democracia» (1971-1973) habría estado marcado por una «debilidad institucional» originada en el hecho de que los actores políticos, más que como fervorosos adherentes a los valores democráticos, habrían actuado movidos por una visión «instrumental» de la democracia: cada uno habría elaborado «su propia fórmula democrática; para algunos una fórmula de consenso y garantías

acordadas entre los principales partidos, para otros simplemente se trataba de conquistar el poder para la transformación revolucionaria». Si bien la cita es suficientemente clara respecto de la responsabilidad adjudicada a quienes buscaban una «transformación revolucionaria», no resulta fácil situar al resto de los actores políticos (¿a quiénes habría que ubicar entre los entusiastas del «consenso?»). Tal vez ocurra que las divisiones del campo político del período 1971-1973 hayan sido más complejas de lo que esa bipartición puede captar: ¿dónde habría que ubicar a la recurrentemente mencionada «derecha político-sindical» del peronismo?, y ¿dónde a quiénes teniendo objetivos «revolucionarios» participaron en gobiernos legítimamente elegidos y violentamente desalojados por quienes no los tenían?

A partir del capítulo 2 y hasta el 6, el texto se interna en los procesos que culminaron en las intervenciones producidas por el gobierno nacional entre noviembre de 1973 y noviembre de 1974. La autora compone el cuadro de las disputas intrapartidarias mostrando, sobre todo, el grado de fragmentación previa de esos peronismos provinciales, cruzados por múltiples enfrentamientos que no sólo ni siempre respondían al eje «izquierda-derecha». En cuatro de los casos estudiados —Formosa, Mendoza, Santa Cruz y Salta—, en el proceso electoral interno, el compromiso entre fracciones dio lugar a lo que podría denominarse como una «fórmula dividida» (gobernador apoyado por la «izquierda», y vice sostenido por la «derecha sindical y política»), anticipo de un futuro ejecutivo escindido e imposibilitado de alcanzar algún grado de estabilidad y eficacia en la gestión.

A la inversa, en Córdoba, la fórmula Ricardo Obregón Cano-Atilio López lucía políticamente coherente: surgida de la supremacía de los sectores de «izquierda», no había necesitado recurrir a pactos con los grupos «ortodoxos» y, además, logró sortear las presiones y chantajes que, en nombre de la pureza doctrinaria del peronismo, le dirigían sus adversarios. Sin embargo, fue en Córdoba donde el desalojo de los titulares del ejecutivo provincial se produjo de la manera más brutal, aplicando la técnica del golpe de estado como paso previo a la intervención por parte del ejecutivo nacional.

En todos los casos, los relatos dejan ver cómo, en tales circunstancias, las reglas y los procedimientos resultan irremediabilmente arrasados, y los gobiernos debilitados. Desde el punto de vista analítico-conceptual, en estos capítulos se recurre a un conjunto de categorías habitualmente utilizadas por la ciencia polí-

tica para dar cuenta de la dinámica de los sistemas políticos —y de partidos—, en regímenes liberal-democráticos. De este modo, la caracterización de los procesos y de los gobiernos que fueron intervenidos suele estar formulada en términos de «deslegitimación», lo cual habría sido producto de la «incapacidad» para construir una «coalición dominante estable», o por su escasa o nula «efectividad y eficacia para satisfacer las demandas de la sociedad». Sin desconocer la utilidad analítica de dicho bagaje conceptual, tal vez sea necesario matizar algunas de esas afirmaciones, para lo cual no hay más que recurrir a los relatos ofrecidos por la propia autora. En ellos se muestra a gobiernos provinciales embestidos por quienes, sintiéndose respaldados por autoridades partidarias y nacionales llegaron, en el caso de Córdoba, al desalojo policial del gobernador y el vice-gobernador precedido por las palabras de Perón calificando a Córdoba como «foco infeccioso» (palabras similares de un gobernador habían desatado el «Viborazo», en 1971).

Sin embargo, en los capítulos 1 y 8, es la misma autora quien complejiza el análisis cuando al referirse a los «marcos habilitadores de las intervenciones provinciales» las vincula con la «decisión disciplinadora» del Presidente Perón, manifestada en algunos de sus mensajes y en la falta de sostén institucional a los jaqueados gobernadores —y en otros resonantes episodios a nivel nacional. En el mismo sentido actúa el mostrar la presencia de la represión ilegal que, entre otros hechos, produjo el asesinato de Atilio López —ex vice-gobernador de Córdoba—, y la «desaparición» del ex gobernador de Salta, Miguel Ragone.

Finalmente, es casi inevitable pensar que en el cuadro de la embestida del gobierno peronista contra las «provincias montoneras» falte el caso de la provincia de Buenos Aires. Si bien es cierto que esa provincia no fue intervenida, los episodios que llevaron en enero de 1974 a la renuncia del gobernador Bidegain —y a su reemplazo por el vice-gobernador Calabró— no parecen diferir sustancialmente de los procesos que este libro analiza.

María Cristina Tortti
(UNLP)

A propósito de Fredric Jameson, **Valences of the Dialectics y otros textos**, London and New Cork, Verso, 2009, 665 pp.

¿Qué providencias debe tomar un crítico marxista inserto en el centro del capitalismo? La



intervención de Fredric Jameson estructura una respuesta productiva a esa pregunta que cimienta su posición entre los intelectuales más importantes de nuestros días. Primer gran pensador de la era de la globalización, une una sorprendente invención teórica a un interés voraz por diferentes asuntos y tradiciones nacionales. De hecho, puede decirse de él que nada cultural le es ajeno. En su extensa obra —una veintena de libros, incluida la reciente publicación de la compilación de ensayos **Valences of the Dialectics**— coexisten la formulación de nuevas categorías para actualizar la vocación del marxismo por ser la filosofía del presente, con estudios de las formas de arte de nuestros días, de la arquitectura posmoderna a la producción de videos, pasando por el cine de los países periféricos, y, también, con estudios sobre la gran tradición realista y modernista (e, inclusive, con análisis de época acertados, como, por ejemplo, su caracterización de los años 1960 como «era de la emisión de un exceso de crédito superestructural» que se tradujo en una ilusión de libertad y de posibilidad de cambiar la realidad objetiva del momento, luego cercenada por la dureza de un sistema en expansión en todo el globo); o, también, su caracterización precisa de los parámetros del presente en el que es tal vez su libro más influyente, **Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío**, complementada con la apreciación cáustica de lo que nos pueden ofrecer los tiempos neoliberales en **A Singular Modernity**.

Esa variedad justifica que algunos de los estudiosos de su obra —hay al menos una docena de libros y más de una centena de artículos dedicados a analizarla— propongan considerarlo, como hace Michael Denning, no simplemente como un gran autor más de nuestra Era de la Teoría, sino como un nuevo campo cultural. En la misma línea, Ian Buchanan sostiene que para no subutilizar el potencial de su legado, debe ser leído «dogmáticamente, como el fundador de un discurso (para usar la descripción de Michel Foucault de las obras de Freud, Marx y Nietzsche) o sea, alguien cuyo pensamiento nos llega en forma de un sistema en el que podemos situarnos y utilizar para propósitos propios». No me opongo a esas visiones, pero creo que puede resultar más esclarecedor pensar la obra de Jameson como un ejemplo de la capacidad de la tradición de la crítica cultural materialista de producir un pensador que puede retratar y trascender los límites de la situación que lo engendra. En ese sentido, su obra representa un marco para quien se interese por una crítica cultural cuya propuesta es comprender el funcionamiento de la vida social explotando el potencial cognitivo

de sus formas de producción simbólicas. Para ese tipo de crítica, la cuestión continúa siendo la de entender para modificar, uniendo la tarea de la filosofía —y hoy de la teoría— de explicar el mundo con la cada vez más urgente tarea social de contribuir a cambiarlo.

Como buen crítico dialéctico, Jameson sabe que para constituir ese marco tiene que dar cuenta del lugar y de la hora histórica en que está situado. Nacido en 1934, se formó en literatura en la Universidad de Yale en plena Guerra Fría, un momento particularmente hostil al pensamiento libre en los Estados Unidos. Como se sabe, uno de los muchos efectos perniciosos de la persecución sistemática a cualquier forma de disidencia que acompañó la consolidación de los Estados Unidos como poder hegemónico mundial fue el declive de una floreciente tradición cultural de izquierda y la creación de una atmósfera intelectual opuesta a cualquier tipo de crítica antisistémica, sindicada de inmediato como antiamericana. En esa situación, Jameson tuvo que crear las condiciones para construir un proyecto que diese cuenta de las cuestiones impuestas a un crítico consecuente por los tiempos áridos del capitalismo globalizado.

El primer gran paso en esa dirección fue establecer las conexiones entre ese proyecto intelectual y el pensamiento europeo que lo tornaba posible: su tesis de doctorado, publicada en 1961, aborda las formas del compromiso a través de un estudio del fundamento ideológico del estilo de Sartre. Su segundo libro, **Marxism and Form** (1971), presenta estudios iluminadores de la gran tradición de lo que por convención se llama Marxismo Occidental, representada en las obras fundamentales de Georg Lukács, Theodor Adorno, Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Ernst Bloch y del propio Sartre. El proyecto de Jameson va a dar continuidad a las realizaciones de la teoría crítica y a actualizar sus resultados más productivos. Gran lector de Hegel, sabe que un asunto no se agota en sus conclusiones, sino en su elaboración. Uno de los objetivos del libro es traer la buena nueva de la dialéctica para el centro irradiador de la ideología liberal, para un público lector embebido de positivismo, empirismo y de pragmatismo, donde la claridad es la regla que simplifica el raciocinio y oscurece las conexiones entre arte y sociedad, crítica y conocimiento, historia y conciencia. A contramano de la fragmentación vigente, Jameson va a reafirmar allí los grandes temas de la dialéctica: la cuestión de la totalidad, la interacción entre sujeto y objeto, la relación de la parte con el todo, de lo concreto con lo abstracto, de lo

intrínseco con lo extrínseco, de lo existencial y de lo histórico. Se trata de retomar y avanzar en los grandes frentes abiertos por la tradición. Reaparecen en su obra la fascinación de un Lukács por la periodización histórica y por la forma narrativa —para Jameson, narrar es el gran ejemplo de la dialéctica en funcionamiento—; la noción de Benjamin del arte como alegoría que deja leer lo que la historia oficial oculta; el gusto de Marcuse por la crítica de la sociedad de la tecnología y el consumo; así como, para usar las palabras de Perry Anderson, «la fluidez excepcional de un Sartre» para describir el mundo degradado creado por la preponderancia incontestada de las mercancías; y, también, la recuperación tomada de Bloch, figura cuya influencia en su obra aumenta progresivamente, del valor heurístico de los sueños y esperanzas arraigados en objetos y obras de arte, que será trabajo de la crítica desentrañar. De Adorno, sobre quien Jameson escribió un libro de gran interés, hereda la marca de la ambición por mantener constante el trabajo de negar las limitaciones de lo que existe y pagar el precio de osar llevar el pensamiento más allá de sí mismo. En la estela de Adorno, sabe que la representación de la totalidad exige que se construya un idioma a contrapelo de las tendencias particularizantes del pensamiento hegemónico según el cual cada acontecimiento es único, desgarrado de determinaciones.

Este es el fundamento histórico y político del estilo de Jameson. Mucho ya se escribió sobre la sintaxis presuntamente abstrusa que hila sus sentencias, que buscan desempeñar la difícil tarea de coaligar rigor estructural, crítica inmanente y pronóstico histórico. Para su colega británico Terry Eagleton, consiguió forjar un modo de escribir único, que evita tanto la transparencia anémica del estilo anglosajón, como las oscuridades muchas veces intratables del estilo europeo, estructurando una prosa a un tiempo densa y lúcida. Para Perry Anderson, autor del mejor libro sobre Jameson, su escritura «eclosionó como una serie de fuegos de artificio en la noche sombría del posmodernismo, transformando sus sombras y opacidades en un *tableau* revelador». Pienso que, siguiendo la explicación del propio Jameson, se trata de una adecuación estética de la forma a un contenido que la demanda: como el pensamiento dialéctico es de hecho un pensamiento sobre cómo se piensa, «un pensamiento de segundo grado, que se inclina sobre un determinado objeto y al mismo tiempo retiene la percepción de sus propias operaciones intelectuales», es preciso traer esa autoconciencia inscrita en la propia prosa. De ese modo, la complejidad de la escri-

tura es un acto de intransigencia frente a la simplificación escondida en los ideales de claridad y fluidez que son enseñados como normas en las escuelas de Letras y en las redacciones de los periódicos. La verdad de las relaciones sociales y sobre cómo la cultura les da forma no está ciertamente en la superficie de la vida cotidiana, en una sociedad como la nuestra donde la ocultación es esencial para el buen funcionamiento del sistema. Si el capitalismo siempre buscó esconder la porción de explotación e inequidad necesaria para la reproducción del mundo bajo la égida de la forma mercancía, la ofuscación no puede sino acentuarse en nuestra era «posindustrial», que encubre la lucha de clases bajo la saturación de los medios, y la fragmentación del sujeto bajo los placeres serializados del consumo. Jameson contrapone, a la inmediatez de la aprehensión plana de las imágenes, el esfuerzo y el tiempo necesarios para la reflexión, para el desmonte del sentido común, y para la posibilidad de ir más allá de lo dado.

El lector que se permite llegar por el ritmo desconcertante de sus párrafos puede obtener, además de un saludable ejercicio mental, una nueva perspectiva para pensar los principales ítems en la agenda de discusión intelectual del momento: casi todos ellos son objeto de la reflexión iluminadora de Jameson. De hecho, su carrera puede ser vista como una sucesión de intervenciones fulminantes en los debates más candentes de la época. Su primer gran entrevero fue con las concepciones vigentes de lo que se acordó en llamar, en literatura, «crisis de la interpretación». La moda en 1981, año de la publicación de **The Political Unconscious**, ya era decididamente la que iría a imperar hasta nuestros días, la de la textualización de la literatura: los textos serían un objeto más en el abominable nuevo mundo de la cosificación. La especificidad de la literatura se agotaría en ser un artefacto verbal, con poca o ninguna relación con el contexto socio-histórico que la forma e informa. Esa concepción florece a modo de epidemia en la academia norteamericana en la que la Nueva Crítica, desde fines de los años 1950, enseña a todos a pensar el texto literario en sí mismo, clausurando sus relaciones con la historia y con la vida social. A partir de los años 1970, el predominio de la visión aislada de los textos se sofisticó: el padre de la deconstrucción, Jacques Derrida, dio en 1966 una conferencia en la universidad Johns Hopkins en la que denunció lo que denominó «sueño de descifrar la verdad» y los límites de la razón dualista, dando así inicio a la avalancha posestructuralista. El objetivo del análisis literario, bajo esa perspectiva,

pasó a ser el de desmontar las oposiciones binarias que construían la racionalidad del texto literario. La tarea principal de la crítica sería así la de problematizar el uso del lenguaje en el texto, y afirmar la imposibilidad de cualquier afirmación o toma de posición. Todo el movimiento puede resumirse en el título del influyente ensayo de la crítica neoyorquina Susan Sontag: «Contra la Interpretación».

El libro de Jameson vino a invertir esa dirección. En un contexto en el que se ha vuelto habitual señalar que no se puede decidir sobre el sentido, afirma de modo convincente que no hay nada que no sea histórico y social, y por lo tanto inteligible para quienes buscan sus determinaciones. La propia discusión sobre la posibilidad de la interpretación es síntoma y refuerzo del proceso acelerado de alienación de la vida social bajo el capitalismo tardío: cuanto más abstractas aparecen sus estructuras y más disfrazada la realidad del trabajo y de la explotación, más se habla de la imposibilidad de entender ese mundo; cuanto más se da la separación entre la sociedad y el individuo, más éste se percibe como un mero engranaje en el proceso social y menos como alguien que puede interferir en ese proceso. Los que debieran pensar ese momento, se enredan en infinitas discusiones sobre usos del lenguaje y cuestiones de método. En tiempos de desvanecimiento del sentido del desarrollo histórico, subsumido en el eterno presente del consumo, Jameson muestra que la historia es lo que «hiere, lo que rechaza el deseo, lo que pone límites inexorables a la práctica individual y a la colectiva». Por más de que los críticos se esfuerzan por olvidarla o reprimirla, transformándola, por ejemplo, en solamente un texto más, o decretando, como Fukuyama, su fin, podemos tener certeza de que sus necesidades alienantes no se van a olvidar de nosotros.

La propia narrativa, lejos de ser un juego aleatorio de significantes, es un acto social simbólico que busca resolver de forma imaginaria, pero no por eso menos significativa, los conflictos reales de la sociedad. La historia de la novela realista, trazada en el libro a través del examen de la obra de Balzac, George Gissing y Joseph Conrad, es también la historia de la formación de la subjetividad burguesa. Jameson analiza la conciencia relativamente unificada, autoconfiada y centrada de las primeras obras de Balzac, y muestra cómo esa conciencia se transforma en el principio estructural de la novela, el género literario que va a articular y moldear esa subjetividad. La obra de Gissing es vista como el momento del desencanto con la

instrumentalización y fragmentación de esa sociedad. La crisis alcanza un nuevo punto de intensidad en el siglo veinte, con la expansión del imperialismo y la aceleración de la mercantilización; la novela se refugia en una intensificación del yo, marca del modernismo, que funciona como una compensación utópica ante el declive del sujeto en la sociedad real. El movimiento de lectura política abogado por Jameson restaura la riqueza de significados de la producción estética, que es a un tiempo un complejo de aspiraciones y deseos y, también, un registro de las limitaciones de la historia y de la ideología. Interpretar un texto literario equivale a liberar su inconsciente político.

La siguiente gran batalla fue, para Jameson, la del carácter del presente. Caído el Muro de Berlín y concluido el ciclo histórico de los dos mundos, el lado vencedor comienza a discutir el carácter de la nueva sociedad. El foco del debate intelectual se desplaza de las cuestiones económicas —desde la óptica de los intelectuales orgánicos del sistema parece indiscutible que el capitalismo es el estado natural de la humanidad— y de las cuestiones políticas —de nuevo, la democracia al servicio del mercado parece vivir su reinado supremo. La atención de los ideólogos se vuelca entonces a la cultura, esfera de creación de significados y valores que ordenan un modo de vida que es preciso adecuar a las necesidades del consumo. En un mundo globalizado, las diferentes culturas operan todavía como el residuo de cierta heterogeneidad que es preciso estandarizar y poner al servicio del mercado. Mientras los analistas de coyuntura alineados proclaman, como el especialista del Pentágono y profesor de Harvard Samuel Huntington, que la cuestión central del siglo XXI será el choque de civilizaciones —a ser presumiblemente evitado por la supremacía de una de esas civilizaciones erigida como patrón y policía del mundo—, en la esfera de las ciencias humanas todos se complacen en discutir la nueva versión del viejo orden mundial como si ella se redujera a un problema de estilo: todos nos dedicamos a discutir la existencia o no de lo posmoderno y a celebrar las oportunidades abiertas en un mundo donde no habría más centro—excepto el formado por el complejo económico-militar, claro, pero eso pocos lo decían.

La intervención de Jameson presenta un punto de vista que reordena el debate. Muestra que lejos de ser un punto de llegada único e inevitable, el capitalismo contemporáneo corresponde a una etapa más adelantada del viejo sistema. Ernest Mandel ya había dividido en el tiempo esas mutaciones: hubo tres momentos fundamentales del capitalismo, cada uno por-



tador de una expansión dialéctica en relación al anterior. Después de la Revolución Industrial del siglo XVIII, una primer etapa, la del mercado, marcada por la tecnología de los motores a vapor; luego una monopolista o imperialista apoyada en la tecnología de los motores eléctricos o de combustión; y, a mediados del siglo veinte, la etapa multinacional, signada por la producción de motores electrónicos o nucleares y hoy oficialmente conocida como era de la globalización. El paso que da Jameson en **Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío** es demostrar que a cada etapa correspondió un estilo cultural —el realismo, el modernismo y el posmodernismo respectivamente. Pero más importante que esa periodización de estilos, es mostrar que la lógica que aceita el funcionamiento del capital en su fase de expansión máxima, la de la globalización, es cultural. Por ello se quiere decir que cada vez más el sistema, ahora planetario, requiere una sociedad de imágenes volcada al consumo para «resolver» las contradicciones que continúa creando. Si antes la cultura podía ser vista como un espacio de contradicción posible, hoy ella funciona de forma simbiótica con la economía: la producción de mercancías sirve a estilos de vida que son creaciones de la cultura, y hasta inclusive la alta especulación financiera se apoya en argumentos culturales (como el de la «confianza» que se puede tener en ciertas culturas nacionales o los cambios de «humor» que derrumban índices y arrasan economías). La producción cultural también se volvió económica, orientada a la producción de mercancías: basta pensar en las inversiones que funcionan como garantías de interés en películas de Hollywood.

En esta coyuntura, la crítica cultural puede ser un eficiente instrumento de descripción del funcionamiento de la sociedad, y es justamente ése uno de los movimientos centrales del proyecto de Jameson. Sirviéndose de categorías como «mapeo cognitivo», interroga la producción artística contemporánea en busca de indicios para la difícil tarea de mapear las presiones y límites impuestos por la aceleración constante de un sistema que alcanza una extensión que excede la capacidad del individuo de ubicarse y, principalmente, de tomar distancia de lo que es, dificultando y mucho la capacidad crítica. Es en ese sentido que la obra de arte, cuyo material es la experiencia de lo vivido, interviene en la formación de la conciencia. Pero más que eso, retomando a Bloch, Jameson insiste en que la forma artística acaba siempre por buscar figurar el deseo de una experiencia menos espúrea, una conciencia anticipatoria que busca expresar una concepción diferente de la que el orden actual reprime.

Ese trabajo de desentrañamiento de la esperanza, en un mundo signado por la reiteración constante de la inevitabilidad de lo que es, constituye una de las características de la originalidad de Jameson. En su libro **Signatures of the Visible** demuestra cómo, aún en las producciones cinematográficas más comerciales, es posible divisar una dialéctica entre ideología y utopía, entre lo existente y lo aspirado. En la medida en que la falsa conciencia repite la lección de la inevitabilidad del modelo de vida en escena en la actualidad, la tarea de romper con la inexorabilidad de esperar apenas más de lo mismo se torna más urgente. Ese es el sentido de su libro **Archaeologies of the Future**, publicado en 2005. Un estudio de las formas de experimentar futuros alternativos —los libros en la tradición de **Utopía** de Tomás Moro y sus correlatos contemporáneos, las obras de ficción científica—, ese libro es también un llamado a retomar la función utópica de la crítica cultural. Y antes de que alguno de nuestros camaradas más empedernidos se escandalice con el aparente idealismo de tal propuesta, cabe recordar que para Jameson se trata de pensar a la Utopía como una estrategia política de ruptura con las inevitabilidades del presente que amenazan colonizar también el futuro.

Hacer de la crítica cultural una de las formas de la ruptura necesaria respecto de la producción de infelicidad que caracteriza el paisaje devastado de la mismidad globalizada es el gran plano que nos lega este intelectual impar. Claro que él sabe, como insiste en los ensayos sobre la globalización reunidos en Brasil en **A Cultura do Dinheiro**, que todavía no tenemos noticia de ninguna conciencia colectiva capaz de oponerse a la hegemonía del capital mundializado. Pero eso, insistiría Jameson, no es sino una razón adicional para dejar abierta una brecha donde el futuro pueda llegar a luchar para existir.

Maria Elisa Cevalco
(USP)

[Traducción del portugués de Martín Bergel. Revisión técnica de María Elisa Cevalco]

A propósito de Andrés Reggiani (comp.), **Los años sombríos. Francia en la era del fascismo (1934-1944)**, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2010, 224 pp.

A menudo, los historiadores argentinos que se ocupan de acontecimientos sucedidos fue-

ra del país, han tenido que hacer un esfuerzo suplementario para explicar el por qué de sus intereses *foráneos*. La sensación probable que les acomete frente al resto de sus colegas podría compararse, exagerando algo, con la de algún director de cine nativo que decidiera filmar, por ejemplo, «una de romanos». El pedido de *justificar* la decisión de dedicarse a esos temas —al menos desde afuera— pareciera imponerse con mucha más fuerza al *européista* argentino (nótese lo todavía extraña que suena esa combinación de palabras) que quiere analizar el siglo veinte, que al estudioso local que se adentra en los archivos del virreinato del Río de La Plata. La distancia geográfica pareciera ser menos digerible, en ocasiones, que la temporal.

Afortunadamente, como señala Natalio Botana, prologuista de este libro que reseñamos, Andrés Reggiani optó por romper una vía generalmente única de construcción de conocimientos (la de estudiosos europeos que indagaban sobre nuestro pasado), para emprender la tarea de compilar y publicar en nuestro país, un libro sobre historia *francesa*, en uno de sus períodos más controvertidos: el de la Ocupación alemana y la instauración del llamado régimen de Vichy. Para demostrar la dificultad de la empresa abordada, podemos señalar que, sin contar al prologuista, Reggiani es el único argentino en la lista de autores del volumen, teniendo que recurrir el compilador, a la voz acreditada de tres historiadores franceses y dos autores norteamericanos (surgidos de una tradición sí habituada a extenderse en sus investigaciones, más allá de sus fronteras nacionales).

Frente a la posible pregunta, las respuestas y razones que se aducen para realizar la iniciativa editorial no surgen tanto de la *utilidad* comparativa con nuestro país (aunque sea mencionada por el prologuista y por más que el compilador reconozca, que el tema plantea la existencia de una *opinión* que «como también ocurre en nuestro país, parece asignar igual credibilidad a todo cuanto se dice y publica como un tema de 'interés general'»; sino que se relacionan, más profundamente, con planteos historiográficos y sociales propios de la historia francesa y europea, inscriptos en el amplio debate acerca del desarrollo y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

En ese sentido, desde el libro se problematiza sobre ciertos aspectos de la experiencia de Segunda Guerra que han supuesto una marcada dificultad en ser asimilados a la imagen que los franceses se habían construido sobre

ellos mismos como colectivo nacional. Esta mirada que indaga en el proceso de construcción de identidades y mitos nacionales y al lugar que el pasado ocupa en él, no sólo como creador, sino también como posible cuestionador, resulta particularmente interesante a la reflexión histórica en general.

Luego del prólogo (al que preceden un glosario de nombres y términos, una cronología del período y dos mapas de ubicación), el libro se nos presenta dividido en dos partes: «Historia» y «Memoria». La primera se abre con una introducción historiográfica de Reggiani, «Vichy y los historiadores», que de manera muy clara y pertinente, se encarga de trazar los principales acontecimientos en la historia francesa de entreguerras; de enmarcar los debates circulantes que se han presentado sobre esos años y de enumerar y poner en perspectiva crítica, las *oleadas* historiográficas que, desde el fin de la Segunda Guerra, se sucedieron y confrontaron para analizar el período.

En el capítulo mencionado, el autor resalta la discusión existente y recurrente que se ha manifestado entre los historiadores, con respecto de la «inmunidad» o «alergia» francesa al fascismo en los años treinta. Pareciera ser, en efecto, que de ello dependiera, en parte, la capacidad de entender la *normalidad* o no, de los *años sombríos*. Podemos apreciar, en ese sentido, que el mantenimiento de la denominación del período de manera *negativa* y traumática que se comparte con la mirada inicial de los primeros testimonios (los años *negros* de Jean Guéhenno) ya predispone a los historiadores a cierto riesgo teleológico, a girar en torno de un nuevo «huevo de la serpiente». En ese sentido, los capítulos 2, 3 y 4 son los aportes de tres reconocidos especialistas de la historia de entreguerras, Serge Berstein, Michel Winock y Robert Soucy, que buscan indagar sobre los precedentes de Vichy.

El primero de estos autores está interesado en analizar lo que denomina «el enfrentamiento simulacro de los años treinta», que hizo posible, de manera indirecta, los posicionamientos futuros en la época de Vichy, al fomentar la degradación parlamentaria y las críticas al — hasta entonces — consenso republicano. Esta etapa de demanda por acciones radicales, «independientemente de su contenido», generaría un debate político dado en «un ambiente de guerra ideológica alimentada por el antifascismo y el anticomunismo (mucho más que por el fascismo y el comunismo)» y que será considerado algo *artificial* por el autor, frente a las demandas *reales* de los franceses a partir de la crisis. A pesar de ese halo de *irrealidad*, la vio-

lencia discursiva generada en los treinta se transformará en el vector de diferenciación política posterior, ante la caída de la República y la ocupación alemana, adquiriendo caracteres de violencia física concreta, en la cual «los aprendices de brujo del verbo-simulacro se convertirán en los actores de una guerra civil real».

Bajo las coordenadas establecidas por Berstein, parecen disputarse los sentidos acerca de la *verdadera* implantación de la ideología fascista en Francia. Es en torno de la agrupación *Croix de Feu*, liderada por el coronel La Rocque, donde se centra el nudo del debate, ya que al ser ésta reconocida como una fuerza política de masas, su definición como fascista, refutaría la idea de la «inmunidad» francesa al fascismo. Como vemos, el debate no carece de presupuestos, que son los que tienden a menudo a esquematizar en cierta medida la discusión entre los *bandos* historiográficos representados por Michel Winock y Robert Soucy en esta compilación. Podría pensarse incluso, que de no existir tal *clivage*, ambos historiadores acordarían en gran parte de los puntos ya construidos por la investigación histórica, acerca de la *Croix de Feu*. Sin embargo, como suele suceder en otros ámbitos geográficos, la fuerza *perturbadora* de cómo definir el fascismo, afecta fuertemente la manera en que se leen y se interpretan los diferentes documentos, y tiende a que el debate se acorrale entre los «sí» y los «no» de una posición previa.

En la segunda parte, dedicada a los procesos de memoria sobre el suceso referido, pueden leerse los aportes de dos de los principales conocedores de la temática: Robert Paxton y Henri Rousso. En el primer caso, se trata de la traducción de una conferencia dada por el historiador estadounidense en la Universidad Di Tella en 2007. En ella, Paxton analizó el juicio a Maurice Papon, acusado por sus acciones como Secretario del Prefecto con sede en Burdeos, relacionadas con el arresto y deportación de 1560 judíos desde esa ciudad a Drancy, para luego ser enviados a los campos de exterminio. Paxton analiza el juicio, teniendo muy en cuenta su propia participación como *perito histórico* o «experto» en el mismo, y enmarcando dicho acontecimiento, a la vez, en el proceso de judicialización de Vichy, comenzado, congelado y reactivado numerosas veces desde el origen mismo de la Cuarta República. Luego de analizar las múltiples complejidades de este proceso (particularmente interesante resulta la *tensión* operada al interior de la dirigencia de postguerra por la creciente importancia dada —al pasar los años— a los crímenes contra la población judía frente al inicial interés por condenar la represión a los *resis-*

tentes), Paxton recuperará en el apartado final (titulado «El historiador y el juez», como inversión del nombre del libro de Ginzburg), el lugar que los *profesionales del pasado* podemos ocupar frente a la sociedad, demostrando que — a diferencia del juicio fulminante — nuestra actividad esta «orientada a demostrar y explicar procesos humanos, y a considerar opciones y posibilidades».

En el segundo aporte, también es destacable el componente autobiográfico, ya que Rousso analiza —en paralelo— la mirada que la sociedad francesa fue reformulando acerca del período de Vichy desde la década del 1960, con su propio derrotero de investigación. En ese sentido, la narración acerca de la realización de su libro **Le syndrome de Vichy**, nos muestra las dificultades que algunos investigadores tuvieron que afrontar en el proceso de constitución de un campo de historia del tiempo presente y de investigaciones sobre la memoria. Sin embargo, también resulta interesante analizar los problemas que aparejaría (a los propios autores) una recepción posterior y excesivamente laudatoria de su trabajo pionero. De allí, el intento de Rousso, de escribir (junto a Eric Conan), otro libro llamado **Vichy, un passé qui ne passe pas**, como intento de «recuperar cierta libertad de palabra y pensamiento y, con ello, romper la imagen del historiador titular —e históricamente ‘correcto’— de la memoria de Vichy». Esta nueva vuelta sobre antiguas inquietudes demostró ser efectiva, al volver a despertar polémicas en el ámbito cultural francés.

De esta manera, y con esa última contribución, llegamos al final del libro; agradeciendo al compilador, el esfuerzo por acercar en nuestro país, y mediar con su contribución, una versión actualizada de un debate de no tan accesible difusión, pero de particular interés para quienes investigamos el siglo veinte. Como en el caso de los *spaghetti western*, una mirada a los *universales*, desde lugares *periféricos*, puede ser altamente gratificante.

Andrés Bisso
(UNLP-CeInCI)

A propósito de José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2009, 439 pp.

Las antologías son especialmente propicias a esa diversidad de lecturas y significaciones a las que se presta cualquier texto; tienen, en



principio, la forma misma de la inconstancia, de la pluralidad de entradas y salidas, de la apertura de desvíos, atajos, demoras y reinicios. Así, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual** podría ser leído (al menos y también a la vez) como un homenaje a uno de los más destacados intelectuales argentinos de izquierda, como un paseo por la trayectoria intelectual de José Szabón (1937-2008), como ejemplo —claro— de los desarrollos en el campo de estudios de la historia intelectual, y como una expresión también de las tensiones del pasaje de la modernidad a la posmodernidad.

Publicado póstumamente en la colección Intersecciones que dirige Carlos Altamirano para la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes (donde apareció también otra compilación de sus trabajos, **Historia y representación**, en 2002), **Nietzsche en Francia** está compuesto por una selección —preparada por el mismo Szabón— de dieciséis de sus principales artículos de historia intelectual, editados originalmente en libros y revistas de Argentina y Venezuela entre 1971 y 2005, muchos de ellos de difícil acceso hasta ahora. Pero reúne también las características vocaciones de José Szabón, como docente, editor e investigador erudito y riguroso, y permite reconocer múltiples situaciones de su itinerario intelectual: el estudiante marcado por el marxismo sartreano y lukacsiano o el joven lector de **Les Temps Modernes**; el receptor del estructuralismo, el traductor de Saussure, Lévi-Strauss, Sartre, entre otros, o el exiliado que envía sus artículos desde Maracaibo; el filósofo crítico y sugestivo, el ironista, el pensador que busca constantemente las articulaciones con la historia. Y es una muestra de la variedad de sus temas: del estructuralismo a la historia intelectual, pasando por las relaciones entre historia y memoria, la Revolución Francesa, el pensamiento argentino y latinoamericano, siempre desde el marxismo y la Teoría Crítica. Basta remitir, para poner de prisa dos ejemplos paradigmáticos, al ya clásico «Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson» y al artículo «El legado teórico de la Escuela de Frankfurt», donde abre la pregunta sobre aquellas lecciones frankfurtianas todavía vivas, para pensar desde ahí en las áreas en que el legado del pensamiento político de la Escuela de Frankfurt se reveló productivo. En todos estos ensayos está Szabón con sus disgustos y placeres, siempre con la búsqueda de una lectura política.

Ahora bien, como ejercicio de historia intelectual, **Nietzsche en Francia** da cuenta de los

debates y desarrollos en torno a las corrientes renovadoras de la historia de las ideas. La que aparece entonces es una multiforme y plural *intellectual history*, una historia intelectual como historia del sentido; ya no la «biografía de una idea» sino un campo de estudios que, en la actualidad, se dispone a explorar los fenómenos de la significación en la historia, a «identificar la generación y establecimiento de los significados en formas de vida, tramas de interacción y comunidades interpretativas». Están ahí las aplicaciones de estos desarrollos; por ejemplo en el ensayo que abre y da título al volumen, «Aspectos de la recepción temprana de Nietzsche en Francia», donde reconstruye la presencia del pensador alemán y las diversas apropiaciones de su figura en la Francia de fines del siglo XIX y principios del XX, en un movimiento que atiende tanto a los soportes materiales de esa recepción como al análisis de los discursos y las operaciones de lectura: la mediación wagneriana, el influjo de Nietzsche en la vanguardia antedecadente, la vía de Sorel y el sindicalismo revolucionario, y la del nacionalismo integral de Charles Maurras y la Action française; un Nietzsche afrancesado en el horizonte omnipresente de la *décadence*.

Puede aventurarse, finalmente, que una de las problemáticas que atraviesa **Nietzsche en Francia** es la de la tensión entre modernidad y posmodernidad, por ejemplo en el pasaje del existencialismo al estructuralismo y postestructuralismo, de la confianza en la soberanía del hombre a su desaparición. Dirigido en la École Normale Supérieure de los años setenta por ese *maître à penser* de la época postsartreana, como él mismo define a Jacques Derrida, apasionado intelectual universal de impronta sartreana e introductor fundamental del estructuralismo, José Szabón no deja de intervenir una vez y otra sobre las posibilidades y los límites de la transición de la modernidad a la posmodernidad. Situados en la bisagra entre dos siglos, esos textos dan testimonio del cambio de hegemonía que supuso, en los años sesenta, la demolición del historicismo, el humanismo y la filosofía de la conciencia. A través de Sartre, blanco y víctima del estructuralismo y una de las seis «Figuras» a las que reserva la última parte del libro —junto a Lévi-Strauss, Mariátegui, Voltaire, E.P. Thompson y De Angelis—, Szabón analiza ese quiebre de época y lo que nos distancia de aquella ambiciosa historia total; un desplazamiento que inauguró «una nueva, y desencantada, fase de la historia intelectual». Al interior de ese pasaje, en «Razón y método: del estructuralismo al postestructuralismo» señala que en la segunda mitad de la década de 1960 ya estaban

emplazadas las bases de ese pensamiento caracterizado, entre otras cosas, por la crítica radical de la razón, la oclusión del imperativo de la verdad, el sentido como objeto a disolver: «El supuesto de una vigencia sucesiva y no simultánea del estructuralismo y el postestructuralismo no se sostiene si se toman en cuenta las fechas de aparición de las obras características de la corriente y el modo en que éstas incidieron en la coyuntura cultural». Dos textos fundantes son entonces el capítulo final de **Las palabras y las cosas**, de Foucault, y «La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas», publicado en **La escritura y la diferencia**, de Derrida. Ambos alejados de la afirmación científica del estructuralismo, y también anteriores a los movimientos de 1968, donde se ha tendido a ubicar la línea de corte, contienen ya —afirma Szabón— «una asimilación de los resultados de los métodos estructurales unida a su utilización como materia prima de una elaboración filosófica orientada a un rechazo de la recomposición racional de las ciencias humanas, viciadas —en esta perspectiva— por su dependencia de la representación, de la figura del hombre, de la metafísica del origen, de la clausura del juego de la diferencia».

Todos y cada uno de estos accesos hacen de **Nietzsche en Francia** un texto integrado a las novedades historiográficas de la historia intelectual que convoca a retener, como diría Szabón a propósito de Voltaire, «la inscripción del texto en el mundo y no su fluencia autocontenida», a atender a esas luchas en que se prolonga la presencia de Szabón, «uno de nuestros últimos intelectuales humanistas de erudición universal», según la lograda formulación de Horacio Tarcus en el prólogo. Así leídos, estos ensayos son expresión de una lección que no es sólo teórico-metodológica sino también (y sobre todo) de imaginación histórica: Szabón descifra, esquivo el canon de lectura y se adentra en márgenes desiertos; y en esa tarea construye un lenguaje propio.

Mariana Canavese
(UBA-CONICET)

A propósito de Marina Becerra, **Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique del Valle Iberlucea**, Rosario, Prohistoria ediciones, 2009, 224 pp.

Los trabajos sobre la tradición socialista argentina se han detenido en pocas figuras, princi-

palmente en el «fundador», Juan B. Justo, y en el «heterodoxo», José Ingenieros. El primer mérito del trabajo de Marina Becerra —una versión corregida de su tesis doctoral, defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires— es el de abordar a uno de los más importantes políticos e intelectuales del socialismo argentino, Enrique del Valle Iberlucea, desatendido por la mirada académica y que sólo había recibido la ocasional mirada de la hagiografía partidaria. Y, sin embargo, se trata de «el primer senador socialista de América», de un notorio jurista —en tal condición ocupó numerosas cátedras universitarias y participó de la redacción del proyecto de Código de Trabajo y de algunos de los primeros proyectos en defensa de los derechos de las mujeres—, de un activo promotor cultural, del más notorio de los impulsores de la incorporación del Partido Socialista a la Tercera Internacional, de un inmigrante español que ingresó al Parlamento Nacional para, años después, ser expulsado en una votación escandalosa. Puede aventurarse que si cualquiera de estos rasgos habría hecho a Del Valle Iberlucea merecedor de homenajes y estudios, la combinación de todos ellos parece haber generado incompreensión y olvido.

Para intentar dar cuenta de esta figura multifacética sin reducir las complejidades a la presunta continuidad de una «obra», la autora propone un recorrido por cuatro dimensiones del trabajo de Del Valle Iberlucea. En primer lugar, Becerra señala que tanto la lectura que Del Valle Iberlucea hacía de Marx, en la que subrayaba la herencia hegeliana, como su inserción en redes intelectuales internacionales, que le permitían estar al tanto de una profusa bibliografía que ponía en cuestión el «economicismo histórico» y las ideologías simplistas del progreso, lo separaban de Justo, colocándolo en la senda del pensamiento de socialistas como Antonio Labriola. Desde esa perspectiva culturalista de matriz italiana, sostiene la autora, Del Valle Iberlucea produjo una relectura original del vínculo entre el socialismo y las tradiciones populares argentinas lo que, al postular un «núcleo de buen sentido» en «nuestro gaucho», hubiera permitido al Partido Socialista alcanzar un mejor vínculo con ese «otro diferente» que la ofrecida por el iluminismo evolucionista de Justo. Sin embargo, creemos que por momentos Becerra exagera en el argumento: por un lado convierte al español en un gramsciano *avant la lettre* que habría pensado su lugar como «intelectual orgánico» más que como «vanguardia»; por otro, exagera las distancias con un Justo que, lo mismo que el Senador Socialista, rechazaba la alternativa reforma o

revolución y negaba que el socialismo debiera limitarse a alcanzar mejoras para la clase obrera. En cambio sí es original y sin precedentes en la tradición socialista, como subraya la autora, la lectura que Del Valle Iberlucea hace de la historia jurídica, y el modo en que, remitiendo a las Cortes de Cádiz, entronca las libertades argentinas con una dimensión de la herencia hispánica —la del despertar de las energías latentes de un pueblo resistente— que era negada por los nacionalistas «telúricos» del Centenario, reivindicadores de la herencia de dominación de la España jesuita.

En segundo lugar, Becerra aborda el intenso pero poco estudiado vínculo entre Del Valle Iberlucea y el movimiento feminista argentino. Analiza la tesis doctoral que aquél presentara en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que recomendaba la inclusión del divorcio en el Código Civil y destaca la novedad que representaba, frente a los argumentos de otros intelectuales liberales y reformistas también defensores del divorcio, el argumento en torno a la cuestión del amor, y a la falta de amor como causal legítimo de disolución del vínculo. La autora señala también las tensiones entre la reivindicación universal de la ciudadanía y el reconocimiento de que la ciudadanía igual se concedía a diferentes, sexados, a la vez que argumenta con sutileza que la explicación que el intelectual socialista daba a la resistencia de las propias mujeres a la ley de Divorcio —una deficiente instrucción—, colocaba al Partido Socialista, destinado a la tarea pedagógica, en una posición paternalista. Por otra parte, y luego de rescatar otras iniciativas del Senador socialista en pos de los derechos femeninos —su proyecto proponiendo ampliar la no punibilidad del aborto a causas más allá del riesgo vital de la madre, su proyecto de emancipación civil de la mujer— Becerra subraya la estrechez de la asociación que el español planteaba entre emancipación obrera y femenina, una asociación en la que, a la luz de la «Revolución de Octubre», la primera parecía tener el lugar preponderante.

En tercer lugar, la autora reconstruye el llamativo y rápido recorrido que, en pocos años, llevó a Del Valle Iberlucea de ser el más ferviente partidario de la ruptura de relaciones con Alemania a ser el principal referente de quienes pedían la adhesión del Partido Socialista a la Tercera Internacional. Becerra comienza reconstruyendo la mirada del español sobre la Gran Guerra, señalando que sus palabras debían mucho a la tradición liberal que colocaba el centro de su prédica en la defensa de las libertades nacidas de la Revolución Francesa. La

posición del Senador socialista, explica la autora, era pacifista y de simpatía por el «neutralismo» del presidente norteamericano Wilson, al que diferenciaba del de Yrigoyen, y sería justamente a partir del ingreso de Estados Unidos en la guerra que comenzaría a pronunciarse en favor de la ruptura de relaciones con Alemania. También lo haría la mayoría de los parlamentarios socialistas pero, señala Becerra, mientras Justo fundamentaba tal posición en clave económica, basada en la defensa del libre comercio, Del Valle Iberlucea, oscilando entre lo moral y lo jurídico, apelaba al derecho internacional para abandonar la postura en favor de la neutralidad, lo que lo haría enfrentarse con quienes, reafirmando esa postura, fundarían el Partido Socialista Internacional. Sin embargo, poco tiempo después del Valle Iberlucea coincidiría con estos adversarios en la defensa de la Revolución Rusa. En este punto se extraña un seguimiento más atento de las posiciones del Senador socialista acerca de la situación del socialismo internacional: creemos que ello se debe a que la autora toma como referencia el surgimiento de la corriente «tercerista» en 1920 —que postulaba la adhesión del Partido Socialista a la Tercera Internacional— y a partir de ese punto lee hacia atrás las intervenciones de Del Valle Iberlucea en los años previos. Consideramos que es sólo por ello que se le vuelve enigmático el modo en que el Senador Socialista, como tantos otros socialistas, combina la admiración a Lenin con la continuidad de una política parlamentaria y reformista. La autora señala con acierto que en sus escritos de esos años el español reinterpreto sus textos del pasado para encontrar en ellos una postura revolucionaria y activista, pero, a diferencia de Becerra, creemos que esa «invención de la tradición» se relaciona menos con el intento de construir una mitología fundacional para la Internacional Comunista que con el permanente trabajo de reinterpretación que un intelectual, y sobre todo un intelectual tan atento a la dimensión simbólica de la acción como lo era Del Valle Iberlucea, hacía sobre una tradición que consideraba propia: la socialista. Podemos pensar que esa fue la razón por la que no abandonó las filas partidarias con los «terceristas»: su lectura de la tradición asignaba al Partido Socialista un linaje revolucionario al que no estaba dispuesto a renunciar.

En la cuarta parte del recorrido, Becerra analiza las iniciativas de Del Valle Iberlucea en términos de política cultural. Retomando el argumento de algunos de sus trabajos anteriores, la autora señala los dilemas de un socialismo que postulaba la inclusión en la ciudadanía nacional pero, a la vez, encontraba que el nacionalismo



se constituía en la forma privilegiada de integración. Ante la situación, señala, algunos socialistas buscaron construir espacios educativos propios, fundando «escuelas socialistas» —y luego, cuando se consideró a tal definición como excluyente, escuelas «laicas» o «populares». Sin embargo, casi lamenta la autora, la tendencia hegemónica, liderada por Juan B. Justo, decidió abandonar el sostenimiento de tales iniciativas por considerar, en el espejo francés, que el Estado debía ser el único responsable de la educación. Luego de no pocas tensiones, el Partido Socialista parecía haber adoptado una postura integracionista que lo alejaba no solo de la vía insurreccional sino también de los esfuerzos por construir un embrión de contrasociedad. Al no avanzar en la construcción de espacios en que confluyeran los elementos dispersos de las diferentes tradiciones populares, señala con acento gramsciano Becerra, el Partido Socialista limitaba su voluntad hegemónica a definiciones en términos universales que no cuestionaban, antes bien consolidaban, el discurso democrático liberal encarnado en las políticas estatales.

En conclusión, Becerra propone y lleva a cabo con acierto una tarea necesaria e ineludible: la reconstrucción del pensamiento y la obra de uno de los principales intelectuales y políticos socialistas de la Argentina. Con su libro propone un modelo de abordaje que hace justicia tanto a los matices del pensamiento como a las diferentes arenas de lucha de Del Valle Iberlucea. Pero el aporte de Becerra no concluye aquí: su lectura permite iluminar algunas de las principales limitaciones del socialismo argentino —y en particular de la línea liderada por su líder Juan B. Justo— y, lo que es quizás más significativo, las de una tradición liberal que no sólo renunciaba a hacer avanzar una ley de divorcio que era corolario de la de «Matrimonio Civil» impuesta décadas atrás, sino que, vergüenza mayor, aceptaba el desafuero de un Senador de la Nación por un «delito de opinión».

Ricardo Martínez Mazzola
(CONICET-UBA-UNSAM)

A propósito de Alexandra Pita González, **La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes Intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**, México, El Colegio de México, Universidad de Colima, 386 pp.

El libro de Alexandra Pita, producto de una larga y cuidadosa investigación y, a la vez, pro-

ceso de elaboración complejo por la dimensión de su objeto y la hondura de su perspectiva, para el lector, varios libros al mismo tiempo, pero logra ser finalmente una obra completa, allí su primera virtud: es un libro sobre una revista, un estudio pormenorizado y profundo sobre ella y sobre sus relaciones. Es también el estudio de una organización, la Unión Latino Americana (ULA), de sus vinculaciones y de sus derivaciones en el marco de los debates sobre el imperialismo en los años veinte. Es, asimismo, un libro que recorre analíticamente y aporta nuevas miradas acerca de unas biografías intelectuales decisivas: José Ingenieros (el último Ingenieros) y Alfredo Palacios. Pero también otras que ahora incorporamos al amplio escenario de los intelectuales de entreguerras, ejemplificadas en la de Arturo Orzábal Quintana, la más desarrollada en el texto, a la que acompañan esos *cuasi* desconocidos de la gran historiografía: Isidro Odena, Baldrich, Guglielmini, por citar sólo algunos. Pero además, y con todo esto, es un vasto mapa del desarrollo de las ideas que rodearon al complejo mundo de los jóvenes reformistas entre 1918 y 1930. Alexandra logra entonces, en primer lugar, construir un relato con un fuerte basamento biográfico que nos conducirá a través de las páginas hasta unas conclusiones que, situándonos en el terreno de la historia de las ideas, desarrollan con precisión el tránsito americano de los conceptos de *juvenilismo*, *americanismo* y *antiimperialismo*. Es éste un libro que viene, a su vez, precedido por valiosos antecedentes, los propios estudios contemporáneos a la Reforma, o los que más tarde aportaron figuras como Juan Carlos Portantiero, José Aricó y Oscar Terán y los más recientes trabajos de Patricia Funes y de Martín Bergel. Todos estos aportes están incorporados a lo largo del texto.

A juicio de este lector es el primero de la larga serie esbozada más arriba que comienza a armar un mapa confiable, no ya sólo de las ideas, turbulentas, esquivas y muchas veces inclasificables de los reformistas, sino de la acción encarnada de ellas en el escarpado territorio de la política americana. Por eso mismo, Alexandra comienza a trazar unas líneas de trabajo que ahora serán para el investigador, más seguras de transitar. En los últimos años es frecuente hacer referencia a las redes americanas de la Reforma Universitaria y sus publicaciones, y algunos investigadores, entre los que creo encontrarme, las han bosquejado parcialmente. Ahora creo ver que tenemos, en este libro el primer diseño completo de esta trama. O al menos una guía de trabajo sobre cómo reconstruirla y eso no es poco.

Comenzando como la indagación histórica de una concreta creación material como fueron el Boletín **Renovación** y la Unión Latinoamericana y explorando en profundidad aspectos novedosos de la figura de Ingenieros, la autora atraviesa los problemas políticos del continente durante la década del veinte para resituarnos en el final en la consideración de tres aspectos que marcaron el paso de aquella juventud y le dieron el tono a su vida política por aquellos años: el Juvenilismo, el Americanismo y el Antiimperialismo. Al repasar en las páginas del libro de Alexandra Pita la particular posición de Ingenieros con respecto al reformismo que es a la vez una nueva posición con respecto a una nueva trama de ideas, se puede entender esa reacción de rápido interés que Oscar Terán encontró en formaciones intelectuales no tradicionales, como la de la revista **Inicial** y ese mundo particularmente extraño, de alquimia intelectual, que ella plantea. Encontrar ecos de **Renovación** en **Inicial**, es vincular mundos que en una primera lectura se nos presentan in comunicables, pero sin embargo dialogan entre sí, por ese fenómeno de imantación que las diferentes épocas contagian a los hombres que las transitan. José Luis Romero habló de «clima de ideas» y sigue siendo un concepto tan útil como acertado.

La historia que se trama en este libro es así: Los sucesos de 1918 en Córdoba tomaron rápidamente una dimensión espacial que pudo verse en la época como el triunfo de un puñado de ideales juveniles. Pero allí mismo, para sus mismos actores, nació el problema: ¿de qué ideales se trataba? Y sobre todo, ¿qué hacer con ellos? Este libro desarrolla una de las respuestas posibles a esos interrogantes iniciales. El de los maestros y jóvenes reunidos alrededor del Boletín **Renovación** y la Unión Latino Americana.

Los buenos relatos históricos tienen, generalmente, una potente escena fundacional: Alexandra Pita la sitúa en el homenaje a José Vasconcelos durante su visita a la Argentina en 1922, consecuencia de otra escena no menos significativa ocurrida un año antes: el Congreso Internacional de estudiantes en México. Lo que Ingenieros captó bien en 1922, los estudiantes ya lo habían sentido en 1921, claro que con fórmulas que todavía estaban claramente apegadas a aquel clima arielista del 1900. El discurso de Héctor Ripa Alberdi antes sus pares, en ese gran evento, tanto como el del propio Deodoro Roca en ocasiones diversas, derivaba todavía, con pocos puntos de fuga, de aquél que José Enrique Rodó había escrito 20 años atrás. Alexandra piensa y describe la escena reformista de aquí en ade-

lante, cuando ya nuevas ideas y nuevos moldes de expresión comienzan a consolidarse y a hacerse escuchar en las publicaciones del continente. En 1924, Pedro Henríquez Ureña, al sumarse al póstumo homenaje que se le brindaba al malogrado Héctor Ripa Alberdi, describía emocionado el ambiente que se estaba gestando al calor de las nuevas redes de jóvenes intelectuales, devenidas de aquel Congreso del 21: «Y a su patria volvió con sus compañeros para comunicar a todos la fe en el México nuevo. Cuando en 1922 visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el 'ambiente mexicano' creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las 'ideas mexicanas'...»

A este ambiente «mexicano» se agregaría, producto de la diáspora provocada por la represión del gobierno de Leguía, el clima «peruano» que daría a La Plata su nota más distintiva. Estos jóvenes peruanos, adherentes en su mayoría a la naciente Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), se vinculan allí con los grupos reformistas ligados a las revistas **Sagitario** y **Valoraciones**, como en Buenos Aires lo harán con **Claridad**, **Inicial** y **Renovación**. En estos laboratorios de la militancia moderna que constituyeron las editoriales y revistas juveniles de los años 20, los exilados latinoamericanos compartirán sus experiencias político-culturales con quienes todavía confiaban en que la República Estudiantil era el núcleo de la Reforma Social. Entre los argentinos que sostenían por entonces esta posición con más fervor se contaban Julio V. González y en cierta medida Carlos Sánchez Viamonte, ambos ligados estrechamente a la revista platense **Sagitario** dirigida por Carlos Américo Amaya. Así es reveladora de esa misión de la juventud el editorial de la revista platense **Sagitario**, que establece las diferencias entre la vieja generación, entregada de lleno al amor de la cultura como «directa consagración del espíritu» individual: «En nuestra América, el gran movimiento de reconstrucción se ha localizado en la Universidad. En 1918 y subsiguientes, la juventud de las aulas, conmovida hasta en su más recóndita fibra por el cataclismo mundial y la revolución rusa, se enroló en la campaña de la Reforma Universitaria. Portadora de un vigoroso germen de renovación social y cultural, está preparando los centros donde se elabora el pensamiento de la comunidad para plasmar la nueva ideología que infiltrará en la conciencia colectiva». **Renovación** y la ULA intentarán buscar y definir, y a su modo, ese espacio imaginado como «comunidad» y «conciencia colectiva» donde hacer de sus ideales realizaciones constatables.

Porque, todo aquello que se venía declamando, debía ser realizado. Lo sabían bien estos jóvenes, que muy pronto serían acusados por otros jóvenes, también universitarios pero de firme militancia partidaria comunista de seguir entendiendo la política como unos extendidos, inacabables “juegos florales”. El libro desarrolla a partir de estas escenas, la historia del Boletín **Renovación** y la de la propia ULA, prestando especial atención al establecimiento de lazos generacionales con el sistema de publicaciones de la vanguardia. Unos lazos que en el caso de **Renovación** serán bifrontes, por un lado con revistas acaso más tradicionales como la **Revista de Filosofía y Nosotros**, y por el otro **Inicial**, **Sagitario**, **Martín Fierro**, exponentes definidos de la renovación estética.

El capítulo siguiente de esta historia refiere a la fundación y organización de la ULA mostrando la productividad de este recién nacido boletín. En efecto, el modelo juvenilista autónomo, propio de estas experiencias, se exacerbó. Ya no se trata del viejo mecanismo donde los grupos políticos fundan periódicos o revistas, sino exactamente al revés. Una revista funda un movimiento político. Es más, la ULA nace como propuesta conjunta de varias revistas porteñas: **Nosotros**, **Revista de Filosofía**, **Renovación**, **Valoraciones**, **El Universitario** e **Inicial**, presentándose como una izquierda «renovadora» antes que revolucionaria. Así comienza su construcción continental a través de las redes que primero proveerá el propio Ingenieros y luego intentará consolidar Palacios, cuando éste ya no esté. La táctica privilegiada era, además de la circulación de las publicaciones, la del envío de «misiones», un proceso extendido y utilizado por varias revistas juveniles durante los años 20. **Martín Fierro**, **Inicial** y **Valoraciones** la habían desarrollado con suerte diversa y una orientación, que, además de los fines políticos declamados, no ocultaba acciones más tangibles como la promoción de los fondos de las editoriales vinculadas.

La investigación de Alexandra comienza a brindar aquí uno de los frutos que creemos será más perdurable. Ella devela otros cursos de acción, otras redes que se van superponiendo a ésta e indaga sobre figuras poco o nada transitadas por la historiografía. Nos referimos a la Arturo Orzábal Quintana, y a esa otra asociación nacida de la ULA: La Alianza Continental. Es que aquí, ya acercándonos al 28 (que por muchas razones es una fecha clave en toda esta historia), los vientos de la política mueven y reacomodan todo aquello que los jóvenes del 18 en el fondo creo que consideraban bastante fijo:

unos ideales que irían desenvolviéndose e imponiéndose a través del continente y que por el peso de ellos mismos (y de las multitudes por ellos ilustradas) acabarían con los corruptos gobiernos del continente. Todo, está claro, fue más difícil y para conseguir algo había que plantarse frente a la política con mayúsculas, un final inevitable. La experiencia de la Alianza Continental, sus relaciones con el yrigoyenismo, con los generales Mosconi y Baldrich, es un hallazgo de Alexandra, que, puesto al filo del Manifiesto pro-Yrigoyenista de los jóvenes martinfierristas, nos señala una línea de trabajo posible: aquella que nos habla acerca de las relaciones de los reformistas con la política de los partidos políticos nacionales. Junto a ello, y retomando algo que se tramó desde aquel fundacional discurso del 22, Alexandra nos adentrará en el capítulo VI en torno a las vinculaciones no siempre llanas entre Unionismo, Aprismo y Antiimperialismo, en un época (c. 1925) ya dominada por la multiplicación de diversas ligas antiimperialistas en América y Europa. Relata Alexandra aquí ese capítulo de la Reforma entrañable para los argentinos y con mayor precisión para los platenses que fue la presencia y la militancia de los jóvenes del APRA en Buenos Aires y La Plata. Con ellos, la recepción de **Amauta** y la apertura al pensamiento de Haya de La Torre y en especial de José Carlos Mariátegui.

Después de este rápido repaso, que sólo ha pretendido enumerar senderos recorridos por la investigación de Alexandra, es necesario que nos detengamos en el último capítulo. Él condensa las líneas de tensión que esta historia contiene desde su inicio. Quizá haya sido para los contemporáneos una amarga constatación que el fin del proyecto *unionista* encuentre a sus herederos batallando por la módica conquista del decanato de una Facultad porteña (por más importante que ésta fuera, y claro que la de Derecho lo era). Y su vez, que su fin no pueda dejar de vincularse de algún modo a los vericuetos de esa «política criolla» a la que tanto quisieron evitar. Por otra parte es evidente al repasar la lista de directivos y amigos de **Renovación**, la abrumadora presencia de los abogados porteños. El llamado Partido Unión Reformista de Centro Izquierda reunió a muchos de ellos y en su nombre se dio esta batalla por el decanato de la Facultad, que por fin terminó ubicando en él (por breve tiempo) a Alfredo Palacios, candidato de un centro de estudiantes en el que militaban, entre otras figuras que mucho tendrían que decir a la política argentina de épocas posteriores, con diferente grado de resonancia: Isidro Odena, Homero Manzi y Arturo Jauretche. Si no fue épico podemos suponer con estos nombres

mediante, que fue poético, vibrante y caballescuro como precisamente seguía pensándose la política juvenil por entonces.

La épica del APRA, la de la juventud universitaria cubana, la venezolana o la mexicana, no eran alcanzables en los marcos de la Argentina de entonces. Una realidad diferente condujo a los jóvenes nacidos a la política con la Reforma Universitaria por caminos distintos. Muchos de ellos fueron, al pasar las décadas, notorios políticos en el radicalismo, el comunismo y el peronismo. Pero no hay duda de que por entonces pensaron sus vidas futuras de otra forma. Lo que quedó, al fin de esta aventura generacional que bien relata el libro de Alexandra, ya estaba inscripto al comienzo, y en verdad, si para estos reformistas el resultado fue quizá magro, hoy podemos decir que para la historia de América fue mucho lo que ellos aportaron. En muchos de nuestros sueños viven los de aquellos jóvenes. Muchas de las formas de comunicarnos entre nosotros, los que nos llamamos intelectuales, y de pensar nuestra intervención en la política, nacieron, aunque no lo reconocamos con facilidad, entonces. Deberíamos pedir permiso quizá a Alexandra para rebautizar, aunque sea por un momento, su libro, y, en homenaje al maestro Oscar Terán, llamarlo «Nuestros Años Veintes».

Fernando Rodríguez
(FFyL-UBA)

A propósito de Maristella Svampa, Pablo Stefanoni y Bruno Fornillo, **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización**, Buenos Aires, Editorial Taurus, 2010, 296 pp.

Si algo parecía improbable en 1985, luego de la derrota de la Central Obrera Boliviana (COB), la relocalización de 20.000 trabajadores mineros y la implantación violenta de las recetas neoliberales promovidas por el consenso de Washington, era la posible llegada al poder de un partido de base popular que llevara como candidato a la presidencia a un dirigente sindical de origen aymara. Veinte años después Evo Morales hacía su entrada triunfal al Palacio Quemado de la mano de un partido no tradicional y con el apoyo de una gran cantidad de organizaciones sociales.

La reciente edición del libro **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización** viene a confirmar que, ya entrados en el segundo período de gobierno del Movi-

miento al Socialismo (MAS), un balance del primer mandato es un desafío que bien vale la pena enfrentar. Fruto del trabajo colectivo de los investigadores Maristella Svampa, Bruno Fornillo y Pablo Stefanoni, el texto —dividido en dos partes— ofrece múltiples entradas para abordar la compleja y por momentos inabarcable realidad social y política boliviana. La primera parte del libro está compuesta por tres ensayos individuales escritos por cada uno de los autores del libro. La segunda parte contiene un conjunto de entrevistas a una serie de funcionarios que están o estuvieron directamente involucrados en el día a día del gobierno de Evo Morales.

Una primera aproximación al texto deja entrever que los autores, más allá de la manifiesta empatía que les genera el proceso político boliviano, no necesariamente acuerdan en su caracterización. El debate, la polémica están entonces inscriptos en la propia gestación del libro. Pensar Bolivia hoy —la gran apuesta del libro— es abrir el debate sobre los verdaderos alcances de las transformaciones que se dieron en Bolivia a partir de 2005, los desafíos abiertos de cara al futuro y sus posibles proyecciones.

A la hora de hacer el balance del primer gobierno del MAS, el artículo de Maristella Svampa recorre tres ejes principales: la compleja relación entre el gobierno y las organizaciones sociales, los efectos de la actualización de la tradición nacional-popular y las tensiones que generan hacia el interior del proyecto el despliegue del modelo de desarrollo impulsado desde el gobierno. La autora observa, por lo bajo, una reactualización de lo nacional-popular en el pragmático proyecto del MAS que, pese sus resonancias indianistas, hace que la Bolivia de Evo no escape a una tendencia más amplia de reafirmación del Estado compartida por otros países de América Latina. De cara al futuro, Svampa encuentra una interesante tensión en el interior del proyecto: la noción ecocomunitaria del «Buen Vivir» entra en colisión frente al despliegue de una aspiración al desarrollo basada principalmente en el impulso de la economía extractiva. La pregunta clave es entonces: ¿es posible pensar en vías alternativas de desarrollo? Los autores descargan toda la tensión implícita en esa pregunta en la entrevista realizada al vicepresidente en funciones Álvaro García Linera. El resultado de ese intercambio es uno de los pasajes más interesantes del libro porque ilumina una polémica en cuya resolución quizás reside una de las llaves para entender el tenor de las transformaciones que se proyectan sobre el país andino.

En su artículo sobre la relación entre intelectuales y política en la era katarista, Bruno Fornillo encuentra que la especificidad boliviana —en la que reconoce que la noción clásica de «campo intelectual» no resulta productiva— termina actuando como un entorno favorable para la difusión y recepción nacional de ideas. Luego de recorrer una serie de experiencias nodales para pensar esta cuestión —desde los pensadores de perfil indianista agrupados alrededor del Taller de Historia Oral Andina, pasando por el complejo y diverso entramado de ONG's, hasta el nacimiento del grupo Comuna— el autor sugiere que la reflexión intelectual en Bolivia trasciende el espacio compartimentado de un grupo o sector social y subraya en cambio la existencia de una inteligencia colectiva que, entre otras cosas, logró imponer un programa de gobierno. Esta es una cuestión clave a la hora de entender el proceso de relevo de la clase dirigente que acompaña la instauración de un nuevo bloque de poder al mando del Estado boliviano.

El artículo de Pablo Stefanoni despliega en el largo plazo las derivas del indigenismo en Bolivia. El autor entiende que los tópicos sobre la indianidad en Bolivia han emanado de dos imágenes opuestas sólo en apariencia. Se trata de aquella clásica dicotomía arguediana que opone la idea de «raza de bronce» con la de «pueblo enfermo». Durante buena parte del siglo XX este doble sentido primó en las consideraciones sobre los pueblos originarios: era al mismo tiempo, aquella «raza heroica» constructora de «grandes civilizaciones» y a la vez una «raza vencida y degenerada». Stefanoni propone que alrededor de estas dos imágenes giraron una variada gama de vertientes, desde el indigenismo romántico hasta el nacionalismo indígena, pasando por el indigenismo de Estado de los años cincuenta o el katarismo-indianismo de los setenta.

El libro concluye con un conjunto de entrevistas a dirigentes y funcionarios en las que se recorren críticamente experiencias de gestión, desafíos aún irresueltos y posibles proyecciones. La selección de los entrevistados permite abrir un interesante abanico de problemáticas —reforma agraria, descentralización administrativa, autonomías, rol del Estado, exploración petrolera, etc.— e incluye los testimonios del vicepresidente Álvaro García Linera, del actual viceministro de Planificación Estratégica, Raúl Prada, del ex viceministro de tierras, Alejandro Almaraz y de la mujer que ocupa el delicado cargo de coordinadora del departamento de Autonomías en Santa Cruz de la Sierra, Helena Argirakis.

En resumen, **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización** es, a un mismo tiempo, un aporte al campo de la historia intelectual y política boliviana y una invitación al intercambio polémico cuya premisa básica es pensar, más allá de las novedades más evidentes, las no siempre reconocidas continuidades, las dificultades y las tensiones que han surgido en el interior del proyecto político liderado por Evo Morales.

Hernán Topasso
(UBA)

A propósito de *Claudia Hilb (comp.), El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009, 263 pp.*

Como señala la contratapa del libro aquí reseñado, la trayectoria de Juan Carlos Portantiero constituye un prisma privilegiado para revisar el vínculo entre los intelectuales adscriptos a la izquierda y la política nacional. Los responsables del volumen, Federico Schuster y Claudia Hilb, desde distintas perspectivas lo destacan muy bien al comienzo de la compilación, mostrando cómo su itinerario se va formando al compás del vaivén que le imponen la política y el campo intelectual.

En el libro están todos los temas que preocuparon a Portantiero desde que irrumpió en la escena pública a principios de los años cincuenta: el socialismo, el peronismo y la democracia. Sobre el primero de estos temas, Juan Carlos Torre ensaya una hipótesis acerca del fracaso del encuentro entre socialismo y clase obrera para explicar por qué en Argentina no hubo un movimiento obrero socialista fuerte. Haciendo foco en la «excepción norteamericana», Torre sostiene que, al igual que en la patria de Lincoln, la temprana conquista de ciudadanía política por parte de los trabajadores bloqueó el combate contra el capital haciendo posible que el conflicto se desdoble en, por un lado, las reivindicaciones salariales y por el otro, las políticas. Así, la Unión Cívica Radical (UCR) captó para sí las demandas políticas de los trabajadores y bloqueó con eficacia las pretensiones del partido socialista, hecho que minó las pretensiones de un fuerte partido de clase al modo europeo. Martínez Mazzola, por su parte, examina la relación que Portantiero entabló con el socialismo. La estrategia es por demás acertada. En efecto, la misma permite iluminar los vaivenes de su trayectoria, pero sobre todo las tensiones que

atravesaba un intelectual de izquierda con vocación de posicionarse en el centro de la escena nacional aun cuando su filiación ideológica no lo permite.

Refiriéndose al mismo tema, pero poniendo el foco sobre el socialismo actual, Giuseppe Vacca desplaza su mirada a Europa y recorre las diferentes coaliciones que desde 1989 aparecen en la escena política italiana. Hace un diagnóstico de la actualidad de la izquierda (poco positivo por cierto) y traza los grandes desafíos con los que tiene que enfrentarse el partido democrático, la coalición del ala socialista más representativa del escenario político actual europeo. Por su parte, Giacomo Marramao, a través de una entrevista, reflexiona sobre el mundo contemporáneo. La reflexión es estimulante porque ahonda en los desafíos de occidente (los dos occidentes en la perspectiva del italiano, el oceánico y el continental) en el contexto de la globalización. Analiza las tensiones que se despliegan en un mundo multipolar y las tareas que Europa debería encarar para oponerse a las visiones dominantes encarnadas en, por un lado, Estados Unidos y por otro, China e India. En un registro filosófico de gran densidad donde dialogan varias tradiciones, Marramao describe las tareas que se le presentan al socialismo de cara al futuro. Allí el autor articula movilidad y pleno empleo con reforma del Estado de Bienestar como ejes centrales de la política socialista para el combate del mundo actual. Estas dos intervenciones resultan muy significativas para entender los intereses de Portantiero porque, como se recordará, desde su temprano encuentro con la lectura de Gramsci a principios de los años cincuenta, el socialismo italiano estará presente a lo largo de toda su carrera como un interlocutor privilegiado de sus recorridos tanto teóricos como políticos. Su relectura de Weber a fines de los años setenta y la incorporación de Bobbio ya entrado los años ochenta son el producto del diálogo que Portantiero entabló con los intelectuales italianos a lo largo de su trayectoria.

De la renovación intelectual de los años sesenta y de la cual Portantiero fue parte activa se ocupa Horacio Crespo al interrogar las motivaciones que llevaron a Aricó a emprender los **Cuadernos de Pasado y Presente**. Para ello utiliza dos argumentos centrales: por un lado, las razones que Aricó señalaba sobre el porqué de la empresa, y por el otro, se concentra en el contexto político y las redes que el grupo cordobés construyó con sectores de «la nueva izquierda» y, más específicamente, el Partido Comunista Revolucionario —que a fines de los años sesenta se vinculó en Córdoba a

los sectores sindicales del clasismo—, concluyendo que la intervención de los **Cuadernos...** tenía una intención política.

Hacia principios de los setenta Portantiero publicó un texto que hizo fortuna en el ambiente académico. Allí, como se recordará, acuñó la noción de empate hegemónico, problema que recoge el ensayo de Pablo Gerchunoff. Entablando un diálogo entre la economía y la política, este autor amplía el argumento de Portantiero poniendo de relieve datos en el análisis que no estaban presentes en la primera versión del segundo. Alrededor del llamado *stop and go*, que explica el comportamiento cíclico de la economía argentina, Gerchunoff analiza su forma ampliada en los años noventa y traza un diagnóstico sobre los problemas de la estructura económica actual.

El tópico de la democracia está presente en los ensayos de Hugo Quiroga y Ludolfo Paramio. Este último se refiere a la revalorización de la democracia por parte de la tradición socialista en el ambiente cultural latinoamericano. Sostiene que lo que sucedió es un cambio de paradigma, donde la revalorización de la democracia expresa el abandono del enfoque estructural para concentrarse en el aspecto subjetivo de los comportamientos sociales. Si bien el diagnóstico es acertado, el español parece perder de vista que el conglomerado intelectual no es homogéneo y, por otro lado, que en el caso de Portantiero aunque la democracia como régimen político fue una de sus preocupaciones más salientes, en sus textos menos difundidos no descuidaba el peso de la deuda externa como tampoco el carácter de economía dependiente del país. En un registro que combina lo emotivo y el análisis histórico, Quiroga evoca el papel del intelectual público en los años ochenta cuando Portantiero se desempeñó como consejero de Alfonsín. Destaca su labor en pos de una democracia activa e igualitaria y rememora el famoso discurso de Parque Norte del entonces presidente, donde Portantiero intentaba sentar las bases para un pacto democrático y plural.

Por su parte, Emilio De Ipola se ocupa del populismo y la revisión que sobre éste, iniciara junto a Portantiero a fines de los setenta. Centrándose en la reflexión que sobre el tema desarrolla Ernesto Laclau, muestra puntos fuertes y debilidades de su teoría en un consistente análisis crítico. El volumen cierra con los emotivos recuerdos de Oscar Terán en ocasión de un homenaje a Portantiero en 2007, cuando se cumplía un mes de su muerte. Allí traza su perfil de intelectual resaltando sus cualidades para darle forma a pensamientos, creencias e ilusiones



cuando estos todavía no cristalizaban en un razonamiento definido. Para Terán, Portantiero fue un gran dador de forma. Este quizás sea el ensayo que mejor retrata la figura del intelectual en su sentido clásico, la figura de un sujeto que intenta darle coherencia a los murmullos de la calle e imprimirle una dirección política más precisa.

Por último, ¿qué puede pedírsele a un libro homenaje como es **El político y el científico**? La pregunta es pertinente porque en el género, salvo algunas pocas excepciones, se destaca un tratamiento apenas superficial de los temas recién aludidos. Pero este no es el caso del presente libro. En sus páginas se encuentran diversas tematizaciones reflexivas y productivas que están a la altura de las que desarrollara, en otros momentos, el homenajeado.

José María Casco
(UBA-UNLAM)

A propósito de Maximiliano Fuentes Codera, **El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra, Lleida, Universitat de Lleida/Pagès editors, 2009, 308 pp.**

El campo de fuerzas europeo en Cataluña ofrece una nueva mirada sobre la controvertida figura de Eugeni d'Ors, el intelectual catalán que, a pesar de ser, durante las primeras décadas del siglo XX, una destacada figura del movimiento de renovación cultural de la región, instalado el franquismo devino uno de sus intelectuales orgánicos. Para comprender esa transición, Maximiliano Fuentes Codera comienza por desconfiar de las reconstrucciones que tienden a hallar en la actividad temprana de d'Ors a un fascista *avant la lettre*, y desde esa desconfianza emprende una revisión detenida de las múltiples intervenciones y vínculos de Xènius —según uno de los seudónimos más usados por el catalán— centrada en los años 1914 a 1916. El resultado es la visualización de una peculiar posición respecto de la Primera Guerra Mundial que el fraccionamiento dicotómico entre francófilos y germanófilos, dominante en los primeros años del conflicto, había condenado al olvido.

La investigación se instala en el cruce interdisciplinario (del análisis del discurso, la sociología y la historia) propuesto por la historia intelectual, y específicamente se vale de la idea benjaminiana de campo de fuerzas —cuya eficacia para la historia intelectual ha sido mos-

trada por Martin Jay en los ensayos que componen el libro homónimo— para organizar la revisión de un amplio corpus textual y su relación con el contexto. De la metáfora de campo de fuerzas, Fuentes Codera extrae la certeza que justifica su reconstrucción de las intervenciones y debates de los intelectuales durante esos pocos años: el texto y el contexto, las ideas y sus promotores o impugnadores, se retroalimentan haciendo emerger un complejo espacio en tensión, espacio que se escurriría y empobrecería si la mirada presente del historiador buscara trazar rígidos fraccionamientos ideológicos, o se empeñara en una coherente narración teleológica.

Luego de explicitar el modo de abordaje de la actividad intelectual de d'Ors, el libro se detiene en el clima de ideas previo a la Gran Guerra. Son retomados allí los debates historiográficos de los últimos diez años para mostrar que es 1905 —y no 1914— el año de quiebre de la historia intelectual y política europea, sobre todo francesa. El rastreo de las declaraciones de intelectuales de fracciones ideológicas enfrentadas, como Zola, Maurras y Valéry, choca con la acostumbrada visión de una *Belle Époque*, pues evidencia que la cuestión nacional, la búsqueda de un sentimiento de comunidad, ya en 1905 es pensada en continuidad con la guerra. Para entender el aislamiento de una posición europeísta como la orsiana será central destacar el amplio consenso sobre las esperanzas regeneracionistas de la guerra —del que participan el catalán y, en un principio, incluso un neutralista como Romain Rolland— y la emergencia de «culturas nacionales de guerra» —a las que se enfrentan desde una posición europeísta Rolland y d'Ors. En efecto, esas culturas ejercerán una influencia determinante no sólo en la interrupción de la prolongada paz entre las naciones europeas, sino también en el fraccionamiento tajante entre germanófilos y francófilos.

La recuperación de las posiciones de personalidades influyentes permite a Fuentes Codera mostrar que si el *affaire Dreyfus* había convocado a los intelectuales a asumir un compromiso político, la guerra acentúa ese llamado hasta convertir a destacados filósofos franceses y alemanes en agentes de propaganda nacional, como es el caso del célebre Henri Bergson. Y habrá que esperar hasta 1916 —año en que concluye la investigación— para que el mencionado fraccionamiento del campo intelectual europeo se resquebraje, y una figura como Rolland consiga que su posición neutralista y europeísta deje de ser reducida al diletantismo o la germanofilia encubierta, comprensión que por las diferencias del espacio cultural español no alcanzará d'Ors.

Reconstruido ese amplio campo cultural, a partir del capítulo cinco se buscan recuperar los términos propios y cruces en los que el intelectual catalán formula su propuesta, un imperialismo catalanista que además de guardar importantes puntos de contacto con la unidad cultural europea propuesta por Rolland, reelabora cuestiones del nacionalismo integrista y el regeneracionismo catalán, se nutre de tópicos maurrasianos y sorelianos, y que, en tanto se inscribe más allá de la división entre francófilos y germanófilos, permanece incomprendido por sus contemporáneos. La teoría del imperialismo y las oportunas modificaciones que realiza d'Ors de su interpretación del conflicto bélico como una «guerra civil europea», son abordadas a partir de un detenido recorrido analítico por las distintas publicaciones orsianas, desde el temprano artículo «Noruega imperialista» de 1905, pasando por **Glosari, Lletres a Tina**, los dos manifiestos del Comité d'Amics de la Unió Moral d'Europa (que fundara d'Ors a fines de 1914), la conferencia de «El Sitio» en Bilbao hasta el «Ampli Debat» y el boletín **Els Amics d'Europa**, ambos de 1915. Esta lectura se enriquece con la reconstrucción de la compleja inserción de la renovación cultural orsiana, el «novecentismo» de cuño intervencionista, en una institución liberal como la Liga Regionalista, a lo que se suma el relevamiento de los debates en torno a la posición de d'Ors, y específicamente la reconstrucción del cruce epistolar entre Marius André y Rolland, a través del cual el primero intenta —y logra— encasillar al imperialismo orsiano en la fracción germanófila.

En síntesis, la presentación de la teoría del imperio de Eugeni d'Ors y las tensiones que produce en sus contemporáneos consigue enriquecer la mirada sobre el período, y dado que ello se logra a través de un atento análisis de los vínculos intelectuales, las publicaciones periódicas y los archivos personales, la investigación muestra además la productividad de esas fuentes en la tarea del historiador. Por otra parte, si se tiene en cuenta que el novecentismo orsiano es tempranamente recepcionado por los intelectuales argentinos, y que en 1921 d'Ors visita el país invitado por el líder de la Reforma Universitaria en Córdoba, Deodoro Roca, su inscripción en el campo de fuerzas europeo puede recibirse también como una invitación a reconstruir las modulaciones de esa figura y sus ideas en el campo intelectual local.

Natalia Bustelo
(UBA)

A propósito de Marc Angenot,

El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 232 pp.

Por iniciativa de Carlos Altamirano se publica una selección de textos de Marc Angenot que introduce —finalmente— los núcleos teóricos y temáticos más destacados de su vasta producción al público hispanoparlante. El esfuerzo por rebasar una recepción hasta ahora restringida a medios académicos vinculados a la socio-semiótica, se justifica por la particular pertinencia de su trabajo como analista del discurso y de la retórica de la argumentación para la historia intelectual y cultural. Los destinatarios de **El discurso social** (en tanto obra de Angenot pero también como hecho de traducción) son los historiadores, filósofos, politólogos y críticos interesados por entrelazar lo que se dice, se escribe o se fija en imágenes, con las condiciones históricas y sociales que confieren a tales discursos significación e inteligibilidad. Ya en el prefacio, su autor apuesta por un estudio de las ideas y las formas del discurso inscriptas en contextos sucesivos, en medios e instituciones que las adoptan, las adaptan y hacen algo con ellas. Entendido como *hecho social*, el discurso responde menos a una lógica atemporal o a un misterioso espíritu de época, que a una hegemonía de lo pensable y decible en un momento determinado, expresada en sistemas genéricos, *topoi* y reglas de encadenamiento de enunciados que organizan la narración y argumentación discursivas.

La extensa producción de Angenot encuentra en **1889. Un état du discours social** (1989) el intento más sistemático por exponer y aplicar su teoría del discurso social. La primera parte de la compilación que aquí se reseña se compone del capítulo inicial y las conclusiones de ese texto. Mediante un corte sincrónico que recuerda el trabajo de Starobinski sobre 1789, Angenot realiza un muestreo extensivo del material impreso en Francia en el año 1889, abarcando no sólo libros, sino también diarios, revistas, folletos, *posters* y panfletos, buscando dar cuenta de las leyes generales que ordenan la aparente diversidad de temas, opiniones y lenguajes que componen el vasto rumor del discurso social. El autor trabaja con un paradigma heurístico donde las nociones de *intertextualidad* e *interdiscursividad* contribuyen a poner en comunicación lógica y temática la reflexión filosófica, la literatura de ideas, el slogan político y la canción popular. Más que una democrática «heteroglosia» (Bajtín), Angenot identifica un mecanismo hegemónico que regula y estabiliza las producciones discursivas y dóxicas concretas, imponiendo aceptabilidad y jerarquización sobre lo que se dice y escri-

be. El discurso social, al fiscalizar y legitimar el uso de la palabra, funda rechazos y exclusiones según una lógica unitaria de cohesión interdiscursiva. Como corolario de esta preocupación en *singular* por lo discursivo, Angenot ofrece sólo una mirada de soslayo al papel histórico de las voces contrahegemónicas.

La segunda parte de la compilación está compuesta por tres textos independientes. El primero aborda la relación entre arte y política en un análisis de las reflexiones de la izquierda francesa sobre pintura en tiempos de la Segunda Internacional, que complementa un trabajo anterior sobre la crítica comunista de literatura en los treinta. La hipótesis central se resume en la fórmula de la mutua ininteligibilidad entre arte moderno y realismo socialista, en el contexto de una evolución de la práctica pictórica y del goce estético en la que se renunciaba a cualquier reclamación por el sentido social de las representaciones. En el segundo texto, también asociado a su interés por la historia de las ideologías políticas y los «grandes relatos» de la modernidad, Angenot parte de una crítica del concepto de *gnosis* (Voegelein) buscando señalar los límites de las hermenéuticas genealógicas que desde el siglo XIX postularon la tesis de la persistencia denegada de los esquemas de la escatología cristiana en las ideas estructurantes de la modernidad occidental. Para el autor, este paradigma de degradación de la idea de ruptura moderna (sostenido por Schmitt, Löwith y Cohn, entre otros) es inaceptable por razones epistemológicas ya que supone una concepción ontológico-sustancial de la historia de las ideas. El tercer texto resume sus propuestas para el estudio de la argumentación y los debates de ideas en la esfera pública, en clara confrontación con la tradición de estudios de retórica anclados en la lógica formal del derecho. Lejos de perspectivas intemporales y normativas, Angenot posa su atención en las rupturas cognitivas y argumentativas que se producen en el lenguaje corriente, en las contradicciones y malos entendidos que componen los «diálogos de sordos» habituales en las polémicas de la vida pública.

En la tercera y última parte del libro, una entrevista realizada por Laurence Guellec ilumina al lector recién iniciado sobre los principales mojoneros en la trayectoria de Angenot, propone un balance de sus aciertos y puntos ciegos, y señala las nuevas direcciones en sus estudios, orientadas por la cuestión del régimen de memoria y olvido del pasado en las sociedades contemporáneas.

Juan Buonuome
(UBA-FADU/UdeSA)

A propósito de Jaime Massardo,

La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2008, 345 pp.

El libro de Jaime Massardo se organiza a través de cinco capítulos, de los cuales el primero da cuenta del marco teórico, la metodología y la complejidad que caracteriza estudiar a Luis Emilio Recabarren como objeto de estudio desde una perspectiva de la historiografía social basado en la cultura política de las clases subalternas. Seguido a esto, el segundo capítulo se refiere al legado político de Recabarren, en donde se muestran las diferentes oscilaciones interpretativas de la historiografía chilena y las necesidades políticas que surgieron en distintos momentos en torno a su figura. Finalmente, los últimos tres capítulos dan cuenta de las distintas ideas políticas del pensamiento de Recabarren, haciendo referencia específicamente a sus raíces libertarias, democráticas y republicanas, así como a su matriz socialista. Estos elementos, según Massardo, son los que permiten comprender la formación de un imaginario político más bien ecléctico de Luis Emilio Recabarren antes que doctrinario como establece la historiografía comunista.

La figura de Recabarren ha sido siempre motivo de cuestionamientos y debates en la historiografía chilena, por lo que han surgido diversas discusiones teóricas respecto a éste. Estos, según Massardo, se fundan principalmente en la difusa y poco ortodoxa base ideológica que manifestaba el propio Recabarren tanto en su discurso como en su accionar político, asociado a los reclamos por los derechos laborales que los nuevos políticos e intelectuales surgidos de las incipientes clases medias comenzaban a plantear bajo la idea de *cuestión social*. De este modo, la historiografía de izquierda ha presentado a Recabarren como ícono y precursor de la lucha obrera en Chile, desarrollando hagiografías en relación a su persona, ya sea por fines políticos o ideológicos, los cuales fueron representados fielmente en un principio por la escuela marxista clásica chilena de Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet y Jorge Barria, entre otros. Por su parte la historiografía tradicional, de tono más conservador, desarrolló críticas y omisiones del protagonismo de esta figura junto con el de la clase obrera, lo que denotaba a través de estas características cómo estos mismos historiadores descalificaban el papel de Recabarren en la sociedad y en las luchas de la clase trabajadora.

Es bajo esta problemática que Jaime Massardo desarrolla su libro como resultado de su tesis doctoral. **La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren** es una investigación que forma parte de un nuevo tipo de análisis historiográfico donde se desarrollan elementos que no han sido tomados en cuenta por las historiografías antecesoras a la historia social chilena. De esta manera, se observan diversas características y argumentos en los que Massardo logra concretar un quiebre analítico historiográfico sobre el rol que pesa en la figura histórica de Recabarren, borrando los distintos prejuicios que recaían sobre éste, ya sean positivos o negativos.

Massardo trabaja con dos conceptos fundamentales a lo largo de su investigación: cultura política e imaginario político. Por cultura política entiende «una manera de percibir la vida social y una manera de concebir el quehacer propiamente político que parecen permanecer durante un ciclo largo en la memoria colectiva formando parte sustantiva (...) de un movimiento orgánico»; por lo tanto la cultura política se manifiesta como la adopción de una nueva forma de vivir, donde las prácticas sociales y el accionar político están sujetas a los ejes centrales que forman la cultura en el cual está inmerso cada individuo, desarrollando muchas veces un eclecticismo político guiado solamente por el sentimiento de generar el bien según la percepción de cada uno.

En cuanto a su conceptualización de imaginario político, hace mención a un «proceso de formación de una determinada constelación de intuiciones, de percepciones y de representación de la vida política, por una colección de imágenes que, en función de su valor simbólico, organizan la visión de la vida social». En este sentido, Recabarren habría generado un legado de carácter cultural-pedagógico en los trabajadores a partir de una determinada forma de percibir la realidad social, sin lugar para el conformismo y con la lucha de clase como herramienta esencial en la búsqueda de mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores. Esta herencia, como sostiene Massardo, perduró en el imaginario de la clase trabajadora hasta la irrupción del golpe de Estado de 1973, momento en el cual finaliza todo tipo de organización sindical y partidista ganada durante largos años de lucha obrera iniciada a fines del siglo XIX con las primeras mancomunales y sociedades de socorros mutuos.

Dentro de las ideas más importantes que presenta Massardo se encuentran las diversas matrices ideológicas que forman parte del ima-

ginario político de Recabarren. En una primera instancia se muestra su raíz libertaria, en la que destaca su apelación «al protagonismo obrero, es decir uno de los fundamentos más profundos del propio pensamiento libertario», dando cuenta de una adscripción poco ortodoxa al marxismo y del que sólo se extraen generalidades en torno a la unión de los trabajadores y a un mayor protagonismo de éstos en el ámbito productivo pero sobre todo en el social. Seguidamente, Massardo destaca la matriz democrática-republicana en la cual habría recalado Recabarren a través de las ideas básicas y fundamentales de esta ideología. La última estación del pensamiento de Recabarren es el socialismo de donde tomó sus elementos fundamentales y los equiparó con los tradicionales provenientes del cristianismo, como lo son la noción de amor al prójimo y la que coloca a *El Pueblo* en lugar de *Dios*, es decir, «para un Cristiano, Dios es eterno. Para Recabarren el pueblo es eterno».

En síntesis, Massardo presenta a Recabarren como una figura mucho más compleja que sólo un ícono partidista. A través de su estudio cuestiona los enfoques historiográficos de las diferentes directrices políticas que se disputaron una determinada interpretación de su producción intelectual y política. Y es que en más de una oportunidad estas producciones historiográficas no solamente terminaron por limitar o simplificar el verdadero alcance de su visión sobre la realidad chilena, sino también por permitir la difusión de ciertas ideas y programas partidistas de esos mismos historiadores.

Sebastián Hernández Toledo
(Universidad Diego Portales-Chile)

A propósito de Isidoro Gilbert, La Fede, alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista (1921-2005), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2009, 799 pp.

El escritor y periodista Isidoro Gilbert fue por largo tiempo jefe de corresponsalía de la agencia de noticias soviética Tass, esa labor y su vínculo con el Partido Comunista Argentino (PCA) le confieren a esta historia de la Federación Juvenil Comunista (FJC) la ventaja de conocer íntimamente el funcionamiento organizacional, los ámbitos de sociabilidad y a muchas de las personas que por allí transitaban. Basándose en esos conocimientos Gilbert emprende la ambiciosa tarea de hilvanar una historia, que comienza con la ruptura

de las juventudes socialistas a principios de la década del veinte, y llega hasta la disolución de la Fede en 1995, con su posterior refundación en el año 2005.

El trabajo está sostenido en el uso de abundantes fuentes partidarias y periódicas en los capítulos que abordan las décadas del veinte al cincuenta, y que luego comienzan a entremezclarse con la memoria del autor. En general éstas representan un problema a la hora de investigar al PCA durante los períodos en los que estuvo en la ilegalidad, o para comprender discusiones internas, o expulsiones; es allí donde la memoria y los saberes del autor juegan un rol que resulta enriquecedor. Así y todo, en ciertos pasajes del libro este recurso resulta problemático, puesto que muchos episodios mencionados no cuentan con ningún respaldo documental, ni se contrastan con otro tipo de fuentes. De todos modos, el objetivo del libro no es tanto acercarse a un rigor académico sino brindar inteligibilidad al rol de una organización política que supo atraer a numerosos protagonistas de la historia política argentina del siglo XX. Echar luz sobre el entramado de vínculos y prácticas que terminaron por conformar una identidad y una sensibilidad política, en la que lo político-partidario se vinculó con lo moral y lo afectivo.

El autor se propone develar algunos secretos, hacer justicia con algunos olvidados, desentrañar falsificaciones, ir contra la censura que ejerció la dirección partidaria al borrar de su historia a ciertos hombres. Partiendo desde el nacimiento mismo de la organización, Gilbert aclara que el primer secretario general de la Fede no fue Orestes Ghioldi sino Luis Koiffman, que pasó al olvido por no acatar la línea política del partido. Esta tensión en el vínculo entre la organización juvenil y el partido es uno de los ejes principales que recorre las páginas del libro. Se indaga sobre el grado de autonomía y el tipo de articulación entre los miembros dirigentes de la FJC, que participaban del Comité Central del PCA, y la dirección partidaria. Desde 1946 el estatuto de la FJC marcó la necesidad de coincidir en la línea política, la Fede debía ser un «arma auxiliar del PC». Pero en la práctica esa relación, compleja y cambiante, fue el caldo de cultivo en el que se produjeron las más importantes rupturas dentro del PCA. La «cuestión generacional» se hizo presente especialmente a partir de los años sesenta cuando la irrupción de la Revolución Cubana, el acercamiento al peronismo y el debate sobre la vía armada generaron una efervescencia en las juventudes que no encontró eco en las directivas políticas del PCA. Las expulsiones del gru-

po Pasado y Presente en 1963 y el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario en 1967 fueron ejemplo de ese desfasaje (tanto José María Aricó como Otto Vargas fueron notorios líderes de la Fedé).

El libro está dividido en diecinueve capítulos que siguen un orden cronológico por décadas, en los que el autor buscó relacionar los recorridos de la FJC con cada contexto de época. El resto de los capítulos están organizados en torno a algunos tópicos relevantes característicos de la FJC como las tareas de educación, prensa, finanzas, el aparato de formación militar o el amor. Se indaga sobre el frente estudiantil (universitario y secundario), el frente sindical, la sección infantil, que por mucho tiempo publicó *Compañerito* y la figura del «niño militante». Sobre los vínculos internacionales, con la sede de la FJCI en Budapest, el Komsomol y los viajes de miembros de la FJC a estudiar en las escuelas de leninismo soviéticas, o a participar de los Congresos internacionales. También se abordan tangencialmente prácticas y ámbitos de sociabilidad: las fiestas, campamentos, las estrategias para afiliarse; así como la dimensión moral, los mecanismos de expulsión, la difamación, las repercusiones en los vínculos familiares, la relación con la vida privada, el rol de la Comisión de Control del PCA. En este conjunto de elementos el autor buscó establecer qué tuvo de específico la Fedé como organización política.

La larga enumeración de nombres que aparecen a lo largo del libro le permitió al autor demostrar la hipótesis de que la Fedé fue un «semillero» de cuadros políticos, y que estableció una «matriz» en la política argentina; pero también generó polémica con algunos de los nombrados, como fue el caso de un ex vicescanciller que desmintió públicamente su paso por dicha organización. «Es mi memoria contra la suya» explica Gilbert, y acto seguido comenta haber borrado ese nombre. Según el autor su intención no era hacer una «lista de nombres» si no demostrar la injerencia permanente que la FJC tuvo en la trayectoria de muchos políticos argentinos, en la creación de una sensibilidad política y en la conformación de prácticas militantes. La motivación de Gilbert fue demostrar la relevancia de ese espacio político, rescatarlo del olvido; como se evidencia en uno de los epígrafes en donde cita a Jacques Derrida en relación al tema de la responsabilidad que está implícita en el reconocimiento de toda herencia. Es por eso que por momentos el libro tiene visos de autobiografía. El uso de anécdotas, confidencias y la mención de «el autor» recorren el libro, especial-

mente en las zonas en las que el acceso a fuentes primarias es más complejo. Es así que, finalmente, Gilbert logra contar una historia en la que se puede recorrer el entramado de relaciones que existió entre esta organización partidaria juvenil, sus hombres, ideas y acciones, y que será un importante aporte para la renovación historiográfica de los estudios sobre las izquierdas en la Argentina en futuras investigaciones.

Laura Prado Acosta
(UBA)

A propósito de Carlos Altamirano (dir.), Historia de los intelectuales en América Latina, Uruguay, Katz Editores, 2008-2010, 2 volúmenes: I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo (Jorge Myers ed.), 587 pp., y II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX (Carlos Altamirano ed.), 811 pp.

Más que una reseña de la **Historia de los Intelectuales**, ésta pretende ser una breve noticia de la aparición de la obra y de su indudable importancia para toda historia intelectual, de las ideas y las elites culturales que ha sucedido en nuestras latitudes. En primer lugar, entonces, habría que consignar la notable medida en que los dos volúmenes colectivos aparecidos entre 2008 y 2010 lograron anudar motivos y alternativas largamente visitados por el director del proyecto, Carlos Altamirano, al tiempo que condensar un haz de cuestiones nodales de la historia intelectual latinoamericana y una serie de desarrollos indicativos de la evolución disciplinar de los últimos veinte años. A la vez, habría al menos que apuntar otro de los datos significativos del proyecto, la ascensión de una escala que es más que la adición de cuadros de situación nacionales o la ocasión de síntesis parciales, porque efectivamente habilita cuestiones y miradas nuevas.

En el primer orden, la **Historia de los Intelectuales** expresa un movimiento muy notable que va de las ideas a las figuras que las elaboran, sistematizan o trafican, a las instituciones, formaciones y redes que las vinculan o albergan; movimiento que si en parte acompaña el curso de la historia intelectual del continente, en los últimos años también prolonga de manera muy fluida el recorrido efectuado por el propio Altamirano, uno de sus grandes artífices. En efecto, esta *historia* sería impensable sin las sucesivas estaciones a través de las cuales su director fue cercando un conjunto de temas y problemas a

la vez que intentando amojonar un campo que reclamaba el concurso de disciplinas diversas; piénsese, si no, en **Conceptos de sociología literaria**, redactado junto a Beatriz Sarlo (CEAL, 1990), **Términos críticos de sociología de la cultura** (Paidós, 2002), **Ideas para un programa de historia intelectual** (Siglo XXI, 2005) y, de manera especial dada su inmediatez respecto de esta *historia*, en el breve y orientador **Intelectuales. Notas de investigación** (Norma, 2006). Y si el largo recorrido de Altamirano estuvo signado por una inquietud contextualista (respecto de la literatura primero y, crecientemente, respecto de una «literatura de ideas» que era señalada como el corpus más significativo de la experiencia argentina), no es menos notable en él la diversificación de los contextos que interesan, nunca meramente lingüísticos. Así, como anunciaban las **Notas**, al tiempo que las tradiciones intelectuales fueron las instituciones, las formaciones y las redes, las que cobraron un lugar nuevo en el esfuerzo por pensar tanto la producción cuanto la circulación y acogida de ciertas ideas políticas, económicas, estéticas o territoriales. Y fue básicamente en esa conmocionada arena donde se afincó el programa de la **Historia de los intelectuales**: «No resulta difícil [...] identificar la labor de estas figuras. Sin embargo, aunque sabemos bastante de sus ideas, no contamos con una historia de la posición de los hombres de ideas en el espacio social, de sus asociaciones y sus formas de actividad, de las instituciones y los campos de la vida intelectual, de sus debates y de las relaciones entre 'poder secular' y 'poder espiritual', para hablar con Auguste Comte. Hay excelentes estudios sobre casos nacionales, por cierto, y el Brasil y México son los que llevan la delantera en este terreno, pero carecemos de una historia general.»

En esa dirección, mayormente y como impronta fundamental, se orientó el notable esfuerzo colectivo que involucró a un numeroso conjunto de investigadores latinoamericanos desde 2005, reuniendo y poniendo en discusión una serie de exploraciones respecto de los contextos más o menos sociales, institucionales, intelectuales de ciertas ideas (el americanismo, el cesarismo, el modernismo o las vanguardias políticas o estéticas), de ciertos tipos intelectuales y las formas más o menos orgánicas de su relación —letrados coloniales o patriotas, expertos y escritores; formaciones que sostuvieron revistas señeras en el continente o redes como las que sustentaron y propalaron el reformismo—, y de las maneras a la vez sociales y materiales de circulación de las ideas (la *fábrica* del libro, la prensa o la traducción tanto como los viajes de formación, concertación o prédica ideológica).



En lo que hace al segundo aspecto destacado, la voluntad de producir una historia general en términos «latinoamericanos» podría, en lo fundamental, tomar dos direcciones inversas: la primera, invocar una serie de historias *nacionales* relativas a los países en los que se reconoce un pasado común, anudado en la experiencia del coloniaje luso-español y en la búsqueda de una identidad hecha en la confrontación con Europa y con la América anglosajona —es decir, proyectar sobre el pasado bordes relativamente próximos—; la segunda, relevar los datos efectivos de ese pasado común y los momentos en que ciertas comunidades fundadas en él fueron elaboradas o reactivadas, más acá o más allá de la emergencia de los estados nacionales. Y aunque ambas alternativas prometan avanzar con voluntad sintética sobre un terreno signado por historiografías nacionales y condensar la serie de desarrollos que, por la vía de la comparación o la del estudio de circulación de ideas, han tenido lugar en tiempos recientes, sólo la segunda es capaz de plantear una verdadera *cuestión de escala*; es decir, de introducir preguntas y problemas nuevos, relativos a experiencias *datadas* pero también *situadas*. Éste es, creo, uno de los grandes méritos de la **Historia de los intelectuales** y uno de los resultados más claros de las instancias de intercambio que la precedieron: figuras intelectuales como el letrado colonial, el jurista o el letrado patriota y fenómenos como el coleccionismo anticuario, el relato de orígenes nacionales es el reformismo universitario o la creación de un sistema editorial son remitidos a geografías que se recortan cada vez, pero no como contingencia sino como condición. «América Latina» aparece así como noción-expectativa, fundada histórica y conceptualmente —en parte por ese *americanismo* que el libro muestra tan cambiante— pero abierta a cartografías que relevan porciones del subcontinente, segregan otras o las vinculan con diversa intensidad a muy diversos centros urbanos y culturales.

A lo largo de sus dos volúmenes (el primero editado y presentado por Jorge Myers y el segundo por el propio Altamirano), la **Historia de los intelectuales** invita a recorrer las alternativas de unas élites culturales que mutaban —produciendo tipos intelectuales diversos y añadiendo o aboliendo funciones simbólicas precisas— al tiempo que lo hacían sus mundos y comunidades efectivos. Por eso esta historia puede ser, a la vez, la de unos linajes sociales e intelectuales y la de una serie de complejas reestructuraciones políticas, económicas y culturales entre los siglos XVI y XX.

Una serie de núcleos problemáticos organiza las colaboraciones; algunos muy generales (por ejemplo, los que focalizan la intersección entre estado y sociedad civil o entre acción cultural y política), otros muy específicos (los consagrados a élites revolucionarias, a ciertas revistas o al desarrollo de las ciencias sociales). Las razones de esas diversas elecciones han sido desplegadas por Altamirano en sendas introducciones, haciendo gala de ese —su— *arte mayor*: el de expresar con claridad y caladura cuestiones intrincadas que sólo podrían ser formuladas tras un largo camino.

Ana Clarisa Agüero
(Universidad Nacional de Córdoba -CONICET)

A propósito de Laura Sotelo, Ideas sobre la historia. La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, 224 pp.

Desde un encuadre deliberadamente abierto, este libro plantea distintos registros de lectura posible. Al menos podrían señalarse tres: una reflexión crítica sobre la historia; una visión reconstructiva de la Escuela de Frankfurt; y una interrogación tenaz acerca de la legitimidad de la filosofía en su relación con la praxis histórica. En cuanto a lo primero, la exploración crítica de diversas «ideas sobre la historia», el trabajo va enlazando dos hilos argumentales que redundan en una visión coherente acerca de la historia y de la labor de una historia intelectual. Por un lado encontramos el registro de las «ideas sobre la historia» que se propone como objeto, es decir, las diversas visiones sobre la historia que fueron desplegando Adorno, Horkheimer y Marcuse a lo largo de sus trayectorias. Pero junto a ello hallamos una noción implícita sobre qué significa hacer historia intelectual, que Sotelo asume a lo largo de su estudio como pauta de trabajo. Aunque no haya una explicitación metodológica inicial, se expresa a cada paso una visión anti-idealista que, en su búsqueda de comprensión de ciertos episodios intelectuales, de ciertas formaciones culturales específicas (en este caso, la Escuela de Frankfurt) reclama como su condición la conexión del fenómeno cultural estudiado con los acontecimientos histórico-políticos de la época, sin los cuales resultarían ininteligibles no sólo las «ideas», sino fundamentalmente los procesos de su transformación. Sin embargo, este deslinde entre «objeto» (las «ideas sobre la historia» de los frankfurtianos) y «método»

(una historia intelectual anti-idealista) es sólo analítico, pues en el libro se dan como dos caras de una misma moneda, esto es, de una misma noción de «teoría crítica» de la que se parte. Si lo que diferenciaba a la «teoría crítica» de la «teoría tradicional» era, según el programático ensayo de Horkheimer, la capacidad de la primera para tematizar y hacer consciente aquello para lo que la segunda permanecía ciega, esto es, su propio contexto pragmático de emergencia histórica, sus propias condiciones de producción, entonces en este punto se tocan objeto y método en este libro: en él se trata de reconstruir las «ideas sobre la historia» de estos representantes de la «teoría crítica» en función de la explicitación de sus condiciones histórico-políticas de emergencia (es decir, del criterio establecido por esa misma «teoría crítica»). Y no hay aquí circularidad, sino una rica tensión hermenéutica que podría ser nombrada con una expresión de herencia hegeliana: *crítica inmanente*. Pues no hay un mimetismo con el objeto, sino un juicio que pone como criterio no una pauta abstracta o externa al objeto, sino la más alta promesa de pensamiento crítico sobre la historia que —según la autora— estos intelectuales supieron plantearse a sí mismos. Esa promesa se formula en este libro de dos maneras: como el programa de una historiografía materialista del ascenso y decadencia de la civilización burguesa, y como el proyecto de una crítica radical del idealismo filosófico. Como Sotelo muestra, estos autores no siempre estuvieron a la altura de su propia promesa.

Este es el lugar sistemático del segundo registro de lectura posible de este trabajo, el más evidente e inmediato: la reconstrucción de la Escuela de Frankfurt desde esta perspectiva crítica. Por un lado, ello significa situar la emergencia de esta tradición en el contexto que la explica, que para Sotelo debe ser delimitado, antes que nada, como el de la *derrota de la revolución* y de la emergencia del nazismo. Pero, por otro lado, aunque la pregunta históricamente planteada haya sido compartida, las respuestas teóricas esbozadas no fueron homogéneas. La perspectiva metodológica adoptada invalida una reconstrucción totalizante, y recomienda más bien atender a las singularidades de planteos no reductibles entre sí. Es desde este presupuesto que se justifica la estrategia de separar la exposición en tres grandes secciones, dedicadas a cada uno de los tres autores seleccionados por separado, algo que de otro modo podría suscitar la impresión de cierta desarticulación expositiva. Por el contrario, esta estrategia redundante en la explicitación de las particularidades y facilita la dimensión com-

parativa del texto: al no presuponerse una uniforme «filosofía de la historia», se deslindan una serie de programas diferenciados que pueden ser comparados y cotejados entre sí. La justificación del orden dado a la exposición (Adorno, luego Horkheimer y finalmente Marcuse) no aparece tan clara, aunque a lo largo del desarrollo se insinúa como una suerte de progresivo pasaje desde una *ontología* de la historia hacia una *teoría crítica* de la historia, desde una visión en la que sólo se promete la liquidación del idealismo desde dentro, hasta una praxis teórica en la que el idealismo sería superado a partir de una articulación de la teoría con las luchas históricas de la hora. En este sentido, comenzar con Adorno es comenzar con una propuesta que, según Sotelo, debe ser comprendida como el más coherente intento de superar el idealismo desde dentro de la propia filosofía. Se destaca la centralidad del concepto de «historia natural» como el espacio en el que la filosofía de la historia confiesa su propia falsedad, en el que el idealismo y su afán de transfiguración del sufrimiento muestra su miseria teórica y ética. Pero ello se realizaría en el propio terreno del idealismo, que para Sotelo significa: sin capacidad de pasar al registro de la historia efectiva, material, sino como una crítica filosófica de la filosofía. De ese modo afirma que habría en Adorno una *ontología* histórica (una asunción de la pregunta por el *ser* de la historia). Aunque se trate de una ontología del carácter irredimible del sufrimiento en la historia, lo que Sotelo llama una «*ontología negativa*», sin embargo la promesa de una historiografía materialista se vería sólo limitada realizada.

Horkheimer, en la reconstrucción de Sotelo, tiene la importancia de haber sido el teórico crítico que con más decisión supo desprenderse del clima marcadamente idealista de la tradición del pensamiento alemán, y que más dispuesto estuvo a transformar ese idealismo alemán en un programa de investigaciones empíricas en el que la «filosofía social» colaborase en igualdad de condiciones con las ciencias particulares en la explicación de una historia que, ahora sí, se plantearía como una historia «empírica», material. Este ambicioso programa, con el que Sotelo identifica la más rica promesa epistemológica de la Teoría Crítica, y con el que Horkheimer daba una respuesta a la cuestión de la derrota de la revolución alternativa a la de Adorno, encuentra un punto de ruptura en los años cuarenta. Y Sotelo, consecuente con su planteo, no explicará este quiebre como un simple movimiento de las ideas, o como un cambio de opinión subjetivo de sus autores, sino como consecuencia de las cir-

cunstancias histórico-políticas condensadas en el nazismo. Ello explica la asunción de motivos adornianos (condensados en la idea de «historia natural») por parte de un Horkheimer hasta el momento ajeno a ellos. El Horkheimer que escribe junto a Adorno la **Dialéctica de la ilustración** es un teórico que llega a posturas próximas a Adorno por razones poco adornianas, vale decir, por haber tomado nota de la historia empírica más que por la voluntad de delinear una teoría negativa de la historia. De allí que en la posguerra Horkheimer —a diferencia de Adorno— pueda volver a torcer su rumbo, aunque, ciertamente, ya no sea para volver al programa del materialismo interdisciplinario de la década de 1930 sino para asumir un rol notablemente conservador en el contexto de la reconstrucción alemana de Adenauer. En cualquier caso, Sotelo destaca a Horkheimer como un paso más allá respecto a Adorno en la proyectada crítica del idealismo. En sus mejores momentos, esbozó una crítica de la filosofía no ya desde la propia filosofía, sino desde un materialismo interdisciplinario favorable a las ciencias empíricas, que entroncaba explícitamente con la tradición iluminista.

Por último, Marcuse representa, para Sotelo, la asunción más radical del proyecto de la Teoría Crítica en tanto conciencia crítica de las luchas emancipatorias. Pero tampoco aquí ahorra Sotelo matices al asunto, incluso paradójicas y contradicciones. Pues los primeros pasos de Marcuse obligan a ubicarlo como el más fuertemente marcado por el idealismo alemán de los tres pensadores analizados. Sea a través de Hegel, Heidegger, o incluso Freud, se plantea que en las distintas etapas iniciales del itinerario de Marcuse hallamos una *ontología* de la historia (como se dice en el título de su tesis de habilitación) que a diferencia de la de Adorno, siempre fue una *ontología positiva*, pues careció del agudo sentido adorniano para las trampas del concepto, tanto cuanto de la aspiración horkheimeriana de superar el idealismo de la mano de las ciencias empíricas. En Marcuse las ideas de la razón funcionaban como parámetros críticos de una realidad no racional, de manera que el idealismo filosófico no habría sido un simple credo filosófico, sino que encontraba una justificación histórico-política concreta: lo irracional de lo real sólo podía ser juzgado desde la afirmación incondicional de los parámetros ideales de racionalidad, libertad y felicidad incondicionados. Pero al igual que Horkheimer, y a diferencia de Adorno, Marcuse habría sabido adecuar su Teoría Crítica a un nuevo escenario de renovación de las alternativas de liberación social. Cuando la pura negatividad de una épo-

ca signada por el totalitarismo dio lugar al escenario político y social de la posguerra, Marcuse habría iniciado un «retorno paulatino a la 'facticidad histórica'», nos dice la autora, ya no sólo en el sentido epistémico que pudo tener para el Horkheimer de los treinta, sino ahora en un sentido eminentemente político y hasta «militante» de una teoría que acompañó la radicalización de la «nueva izquierda» de los años sesenta y setenta. Como todo balance adecuado de la Escuela de Frankfurt en tanto experiencia intelectual históricamente determinada, este libro termina con una valoración del debate que se planteó de manera epistolar entre Marcuse y Adorno en torno a la relación entre Teoría Crítica y movimiento estudiantil. Si el reclamo de *historizar* las relaciones entre teoría y praxis fue constitutivo de la teoría crítica, para Sotelo es Marcuse quien con más consecuencia asume esa exigencia en los años de la revuelta estudiantil. Si la relación teoría/praxis se planteaba como una relación *histórica*, no podía hipotetarse el momento de máxima distancia entre una praxis histórica mancillada hasta el horror por la movilización total nazi y una teoría que, cual «mensaje en una botella», preservaba, sin destinatario, el secreto de una civilización emancipada (como sucedía en el famoso comienzo de **Dialéctica negativa** de Adorno, de 1966: «La filosofía, que otrora pareció obsoleta, se mantiene con vida porque se dejó pasar el instante de su realización.»). Para Marcuse, esa botella había llegado a las costas de la «nueva izquierda» y ese mensaje estaba siendo leído por los estudiantes, las mujeres, los negros, que desde los países centrales intentaban articular sus luchas con las de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. La Teoría Crítica debía asumir ese pasaje a la praxis o renunciar sí misma.

Y así se muestra el tercer registro en el que puede ser leído este libro, a saber, la pregunta por la legitimidad de la filosofía en relación a la praxis histórica. Ese parece ser el sentido de pensar la historia desde la filosofía para la autora. Se trata de un registro en el que se tocan los dos anteriores, pues él está implícito como núcleo político tanto de la historiografía crítica con la que partimos, cuanto del derrotero histórico de la Escuela de Frankfurt. Más allá incluso de los propios pensadores de Frankfurt, se deja oír como un bajo continuo a lo largo del libro el reclamo de una renovación liberadora del marxismo como una filosofía que ha de medirse con la praxis de las mayorías para hallar su sentido y legitimidad. La Escuela de Frankfurt es uno de los campos en el que esta vieja problemática, heredada



de Hegel y planteada explícitamente por el joven Marx, se dirimió en el siglo XX. Ahora bien, decir *siglo XX* es convocar una dimensión, una experiencia, que no estaba ni en el horizonte de Hegel ni en el de Marx, a saber, el horizonte de la *derrota de la revolución*. Si la crisis del idealismo absoluto, esto es, de la síntesis idealista entre realidad y razón, condujo a los jóvenes hegelianos a postular la realización revolucionaria de la filosofía en la historia, la crisis de esa realización revolucionaria en el siglo XX produjo un marxismo anómalo, «occidental», consciente de la compleja trama de mediaciones que entre razón y realidad pueden atascar el proceso de realización histórica de la libertad prometida por la filosofía. El tercer registro que trabaja en este libro es el de una interrogación tenaz por las relaciones entre teoría y praxis en un tiempo en el que la revolución se había transformado en una escena ausente. **Ideas sobre la historia** puede ser leído como la pregunta por *las ideas en la historia* una vez que la relación entre ellas se ha tornado opaca, una vez que el *fracaso de la revolución* ha roto los puentes de sentido que tras la disolución del idealismo hegeliano prometían aún una *realización de la razón*, ya no en clave idealista sino de revolución social. En ese sentido, la Escuela de Frankfurt, tensionada entre la filosofía y la historia, entre la teoría y la praxis, habitada por una serie no siempre coherente de diversas respuestas ensayadas ante esta tensión, es un laboratorio de experimentación para el marxismo en el siglo XX, es decir, para la «teoría de la praxis» en tiempos de fractura entre teoría y praxis. Si esto es así, el libro que reseñamos se convierte en una importante contribución a lo que José Sazbón llamó un *marxismo de la adversidad*, un marxismo a la altura trágica de la historia del siglo XX, abismalmente consciente de los espejismos que generaron su parálisis y de las servidumbres que fomentaron su impotencia. Un marxismo que seguramente se cuenta entre las principales tareas de nuestro adverso presente.

Luis Ignacio García
(UNC-CONICET)

A propósito de Andrés Bisso, **Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)**, Buenos Aires, CeDInCI Editores, 2009, 188 pp.

Andrés Bisso presenta en **Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)** un conjunto de hipótesis y

líneas de indagación que, como el título lo indica, abordan distintos aspectos de la compleja relación entre la sociabilidad, la política y la movilización. La presentación de estos avances de investigación en formato libro, cuyos interrogantes son deudores de su trabajo precedente, **Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de Guerra Mundial**, son el inicio de un «nuevo ciclo de trabajo» orientado a avanzar en la comprensión de aquellas prácticas que dotan de sentido a toda sociedad en un momento histórico y lugar determinados. A lo largo de cuatro capítulos, estas nuevas líneas de investigación —aproximaciones a una relación compleja y dinámica entre sociabilidad y política— indagan en las posiciones políticas de la prensa antifascista y las crónicas de los periódicos de ciudades bonaerenses sobre distintos acontecimientos culturales, con el fin de alcanzar a captar aquella «pulsión social» que signó el período histórico que se extiende desde 1932 a 1943.

A lo largo de sus páginas, Bisso realiza distintos acercamientos a la relación en términos de un «ida y vuelta» perspectiva de análisis que le permite emprender, sin caer en esquematismos conceptuales, una búsqueda de aquellos acontecimientos bonaerenses que significaron procesos sociales de politización, bajo formas aparentemente banales o nuevas formas de experimentar la sociabilidad política como los mitines danzantes organizados por el antifascismo bonaerense. Sin adentrarse en una discusión, aún abierta, sobre el concepto de sociabilidad, esta investigación preliminar indaga en aquellas prácticas sociales en donde lo político, el ocio y la diversión popular se entrelazaron, al punto de tornar borrosas las líneas que permitirían distinguirlas. Hallar estas «zonas grises» en donde la experiencia social cotidiana y la política se funden y retroalimentan, por lo tanto, se constituye en una nueva puerta de entrada a un período histórico que, desde la perspectiva del autor, no ha dejado de ser esencializado bajo rótulos como el de «Década Infame».

El primer acercamiento que nos propone Bisso tiene su punto de partida en las formas de movilización política del antifascismo bonaerense a partir del análisis de la prédica y las distintas miradas que, sobre ésta, tuvieron tanto la dirigencia nacional como la militancia antifascista del interior de la provincia de Buenos Aires. La indagación sobre la recepción de la prédica antifascista en distintas localidades bonaerenses permite identificar la multiplicidad de interferencias, apropiaciones y creaciones que se gestaron en torno al discurso que daba unidad polí-

tica y capacidad de movilización al antifascismo argentino. Cierta autonomía que adquiere el discurso antifascista en las localidades bonaerenses le permite a Bisso ahondar en las relaciones entre la dirigencia nacional antifascista —productores y emisores del discurso— y sus receptores, los militantes y habitantes de las localidades de la provincia de Buenos Aires. En este sentido, si desde la dirigencia nacional el interior de la provincia de Buenos Aires era visto como campo fecundo para la penetración nazi debido a la ingenuidad de la gente «común», Bisso encuentra que, más allá de la «altisonante alerta» sobre posibles cooptaciones nacionalistas, los militantes bonaerenses generaron un constante proceso de reapropiación y creación del discurso antifascista. En efecto, las visitas de las figuras políticas del antifascismo a distintas localidades del interior de la Provincia de Buenos Aires —estrategia política de «prevención»— además de generar admiración en los militantes bonaerenses, provocaba no sólo un acontecimiento local de importancia sino que le permitía a los referentes antifascistas bonaerenses llamar la atención sobre la población local, al tiempo que permitía fortalecer las organizaciones locales atrayendo y convenciendo a los notables locales. En este sentido, señala Bisso, estas visitas de propaganda también eran utilizadas por la militancia bonaerense para delinear estrategias políticas locales. Es por esto que, si bien la relación entre la militancia antifascista se encontraba signada por la admiración hacia los referentes políticos del movimiento antifascista no se constituyó, desde la perspectiva del autor, una relación de simple subordinación.

Este «uso» sobre las estrategias políticas definidas por el Consejo Nacional, también se observará en la apropiación y modificación del discurso antifascista por parte de los militantes bonaerenses. En distintas localidades de la Provincia de Buenos Aires no sólo se producirán variaciones en los tonos de la prédica antifascista sino que, muchas veces, se manifestarán divergencias importantes en torno a definiciones políticas claves. La utilización de un tono más coloquial y bromista en la denuncia que el antifascismo bonaerense lanzaba contra el «fascismo criollo» será una forma de quitarle temeridad, frente a la cercanía y vecindad, a aquellos que encarnaban el totalitarismo local. Por otro lado, no sólo se procesaban sutiles variaciones sino que Bisso hallará cómo el antifascismo bonaerense sostuvo posiciones más radicales que las pronunciadas por la dirigencia nacional e incluso en abierta divergencia con la línea política nacional. Es el caso de **Tribuna Roja** de Luján que en sus páginas no sólo denunciará al imperialismo inglés a

pesar de las posiciones de apoyo a Gran Bretaña por parte de la dirigencia o la profesión de amistad hacia la Unión Soviética. Según Bisso estas divergencias con respecto a las posiciones establecidas por el Consejo Nacional no respondieron a la «tibieza», «desconocimiento» o «ingenuidad» adjudicadas por la dirigencia nacional a los habitantes del interior de la provincia de Buenos Aires sino que circulaban otras razones, de peso para la militancia bonaerense, que las motivaban. Diferencias políticas locales largamente sostenidas impedían, muchas veces, llevar adelante la conformación de un Frente Popular cuándo ésta se presentó como alternativa política de movilización e incluso cierto cansancio hacia las formas políticas de movilización establecidas cristalizaban, muchas veces, en críticas hacia las conferencias de referentes por considerarlas desmovilizantes y poco convocantes. En esta primera aproximación, por lo tanto, Bisso propone comprender la sociabilidad política del antifascismo como una relación signada por un proceso de negociación y disputa en torno al «sentido de las prácticas de adhesión política», al tiempo que la indagación realizada sobre los distintos usos de la prédica antifascista le permite relativizar aquellas posiciones que han tendido a verla como una «ideología pura e inmutable».

El segundo acercamiento se centrará en el análisis de las concepciones que sostuvieron tanto el socialismo como otros grupos antifascistas sobre los distintos espacios de sociabilidad popular, focalizando en las posiciones ambivalentes sostenidas en torno a distintas prácticas de diversión popular. Si como objetivo político el socialismo planteaba la necesidad de «civilizar» las formas de diversión popular, como el fútbol o el carnaval, consideradas interferencias para «la movilización y concientización de la lucha antifascista» mediante la suplantación e impulso de actividades consideradas más nobles y elevadas, Bisso encuentra que la necesidad de incrementar la movilización conducirá al socialismo a rever esta misma práctica más allá de sus posiciones. Es decir, el socialismo deberá «lidiar con formas de sociabilidad precedente» ya que prácticas como fútbol se constituían en espacios convocantes y, por lo tanto, lugares propicios para la promoción política. En este sentido, la organización de partidos de fútbol entre los mismos militantes socialistas se transformará en una herramienta política más para establecer un lazo con la juventud considerada, muchas veces, apática.

Por otro lado, la sanción de ciertos festejos como el carnaval, fiesta popular considerada «grotes-

ca» e «irrespetuosa» ante la tragedia que vivía el mundo, no impidió que el socialismo bonaerense defendiera otro tipo de actividades festivas, principalmente si estas prácticas eran censuradas por las autoridades conservadoras. La disposición municipal de la ciudad de Avellaneda que prohibía el baile de la *conga* y del *bugi-bugi* por considerarlas danzas que atentaban contra las buenas costumbres, le permitirá al socialismo relanzar una crítica a la inmoralidad, no del baile sino del fraude electoral. Si bien el socialismo poseía una visión severa frente a determinados tipos de diversión popular por considerárselos una amenaza «a la cultura, la moral y la virtud», esta posición no impidió que disputaran el sentido de ciertos espacios de sociabilidad popular. Desde esta perspectiva de análisis, esta segunda aproximación permite rever cómo se vinculan la política, la sociabilidad y la movilización bajo formas que no siempre responden a lo planteado desde las cúpulas políticas. Por lo tanto Bisso propone reconsiderar el lugar que ocupan en la movilización política aquellas formas aparentemente despolitizadas de la vida social, ya que en determinados momentos histórico-sociales pueden constituirse en una instancia más de transmisión y propagación de ideas. De ahí que esta aproximación permita desplazar aquellas explicaciones que dan una función central a la interpelación ideológica y abrir la reflexión hacia los grados de influencia que pueden tener tradicionales prácticas de sociabilidad popular sobre la movilización política.

En el tercer acercamiento, Bisso propone rastrear el rol y la visión que sobre las festividades populares tuvieron los periódicos locales bonaerenses. El seguimiento de las actividades festivas y de esparcimiento de la comunidad realizado desde una «predica de pedagogía cívica» permitió que sus redactores y periodistas, autoerigidos en vigías de la civilidad, cumplieran el rol de «facilitadores, catalizadores y propulsores del desarrollo cultural local». Este papel de supervisores de la cultura y la necesidad de controlar las prácticas festivas consideradas «peligrosas», junto a la promoción de ciertas actividades de esparcimiento y diversión para los sectores populares se realizaba, señala Bisso, desde un lugar de «asepsia política». Inmersos en el viejo debate de la tradición liberal —desde Rousseau a Jovellanos— las posiciones que sostuvo la prensa bonaerense en torno a la sociabilidad popular estuvo atravesada por una histórica tensión: entre las visiones que consideraban a las actividades culturales instancias «fermentarias» que debían promover el progreso y civilización, y aquellas otras que veían en las actividades festivas manifestaciones culturales

que debían garantizar un «paréntesis» en la rutina diaria de los sectores populares. Sin embargo, esta imparcialidad pregonada no impidió que se deslizará una permanente preocupación porque las formas locales de sociabilidad popular, consideradas inocentes o simpáticas, fueran afectadas por los conflictos políticos de orden nacional o internacional. Por lo tanto, el rol de tutora de la civilidad asumido por la prensa bonaerense convivirá con el «temor perpetuo» a que distintas prácticas de sociabilidad popular adquiriesen un «marcado perfil político e ideológico».

El análisis de las opiniones vertidas en los diarios locales bonaerenses en torno a la conformación de compañías de *Boy Scouts*, actividad que fue extendiéndose en el interior de la provincia de Buenos Aires durante el período analizado, le permite a Bisso, por ejemplo, señalar cómo la prensa local percibirá la sociabilidad popular como una «zona gris» en donde lo político podía revelarse o entrelazarse de modos imprevisibles. En este sentido, las comisiones organizadoras de paso de carrozas, las cuales contaban con la participación de intendentes o jefes comunales, podían constituirse, también, en «ámbitos de discusión ciudadana». De ahí que Bisso encuentre en esta tercera aproximación una imbricación más profunda entre sociabilidad y política, al destacar cómo instancias aparentemente desprovistas de toda politicidad pueden constituirse en ámbitos en donde se dota y disputan sentidos políticos. Esta posibilidad de fuerte imbricación política y sociabilidad la encuentra, también, en un cierto «parentesco simbólico» entre las festividades populares y la política ya que, desde la perspectiva del autor, ambas poseen la capacidad de recrear un mundo distinto al de la realidad cotidiana. En efecto, a pesar de lo infructuoso de los fines pedagógicos de la prensa bonaerense, esta tercera aproximación a la relación le permite a Bisso destacar como, a nivel comunitario, persistió la creencia, arraigada también en corrientes políticas como las socialistas, sobre «rol delineador y fundador de la política» en la dinámica social.

En su cuarto acercamiento, Bisso se centra en el análisis y función simbólica de las elecciones de las reinas de belleza. Más allá de su significación sobre lo que las comunidades erigían como estandartes de belleza y femineidad en la «reina plebeya», para el autor, estas fiestas populares escenificaron, bajo una forma lúdica, procesos de soberanía política. Como señala el autor, las elecciones de reinas y sus electores, festejos considerados a simple vista banales, adquieren



gran relevancia bajo el contexto de un régimen fraudulento ya que en ellos pudieron ponerse a prueba una multiplicidad de formas de participación popular como la democracia de electores, voto-carta, voto-cupón. Si bien como procesos electorales distaron muchas veces de aquellos mecanismos basados en el principio de «un hombre, un voto» (práctica electoral que también se observó en la investigación sobre Acción Argentina), se constituyeron en espacios de sociabilidad popular en donde se ejercieron «prácticas democráticas y electorales en un período de transición a la democracia de masas». Asimismo, la elección de electores permite retomar el lugar que ocupan los notables locales en la comunidad. En este sentido los electores de reinas no sólo «elegían a las reinas por su rol de funcionarios sino por el lugar y capital social que los habitantes locales les reconocían», al tiempo que su prestigio se veía validado y «mediado por la voluntad popular».

No sólo la participación de notables le permitirá a Bisso identificar cómo estas festividades orientadas a exaltar la belleza femenina estuvieron acompañadas por la actividad política, sino que su vínculo se expresa en, por ejemplo, algunos discursos pronunciados por las «reinas plebeyas» o, incluso, en las denuncias de fraude en las elecciones de reinas. Asimismo, casos como la celebración de los socialistas de Baradero en 1941 ante la elección de una de sus «conciudadanas», acto que contó con la presencia del vice-presidente de la Nación, Ramón Castillo, permite reflexionar sobre otra de las inquietudes planteadas por el autor: «la concurrencia de identidades y lealtades múltiples» en este acontecimiento en donde puede observarse una competencia entre la fidelidad hacia el «convencimiento partidario» y la fidelidad hacia «el orgullo vecinal». En este sentido, la relación entre sociabilidad y política que en el ámbito local se estrecha, le permite a Bisso ahondar la sospecha del lugar de «facilitador de la militancia» y «adhesión política» que cumplen tanto la interacción social como los componentes afectivos.

Los nuevos interrogantes sobre la relación entre sociabilidad y política propuestos en este libro se distancian, por lo tanto, de aquellos presupuestos que han tendido a subordinar las prácticas de sociabilidad a las necesidades políticas, e incluso de aquellas que han tendido a despojar cualquier rasgo de politicidad a acontecimientos sociales y culturales que no se presentan como netamente políticos. Desde esta perspectiva, no basta con observar los posicionamientos ideológicos producidos por los dirigentes políticos o sus organizaciones para com-

prender las formas que adquiere la movilización política. Los espacios de sociabilidad festiva, incluso los más tradicionales, pueden ser ámbitos fecundos de politicidad a pesar de que sus formas puedan no estar encuadradas en los parámetros estipulados en la militancia partidaria. En estas instancias de ocio y esparcimiento, propone Bisso, pueden desplegarse disputas políticas que, muchas veces, se constituyen en un factor clave de movilización.

Los «aportes preliminares» de **Sociabilidad, política y movilización**, por lo tanto, están orientados a promover y renovar líneas de investigación en el campo de la historia política planteando como desafío la comprensión de lo político más allá de las formas históricas que adquieren sus organizaciones, formas de gobierno o instituciones. En este sentido, la propuesta de indagar y hallar las conexiones entre la sociabilidad y la práctica política es un interesante aporte que incita a repensar el lugar de lo político, no como una esfera distinta de lo social sino como un ámbito constitutivo e inscripto, también, en las prácticas cotidianas.

Clara Bressano
(UBA)

A propósito de Christine Hatzky, Julio Antonio Mella (1903-1929). Una biografía, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, 479 pp.

Un dato significativo acerca de Julio Antonio Mella es el número de biografías en torno a su figura: por caso, las dos de Dumpierre (**Mella. Esbozo biográfico y J.A.Mella. Biografía**) que sintetizan la historia oficial, la versión más heterodoxa de Cabrera (**Mella: una historia en la política mexicobana**) y recientemente la de Cupull y González (**Julio Antonio Mella. Biografía**). Todas ellas son producciones del campo intelectual y académico cubano, aunque Cabrera editó su obra cuando ya trabajaba fuera de allí.

Es por esto que el libro de Christine Hatzky, profesora de la Universidad de Duisburg-Essen, resulta novedoso por tratarse de una biografía sobre Mella escrita por una historiadora alemana. Publicada originalmente en alemán en 2004, la Editorial Oriente la ha editado en español en 2008 en Cuba. Se puede manifestar que este trabajo posee un conjunto de características que lo hacen superior a buena parte de lo producido sobre el tema. Una de ellas es la rigurosa empresa de desmitificación sobre el Mella

sacralizado de la Cuba posterior a 1959, la cual es asumida a su vez con la suficiente distancia como para eludir los recelos con el sistema cubano que en otros estudios opacan el análisis. Por otro lado, se destacan una muy sólida tarea de archivo por parte de Hatzky en Cuba, México, Moscú, y EE.UU., la utilización de fuentes orales, y el detallado abordaje hermenéutico.

Con prólogo de la historiadora cubana Angelina Rojas Blaquier, la estructura del texto es clásica en las biografías sobre Mella. Una primera parte introductoria, una segunda referida a los años cubanos (1903-1926), si bien aborda la etapa de su adolescencia en EE.UU. y el viaje iniciático a tierras mexicanas de 1920, y una tercera que contempla el exilio en México, hasta el asesinato en 1929 y sus derivaciones. Un dato relevante es que Hatzky incluye en cada una de estas grandes divisiones numerosos capítulos y apartados, algunos que contextualizan el escenario general de los veinte, a nuestro criterio en pos de acercarlo a un público más amplio. El libro se completa con un interesantísimo anexo documental y un listado bibliográfico.

Dentro de sus tesis novedosas se halla el hincapié en la socialización infantil y juvenil de Mella entre EE.UU. y Cuba, proceso que había sido obliterado en la mayor parte de la producción previa, el cual explica que estuvo «influido por ambas culturas». Esa mixtura se revela fundamental: por caso, el perfecto manejo del inglés le permitió a Mella convertirse en traductor de escritos de Marx y de Lenin que no circulaban en Cuba o México, además de insertarse en redes políticas e intelectuales más amplias, especialmente durante el exilio.

Un apartado fructífero es aquel que analiza el crucial año de 1923 en Cuba, cuando confluyeron una serie de movimientos críticos con la república cubana. Y he aquí un punto central, que es la real ponderación de Mella como líder político-estudiantil, que habría que leer de forma especular a las perspectivas más anquilosadas. A modo de ejemplo: en el Congreso Nacional de Estudiantes de 1923 —el punto más álgido de la reforma universitaria en Cuba, pero también el inicio del reflujo— la historiografía tradicional contemplaba un Mella, ya marxista-leninista consumado, que hegemonizaba el Congreso, mientras que Hatzky matiza esa construcción, sin desmerecer el liderazgo y carisma del joven cubano, pero exponiendo que su postura radicalizada no era mayoritaria, sino que los temas centrales se vinculaban con el replanteo de «lo nacional». De todos modos, el biografiado no es ajeno a esa cuestión: así, nacio-

nalismo, juvenilísimo, antiimperialismo, marxismo y revolución conforman una «mezcla explosiva» que sería, de acuerdo a la pluma de la autora, el núcleo duro de sus desavenencias con las estructuras del comunismo.

En esa línea, el libro dedica un apartado a la operación intelectual de redescubrimiento del legado martiano por parte de Mella. Para Hatzky, «la difusión por Mella de una nueva imagen de Martí convirtió a éste en un factor político de primer rango», por lo que el combate simbólico por apropiarse de ese ideario es inaugurado en clave radical por Mella. Quizás por la propia estructura del texto, queda pendiente estudiar *strictu sensu* esa difusión de un «nuevo Martí»; sólo queda mencionado el rol de la vanguardia artístico-intelectual del minorismo en esa tarea.

Para el clivaje entre el período cubano y el exilio, Hatzky aprovecha documentación de la Komintern para iluminar el proceso que el Partido Comunista de Cuba llevó adelante contra Mella luego de su famosa huelga de hambre a fines de 1925. El lector se encuentra no sólo con un pormenorizado análisis, tanto de la huelga como de la decisión del PC —la cual para la autora se trata de una «expulsión», por más que la sentencia sea de «separación»—, sino con las propias actas del juicio. En ellas se ponen de manifiesto las contradicciones que existieron entre esos compañeros de un partido que había sido fundado pocos meses antes.

Y he aquí una de las hipótesis fundamentales: en su periplo dentro de las organizaciones comunistas —especialmente el PC cubano y el mexicano— Mella habría estado en varias situaciones cerca de la ruptura, lo cual queda como conjetura porque públicamente jamás renegó del PC, y también, especialmente, por la trágica razón de su asesinato. De todos modos, según la autora, «[Mella] había demostrado que no estaba dispuesto a someterse incondicionalmente a la disciplina del Partido, y que en caso de duda confiaba en sus propias valoraciones». Esto permite, a nuestro criterio, avanzar más lejos que leer a esta figura en perspectiva heterodoxa, mediante un análisis concreto de los entrecruzamientos entre los militantes comunistas de los veinte.

Los argumentos centrales para trabajar esa hipótesis aparecen en la tercera parte del volumen, la cual aborda el exilio de Mella, así como sus viajes políticos. Nos interesa remarcar algunos ejes del aporte de Hatzky en esta sección. Uno de ellos es la estadía en la URSS. Tras el Congreso de Bruselas contra el «Imperialismo y la Opresión Colonial», en 1927 el joven cuba-

no recorre el país soviético, del cual da cuenta en varios escritos a primera vista sumamente apologeticos. De todos modos, la autora encuentra indicios de contactos con la Oposición de Izquierda, por lo que considera plausible que el tono de esos textos debe medirse menos como una aceptación acrítica de la URSS, que como producto de una «autocensura» de quien ya habría detectado los peligros de señalar fallas en el modelo.

Más evidencias se vinculan con las propuestas de Mella sobre la cuestión sindical en México: su tercerismo dentro del PCM, es decir, fundar una tercera central —táctica cercana a la Internacional Sindical Roja (ISR)— contradecía la línea oficial, que hasta 1928 mantuvo la agitación dentro de la Confederación Regional Obrera Mexicana. La autora demuestra, a partir del análisis de intercambios epistolares, las tracciones en las que estaba inmerso Mella por esa postura, aun a escala internacional: el reclamo de Codovilla hacia su persona queda de manifiesto. De todos modos, el giro a la izquierda del VI Congreso de la Komintern habría sido una victoria pírrica para Mella, ya que los comunistas mexicanos fundaron en enero de 1929 una nueva central bajo su control. La fecha no es menor: Mella había sido asesinado ese mismo mes por las balas de Machado.

Otro punto central se relaciona con la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), a la cual, según Hatzky, Mella habría dedicado sus esfuerzos en 1928. Esta asociación, cuyo objetivo era iniciar un levantamiento armado contra el gobierno de Machado en Cuba, no era controlada por los comunistas, y poseía un amplio programa que pretendía aglutinar una variopinta alianza de enemigos del presidente cubano. Y he aquí un dato interesante: al mismo tiempo que Mella se encuentra organizando la ANERC, escribe su famoso opúsculo «¿Qué es el ARPA?», en el cual critica duramente a Haya de la Torre. La biógrafa se pregunta entonces si debemos seguir leyendo ese clásico melliano exclusivamente en clave de acusación al reformismo del APRA, o también como estrategia para demostrar su ortodoxia marxista-leninista en un momento tenso de sus relaciones con sus camaradas; además, cabe pensar, según Hatzky, ese texto como distractivo con respecto a sus planes con la ANERC, cuyo programa era similar al del APRA. La cuestión es válida.

Por supuesto que el libro es mucho más que lo que nos permiten estas líneas. Con pocas debilidades —tal vez un tratamiento laxo de categorías bourdianas sea una—, consideramos

como conclusión que se trata de uno de los mejores que se han escrito sobre el tema, cuya lectura es sumamente estimulante y con un rigor que se mantiene constante. Y quizá lo más destacado sea que constituye un texto bisagra para continuar desentrañando a Mella.

Manuel Muñiz
(UBA)

A propósito de Ezequiel Adamovsky, **Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003**, Buenos Aires, Planeta, 2010, 540 pp.

En un contexto intelectual cada vez más dominado por el *paper* de ocasión, el artículo erudito de lenguaje farragoso, la ponencia breve y fragmentaria y ese sucedáneo de libros cada vez más ausentes que son las compilaciones, debe darse una calurosa bienvenida a toda obra de largo aliento que no renuncia a la mirada global o (¡escándalo!) totalizante. En el libro que aquí reseñamos, Adamovsky se propone, a un tiempo, llenar un vacío historiográfico, cuestionar algunas tesis establecidas, proponer hipótesis alternativas originales, brindar una mirada panorámica de su objeto de estudio (la «clase media»), y hacer todo esto en un lenguaje accesible para un lector no especializado. Un objetivo ambicioso, ciertamente; pero que no ha sido tomado a la ligera. Al contrario. **Historia de la clase media argentina** es el fruto de una década entera de investigación. Lo cual se nota en el amplio bagaje documental, en la maduración de las ideas expuestas y en el pulido estilístico del relato. Producto de un historiador joven, se trata de una obra completamente madura. Y con toda probabilidad destinada a convertirse en un clásico de lectura obligatoria para los futuros investigadores de la clase media.

Adamovsky rastrea las huellas de la clase media en un universo documental verdaderamente impresionante: prensa escrita y gráfica, entrevistas, novelas y obras de teatro, cine, estudios académicos de diferentes épocas, discursos y documentos políticos, textos eclesiásticos, materiales de organizaciones gremiales, encuestas y censos. Una mirada verdaderamente detectivesca sigue los pasos de la clase media allí donde se encuentren. Un gran mérito de este enfoque, además de la amplitud de la mirada y la diversidad de los detalles resaltados, es que el proceso histórico y los acontecimientos más relevantes son concebidos como la resultante (prevista o imprevista, deseada o no) de las



acciones intencionales de actores individuales o colectivos, pero siempre concretos. Con excepción de algunos pasajes de la primera y la segunda parte, que no constituyen el centro de la investigación, no hay en la obra atisbos de ninguna tentación funcionalista, ni apela Adamovsky a supuestas necesidades de la sociedad como un todo o a intenciones de «actores» infaltables, como la «clase dominante», los «desposeídos» o el «poder». Sus actores son o bien individuos, o bien colectivos sociales (un periódico, una organización gremial, un partido) de los que se puede demostrar que pensaron, hicieron o dijeron determinadas cosas; y no supramentalidades abstractas.

El texto está organizado en cuatro partes, de las cuales la segunda y la tercera son indudablemente las más importantes. La primera parte condensa una rápida mirada panorámica de la evolución de las estructuras sociales en la Argentina, y de las representaciones simbólicas que las acompañaron, entre mediados del siglo XIX y 1943. Esta mirada se orienta polémicamente a refutar una serie de «mitos» supuestamente arraigados: la «modernización» y el carácter «esencialmente igualitario» de la sociedad argentina difundido por Gino Germani y buena parte de la sociología posterior. Adamovsky se esfuerza por hacer visibles los componentes indígenas y africanos de la población argentina, al tiempo que muestra convincentemente los elementos racistas ocultos en el mito nacional del «crisol de razas». Pero al margen de la voluntad polémica, quizá sea más adecuado decir que sus argumentos y demostraciones invitan a concluir que las ideas sobre la modernización y la evolución igualitaria de la sociedad argentina deben ser matizadas y balanceadas con algunas tendencias en contrario a veces injustamente olvidadas, antes que lisa y llanamente abandonadas por haber sido refutadas. Sí queda bien establecido que en la sociedad del siglo XIX y comienzos del XX la clase media era un actor ausente.

Con todo, el núcleo central de libro es el que se expone en la segunda y tercera parte. Allí su autor se propone mostrar lo dificultoso y equivocado que resulta considerar al radicalismo como un gobierno de la clase media o que expresaba el ascenso de los sectores medios. Sin dejar de hacerse eco de las voces críticas a esta representación —que señalaban el apoyo de sectores obreros a Yrigoyen y el perfil más bien aristocrático o de «clase alta» del grueso de la dirigencia radical— Adamovsky introduce un decisivo elemento adicional: la ausencia casi total de organizaciones o representaciones simbólicas que unificaran a ciertos grupos sociales en torno a la identidad de «clase media».

Además de carecer de homogeneidad objetiva (en cuanto a formas de vida y de trabajo), los habitualmente considerados «sectores medios» adolecían también de uniformidad o auto-identidad subjetiva en las primeras décadas del siglo XX. De esto se deriva la hipótesis central del libro de Adamovsky: que la identidad de «clase media» fue en realidad un sub-producto imprevisto del peronismo. El argumento, sólidamente ensamblado, sostiene que fue la tumultuosa emergencia de la plebe peronista, y su confrontación con la «oligarquía», lo que generó un espacio para que ciertos sectores que no querían identificarse ni con el movimiento obrero peronista ni con una oligarquía anti-nacional pudieran comenzar a auto-definirse como «clase media». Este espacio, sin embargo, no se abriría de manera «natural», ni la identidad de clase media surgiría de una pura espontaneidad. Los cambios en las coordenadas sociales y políticas introducidos por el fenómeno peronista habilitarían una posibilidad; pero el afianzamiento y desarrollo de una identidad de clase media mucho es lo que debió a los esfuerzos deliberados de determinados sectores políticos, entre los que destacaron la Acción Católica y particularmente Roberto Bonamino. Lejos de presentarnos un decurso inexorable, este libro nos muestra que la relación entre clase media y peronismo fue más compleja de lo que a veces se piensa. Pasó de la ilusión al resentimiento; pero el momento empático existió, y acaso el resentimiento no fuera el único final posible. De manera semejante, se argumenta que el trato dispensado por las fuerzas de izquierda a la clase media fue mucho más ambiguo y ambivalente de lo que sugieren algunas leyendas.

En conjunción con las hipótesis generales antes expuestas, el libro incluye algunas perlas empíricas dignas de destacarse. Por ejemplo las evidencias que Adamovsky trae al escrutinio público de los intentos tempranos y a la postre abandonados del mismísimo Perón por ganarse los favores de una clase media que le sería esquivo, lo cual lo obligó, a regañadientes, a orientar su política hacia un movimiento obrero entusiastamente peronista, pero que no fue, para el líder, su primera o anhelada opción. Los siguientes pasajes se cuentan entre los tantos de este libro sobre los que vale la pena tomar debida nota: «algo que incluso los estudiosos han pasado completamente por alto, es que en 1944 Perón hizo grandes esfuerzos por movilizar a la «clase media», de modo de no depender sólo del apoyo de los trabajadores. Entre fines de julio y mediados de agosto de ese año Perón participó en tres grandes actos públicos —llamados «asambleas de la

clase media» por la prensa—, organizados a instancias de la propia Secretaría de Trabajo y Previsión (STP).» La asistencia a estos eventos fue masiva. Sin embargo no lograría Perón concitar una adhesión mayoritaria entre los sectores medios. «Ironías del destino: aunque Perón pasó a la historia como un líder amargamente enfrentado a la clase media, ningún otro político argentino había hecho tantos esfuerzos para convocarla públicamente. Nunca antes un organismo oficial como la STP se había ocupado de diseñar políticas dirigidas explícitamente hacia ella».

La última parte se ocupa del período 1962-2003. Se rastrea aquí el giro a la izquierda de buena parte de los sectores medios a mediados de los sesenta, las peripecias de la clase media durante el apogeo del neoliberalismo, y la ambigua mezcla de individualismo y acción colectiva que impregnó a estos sectores durante la crisis de 2001 y los meses subsiguientes. A diferencia del núcleo central de la obra (y a semejanza de la primera parte), el relato aquí se acelera, pierde sutilezas de detalle, se hace menos profundo. Los actores individuales o colectivos, cuyas acciones venían ocupando el centro de la escena, son en parte reemplazados por un ambiguo y omnímodo «poder» que, por ejemplo, «contraataca». Estas falencias, sin embargo, pueden ser disculpadas en virtud de la voluntad de llevar la investigación a los tiempos contemporáneos, contraviniendo la «norma» de concluir las cosas mucho antes. Lo que pierde en sutileza y profundidad, la última parte lo compensa con el filo intelectual para afrontar problemas fundamentales de la Argentina actual. Algo que los historiadores deberían hacer con más frecuencia.

Ariel Petruccelli
(Universidad Nacional del Comahue)

FICHAS DE LIBROS

Luis I. García (comp.), **No Matar. Sobre la responsabilidad**. Segundo volumen. Universidad Nacional de Córdoba, 2010, 301 pp.

El «debate Del Barco» sigue siendo un interesante objeto de polémica pero también de estudio. La Universidad Nacional de Córdoba publicó en 2010 una compilación de artículos producidos por diversos intelectuales y académicos en los últimos años con la intención de otorgar un sentido más compacto y homogéneo al debate sobre la violencia revolucionaria de los sesenta y setenta que generó el primer

volumen publicado en 2007. Es así que en el presente libro pueden encontrarse intervenciones vinculadas a la polémica por parte de autores como Cristian Ferrer, Claudia Hilb, Horacio Tarcus, Elías Palti, junto a otros escritos elaborados por jóvenes generaciones. Aunque centralmente este segundo volumen evidencia la continuidad del problema de la violencia asociada a la construcción tanto de un relato histórico como de una memoria de aquellos años, su lectura también permite dejar en claro cuales son hoy las preocupaciones para un sector del campo intelectual nacional. En este sentido, hay al menos dos momentos que reflejan parcialmente lo dicho: por un lado, el dialéctico enfrentamiento entre Horacio Tarcus y Elías Palti —en tres textos de los trece que contiene el libro—, y por el otro, los artículos publicados para un *Dossier* del **Journal of Latin American Cultural Studies** en compañía de otros tantos producidos en el ámbito universitario argentino. Mientras que el primer caso refleja las persistentes formas de un debate intelectual tradicional, los segundos evidencian cómo el «debate Del Barco» ha logrado constituirse en un objeto de estudio académico por parte de nuevas generaciones de investigadores. No obstante estas consideraciones, el libro a lo largo de sus artículos logra sostener el objetivo trazado por su compilador, en el sentido de constituirse en un valioso aporte para la reflexión y al análisis detenido sobre las formas en que lograron articularse violencia, izquierda e intelectuales en los sesenta y setenta, con el afán de continuar generando nuevas preguntas al habitual problema de la convivencia política.

Francois Dosse, Christian Delacroix y Patrick Garcia (dir.), **Historicidades**, Buenos Aires Waldhuter Editores, 2010, 344 pp.

Muy lejos de la vetusta aseveración sobre la «fin de la historia», el libro compilado y dirigido por Francois Dosse, Christian Delacroix y Patrick Garcia evidencia los nuevos bríos de un anhelado renacer por el saber histórico en los últimos tiempos. Y no sólo porque otro giro más —el «giro histórico»— parece haber invadido el actual quehacer de las ciencias sociales, sino también porque al preguntarse por la temporalidad y sus usos la historia ha colaborado en poner en tela de juicio las visiones dominantes sobre las relaciones siempre complejas entre pasado, presente y futuro. Sin embargo, como se asevera en la introducción, no es seguro que ésta esté todavía en condiciones de responder a la desorientación temporal en la que fue sumida, en un mutuo juego de pinzas, por la opacidad de la idea de

pasado y la crisis de las visiones de futuro. Por ello, el libro publicado por la joven editorial Waldhuter tiene como objetivo interrogarse sobre los cambios que desde la disciplina histórica y la filosofía del tiempo se han venido planteando con respecto a la «revuelta de las temporalidades». Para ello propone a través de la idea de «régimen de historicidad» un estudio genealógico y pluridisciplinar de la historia. Un ejemplo de esto último lo constituyen los artículos escritos en conjunto por geógrafos, antropólogos y psicólogos, en un intento por plantear una perspectiva plural que tienda a analizar las formas de la historicidad en campos aledaños al de la historia, al tiempo que poner a prueba la propia hipótesis de «giro histórico». En tanto en su primera parte se analiza la genealogía de esta noción, complementándose con la propuesta de problematización que enuncia François Hartog, en la segunda parte el libro funciona como un homenaje a uno de los pensadores que más bregaron por un desarrollo específico para la semántica de lo histórico: Reinhart Koselleck.

Analía Hounie (comp.), Alain Badiou, Toni Negri, Jaques Rancière, Slavoj Žižek y otros, **Sobre la idea del Comunismo**, Buenos Aires, Paidós, 2010, 249 pp.

El libro compilado por Analía Hounie plantea en el actual panorama filosófico, aunque también pertinente a otros espacios del saber y aun políticos, el problema de cómo pensar el cambio social en el mundo globalizado de hoy. Vieja pregunta, aparentemente ausente de una respuesta concreta, precisa y de carácter colectivo, la idea del comunismo aparece en este coloquio organizado en Londres en 2009 como —según afirma aquí Badiou—, la única idea política filosófica desde Platón en adelante digna de ofrecer posibles respuestas. Sin dudas provocadora y polémica, pero no por ello menos interesante, la reflexión sobre la vigencia de esta hipótesis en relación tanto a las condiciones de dominación que impone el capitalismo global, como a la concerniente al lugar de la izquierda en dicho proceso, fue un punto central en la organización y convocatoria de filósofos de la talla de Jaques Rancière, Alain Badiou, Toni Negri y Gianni Vattimo. Es así que estas participaciones junto a las de otros filósofos y pensadores menos renombrados evidencian por un lado, las potencialidades emancipadoras que todavía comporta la idea del comunismo para cierta intelectualidad europea, y por el otro, la necesidad de replantear las coordenadas teóricas que la constituyeron como tal y que alentaron varios de los acontecimientos humanos más dramáti-

cos del siglo XX. Más allá de las diferencias que existen entre los filósofos participantes —perfectamente distinguibles en cada una de las quince ponencias— el libro como conjunto admite trazar un criterioso y ajustado balance sobre la actualidad de esta idea en términos de una posible política transformadora y, al mismo tiempo, interrogarnos por el lugar que ocupan o creen ocupar estos intelectuales de la izquierda europea en sus respectivas sociedades.

Luis Miguel Donatello, **Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto**, Buenos Aires, Manantial, 2010, 176 pp.

La lucha armada ha sido en los últimos tiempos un tema muy visitado por numerosos autores y distintas publicaciones, en el marco de un problema más amplio y complejo que es el de explicar el cruce entre política y violencia ocurrido en la Argentina de los años sesenta y setenta. En esta ocasión, el libro de Luis Donatello explora este mismo campo temático desde una mirada analítica atenta al vínculo entre lo religioso y político, en términos de detectar sus mutuas influencias y retroalimentaciones que afectaron el predominante sentido dicotómico con el que en general la historiografía y las ciencias sociales dieron cuenta de uno y otro. Producto de una tesis de doctorado en ciencias sociales pero despojado de las complejidades del registro académico, en su escritura se observa un intento por vincular el mundo católico conformado a lo largo de buena parte del siglo veinte con el surgimiento y el posterior desarrollo de organizaciones guerrilleras como Montoneros en particular, y con ciertas prácticas y creencias comunes al resto de la izquierda en general. Presto a un análisis y estudio de las redes de sociabilidad, acciones, trayectorias personales y representaciones a través de las cuales se formaron gran parte de los integrantes de esta organización armada —y que el autor asocia al surgimiento de un catolicismo renovador o contestatario gestado en los sesenta—, el libro logra clarificar un aspecto no demasiado abordado, aunque en ocasiones intuido, que es el de comprender al fenómeno de la lucha armada como parte de un enorme proceso histórico de secularización y acoplamiento de las creencias religiosas en el plano de lo político.

Rolf Wiggershaus, **La Escuela de Fráncfort**, Buenos Aires, F.C.E., 2010, 992 pp.

La Escuela de Fráncfort de Rolf Wiggershaus, recientemente traducido del alemán y publi-



cado por el Fondo de Cultura Económica, es un libro fundamental para la comprensión del nacimiento, desarrollo y posterior ocaso del último grupo importante de pensadores marxistas de occidente. Sus casi mil páginas son parte de una monumental reconstrucción de los programas, debates y tensiones que dieron forma a esta rama del marxismo europeo, junto a las trayectorias, redes académicas y políticas que los creadores de la Teoría Crítica desplegaron de manera tanto colectiva como individual en distintos espacios nacionales: en la Alemania de los treinta, en el exilio norteamericano y en la Europa de posguerra. Aunque es cierto que el libro se recorta centralmente en las figuras de Max Horkheimer y Theodor Adorno —ejes de los diversos proyectos intelectuales y de los recursos y subvenciones vitales para el funcionamiento del Instituto de Investigación Social— su trama sin embargo no oculta la participación de otras figuras de esta experiencia intelectual como fuera Walter Benjamin, de enorme influencia en el pensamiento de Adorno. Un caso similar ocurre con quien fue director de tesis de doctorado del autor, Jürgen Habermas. En cuanto se atraviesa el desafío de una lectura que ciertamente no da respiro, la sensación finalmente reinante es la de estar ante una obra imprescindible para la comprensión sobre cómo se gestó este colectivo intelectual que tanto ascendente generó y aún genera en el mundo académico de Europa, Estados Unidos y América Latina. Y es quizás esta vigencia de la Teoría Crítica lo que permita en parte explicar las razones que llevaron al Fondo de Cultura Económica a la publicación de este libro aparecido en 1986 y que recién hoy está al alcance del público hispanoparlante.

José M. Aricó, **Marx y América Latina**, Buenos Aires, F.C.E., 2010, 299 pp.

Marx y América Latina es la edición definitiva de un libro que, publicado por primera vez en 1980, se convirtió con el paso del tiempo en un clásico del pensamiento marxista latinoamericano. El problema de las vicisitudes del desencuentro entre Marx y América Latina fue gracias al libro de José Aricó, la expresión regional de un movimiento intelectual y político más amplio que anunciaba en occidente una nueva crisis del marxismo a principios de la década del ochenta. La riqueza intelectual, erudición y lectura aguda del canon marxiano que realizó por aquel entonces Aricó todavía hoy pueden ser apreciados, al tiempo que convocan a una lectura atenta y alerta de esta tradición a pesar de los vaivenes sufridos. De

hecho, el libro continúa siendo un brillante ejemplo sobre cómo una distancia crítica con aquello que fue vivido tan íntimamente puede ser reconocido todavía como propio aunque necesariamente infiel. Pero en el caso de esta reedición, su publicación ofrece al lector algo más. Permite acceder por primera vez a la correspondencia privada de Aricó y a partir de la misma, como bien lo expresa Horacio Crespo en el prólogo, ubicar al libro en el marco de una producción intelectual y política específica. Así, Aricó y su correspondencia con intelectuales como Juan Carlos Portantiero o Carlos Franco son interesantes e inevitables momentos que permiten comprender cómo el libro fue gestado, en qué marco intelectual se insertó y cómo tomó forma la crítica coyuntural política e histórica de mediados y fines de los setenta a través de la mirada de un intelectual marxista. Estas cartas no solamente son un insumo invaluable en la restitución de la densidad de ideas y sensibilidad de época que estuvieron presentes en su creación, sino también un vital punto de partida para la elaboración de una necesaria biografía intelectual y política de este hombre de ideas y militante argentino. Esto, claro, siempre y cuando el diablo no vuelva a meter la cola.

Mabel Bellucci, **Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política**, Buenos Aires, Planeta, 2010, 224 pp.

Mabel Bellucci explora a través de la figura política y social de Carlos Jáuregui la historia e importancia del activismo gay en la Argentina reciente. Documentos, testimonios e imágenes son las fuentes en donde abreva la reconstrucción de un itinerario personal que despunta los momentos más salientes de los movimientos sociales vinculados al reclamo por la igualdad de derechos y oportunidades para las minorías sexuales. Desde las primeras marchas en las cuales Jáuregui participó en París allá por 1981, pasando por su militancia en un pequeño grupo del Movimiento AL Socialismo (MAS) y la fundación de la Comunidad Homosexual Argentina durante la década del ochenta, hasta la organización de la primera marcha del Orgullo Lésbico-Gay en Buenos Aires hacia 1992, el libro logra retratar la vida pública de un militante como parte de un movimiento mucho más amplio y activo, especialmente en Buenos Aires. La confluencia entre homosexuales, travestis, transexuales y lesbianas que se afianzó notablemente hacia la década del noventa, fue en parte posible a partir de la construcción del espacio Lésbico, Gay, Travesti y Transexual (LGTT), en donde Jáuregui no solo

fue su más visible promotor, sino uno de los que con más claridad planteó la intervención de las minorías sexuales como parte de un activismo político. En el cruce entre la defensa de los Derechos Humanos y la labor político-social, Jáuregui emergió como una figura central en la promoción de la «cuestión sexual» que, con el paso del tiempo, permitió de manera conjunta pensar temas como la represión, la discriminación y la subalternidad como los inmediatos antecedentes de uno de los cambios más significativos de la vida social argentina contemporánea: la ley de matrimonio igualitario.

Michel Winock, **El siglo de los intelectuales**, España, Edhasa, 2010, 1046 pp.

Los estudios sobre la historia de la vida intelectual en Francia en los últimos tiempos se han incrementado notablemente. Como en pocos casos, la figura del intelectual, sus actividades e ideas tienen en este país una presencia académica tal que, podría aventurarse, constituye *per se* un propio campo de investigación. Como un signo visible de esta situación, el libro de Michel Winock **El siglo de los intelectuales** es un arduo y por momentos brillante trabajo sobre un aspecto hasta ahora no explorado con debida profundidad: los debates públicos y enfrentamientos político-intelectuales que se sucedieron en Francia desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970. Con una escritura amena y sencilla, poco común en el tradicional paisaje cartesiano del pensamiento francés, Winock se interesa por recuperar e iluminar el peso que tuvieron los intelectuales franceses —de izquierda y derecha— en la opinión pública de su país a través de una minuciosa reconstrucción de sus múltiples querrelas morales y políticas. Así, los «años de Barrés», los «años de Gide» y finalmente los «años de Sartre», configuran el orden de la exposición del libro y los contornos a partir de los cuales, según Winock, se fueron configurado distintos escritos de combate y sensibilidades de época. Al mismo tiempo, y en torno a estas figuras, reconstruye ciertas formas dominantes de representación del intelectual en Francia que han tenido una enorme capacidad de traccionar y delimitar la manera en que estos entendían su propio lugar y deber en determinados momentos importantes de la vida cívica. No obstante su extensión y la dificultad que genera el acceso a las jugosas notas finales de cada capítulo por el tipo de formato editorial, el libro complementa una ya rica historia de los intelectuales franceses quienes, como observa el autor en sus conclusiones —al interrogarse por el posible final de esta especie—, aún hoy

no escapan a la función crítica y orgánica en torno a la defensa de las bases éticas de la sociedad democrática contemporánea aunque, en vista del tiempo recorrido y actual, sin ningún tipo de potestad enunciativa.

Flavia Fiorucci, **Intelectuales y Peronismo. 1945-1955**, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011, 226 pp.

Cuando parecía que sobre el peronismo ya se había dicho todo, en los últimos años sin embargo una profusa literatura ha emergido, aunque con diversos intereses y objetivos. Nuevas miradas, objetos, procesos y temas son parte de una búsqueda actual por cuestionar un imaginario público y académico que tendió a ocluir, antes que permitir, un análisis profundo de las complejidades del primer peronismo. El libro de Flavia Fiorucci, como la propia autora advierte en la introducción, se inscribe plenamente en esas hipótesis, argumentos y observaciones que desde un sector de la historia y la sociología académica se han venido alentando. En el caso particular de este libro, su objetivo se conforma a partir de un doble aspecto relacional: las políticas culturales desplegadas por el gobierno de Perón, en especial frente al campo intelectual y las respuestas enunciadas por parte de los intelectuales. Más allá del escaso éxito que tuvo el peronismo por incorporar a un significativo grupo de intelectuales al estado —como lo evidenció el fracaso de la «Junta Nacional de Intelectuales»—, la puesta en primer plano de estas políticas evidencia lo poco que estuvo abordado el tema por parte de la historiografía, al tiempo que advierte sobre la necesidad de matizar la canónica idea de una supuesta ausencia. Asimismo, el conocido rechazo de buena parte del campo intelectual hacia el peronismo no se explicaría, según el estudio de Fiorucci, en razón de enunciaciones individuales o por medio de revistas únicamente, como fue el conocido caso de *Sur*. Formas de intervención colectiva hasta ahora poco advertidas, como el caso de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), demuestran la capacidad de reconocimiento, autorregulación y agrupamiento amplio que todavía disponían los escritores en aquellos años del peronismo clásico. Pero también, y he aquí un contrapunto clave del libro, la autora demuestra que esta capacidad no fue potestad únicamente de intelectuales hostiles al régimen. Similar estrategia emplearon hombres cercanos al gobierno como Manuel Gálvez, Leopoldo Marechal y Raúl Scalabrini Ortiz, quienes al conformar la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA)

se ubicaron en ese mismo espacio, aunque en simétrica oposición a la SADE. La resultante de una creciente politización interna del campo intelectual durante el período —que se profundizará en décadas posteriores—, se explica entonces por el cruce entre el hostigamiento continuo del peronismo ante el fracaso de cooptar a los intelectuales y un inalterable discurso de oposición enunciado por distintas formaciones y figuras intelectuales. Y fue justamente este creciente proceso de imbricación entre política y labor intelectual, concluye la autora, lo que permite repensar otro aspecto conocido de la vida intelectual argentina de la década de 1950: la ruptura del consenso antiperonista como parte de un momento previo al derrocamiento de Perón, pero que solo alcanzará profundidad acaso por las distintas posiciones asumidas frente al gobierno de la Revolución Libertadora.

Alejandra Mailhe (comp.), **Pensar al otro/ pensar la nación: Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina**, La Plata, ediciones AL Margen, 2010, 382 pp.

Pensar al otro/ pensar la nación es un libro que recoge los resultados de varias investigaciones interdisciplinarias sobre intelectuales y vida cultural en América Latina durante el siglo XX, producidos en el marco de la Universidad Nacional de La Plata. Su objetivo principal es abordar la construcción de distintos objetos discursivos e itinerarios intelectuales de pensadores latinoamericanos como Manuel Ugarte, Martínez Estrada, Oliveira Lima, Bernardo Kordon, Luis Valcárcel y Carlos Astrada, entre otros. En la compilación se destaca un sostenido intento por considerar las preocupaciones que estos intelectuales enunciaron con respecto a la «cultura popular» y su articulación con los problemas, temas y motivos vinculados a la definición de una determinada identidad tanto nacional como latinoamericana. Atentos a tradiciones, representaciones, omisiones y contradicciones, los artículos recorren un sinuoso camino que abarca, en su primera entrada, las tensiones existentes entre el espiritualismo arielista, el positivismo hegemónico y el indigenismo enunciados por autores como Ugarte y Valcárcel durante la década de 1910. Asimismo, Kordon y Lima son abordados desde una perspectiva que apunta a distinguir la dimensión simbólica de sendos viajes a Brasil y Argentina respectivamente y la doble alteridad de sus miradas en relación, tanto al país vecino como al Otro social. Su última parte en cambio gira en torno a un eje temporal marcado por los gobiernos populistas de los cuarenta y las tensiones radicales de la década

del setenta, analizando los recorridos y discursos sobre lo popular y lo nacional enunciados desde diversos géneros e intelectuales como el ensayo (Martínez Estrada), la literatura (Héctor Agosti y Amaro Villanueva) y la filosofía (Astrada y Rodolfo Agoglia). Todo lo cual, en conclusión, permite apreciar al libro no solamente como parte de un productivo cruce entre historia intelectual y la sociología de la cultura como posible encuadre teórico-metodológico, sino también un resultado que evidencia la histórica capacidad de los intelectuales latinoamericanos por asumir distintos roles (pedagogos, mediadores políticos, profesiones, interpretes culturales), en un juego especular entre autolegitimación identitaria y definición de lo popular y lo nacional.

FICHAS DE REVISTAS

Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX, Montevideo, año 1, Volumen 1, 2010.

La revista uruguaya **Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX**, es una publicación editada por parte de profesores e investigadores de la Universidad de la República. Anuncia en su primera página que tendrá una frecuencia anual y el objetivo principal para los editores es «promover un necesario espacio de intercambio y diálogo entre quienes se ocupan de los estudios históricos desde diferentes lugares y posiciones». Además de dar cuenta de un avance significativo que existe hoy en el campo de las ciencias sociales y humanidades en el Uruguay, en cuya promoción participa activamente la Agencia Nacional de Innovación e Investigación (ANII), la revista aspira a integrar a diversos profesionales, investigadores y espacios institucionales en una apuesta que pretende alentar el desarrollo de una perspectiva local e internacional en el análisis sobre los procesos históricos del siglo XX. El *Dossier* de este primer número —que incluye secciones como entrevistas, bibliografías, archivos, eventos y recordatorios— tiene como tema principal una mirada transnacional de la Guerra Fría en América Latina desde perspectivas y abordajes como la historia de los intelectuales, las relaciones internacionales, la historia política y el análisis cultural.

Perseu. Historia, memoria y política, San Pablo, Brasil, n° 3, año 3, mayo 2009.

La presencia rutilante del Partido de los Trabajadores (PT) y del gobierno de Lula en la escena política del Brasil ha tenido en los



últimos años profundos efectos en el campo intelectual de dicho país. La aparición de la revista **Perseu** en 2007 puede ser entendida como una de sus repercusiones más reconocidas en el ámbito cultural de un fenómeno político todavía en expansión. Interesada en alentar la difusión de trabajos que tienen como objetivo la historia política y cultural de los trabajadores articulada con la historia de las izquierdas, la publicación en sus tres primeros números propició temas afines y fundamentales para la comprensión de la historia reciente. Si en el primer número presentaba un *Dossier* cuyo tema central era explicar el surgimiento político-partidario del PT en la coyuntura electoral de 1982, en el segundo y último esa preocupación se revela recurrente, pero desde otro ángulo analítico: el lugar que ocupó el PT en la cultura de los trabajadores en ese mismo momento histórico del Brasil. Perteneciente a la Fundación Perseu Abramo y dirigida por el centro Sérgio Buarque de Holanda —en el cual participan investigadores y docentes de distintas universidades brasileñas— la revista se ha convertido en una publicación imprescindible para todos aquellos que investigan sobre la historia próxima del Brasil y aquellos otros interesados en comprender su situación política-cultural actual.

Prismas. Revista de historia intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, n° 14, año 14, 2010.

La revista de historia intelectual **Prismas** publicó a fines del 2010 su número 14. En dicho ejemplar, continúa la presentación de sus ya características secciones que, a lo largo de estos diez años de aparición anual, se han convertido en un importante aporte para el desarrollo de éste y otros campos de estudios afines. La sección *Artículos* refleja la tradición instaurada en la revista de exhibir textos que aborden diversas temáticas y enfoques: desde el estudio cultural del concepto de «raza mexicana» y la representación sobre los Canudos en el siglo diecinueve brasileño, pasando por la producción literaria antiimperialista del escritor guatemalteco Máximo Soto Hall, llegando a los trabajos de dos historiadores argentinos sobre la mirada que desde la literatura se realizaba de Santiago del Estero a principios de siglo veinte y el proceso de crítica y secularización del catolicismo argentino en los años '50. En tanto, el debate entre Otto Brunner y Reinhart Koselleck sobre las tesis historiográficas que el segundo discute del primero y el tipo de relación que debiera darse entre la teoría e investigación histórica, son un

rico acerbo y aporte para el desarrollo reflexivo en el cruce de la historia conceptual y la teoría historiográfica. Por último, aunque central, en este número **Prismas** presenta un *Dossier* en base al clásico libro de David Viñas, **Literatura argentina y realidad política**. Allí es posible encontrar textos de Hugo Vezzetti, Adrián Gorelik, Gonzalo Aguilar y Alejandra Laera, originados en las lecturas que del mismo se realizaron en el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura «Oscar Terán», en septiembre del 2009.

Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico, Prometeo, Buenos Aires, n° 7, año 5, septiembre/octubre, 2010.

Por quinto año consecutivo la revista **Nuevo Topo** aparece en las librerías argentinas. El número actual se organiza en torno al problema de la «burocracia sindical». En momentos en que los trabajadores y sus principales organizaciones parecían definitivamente anclados en formas tradicionales y pasivas —en especial durante la década de los noventa—, en los últimos años un activismo creciente de trabajadores, partidos de izquierda y diversas organizaciones sociales han venido a cuestionar el modelo sindical dominante conformado desde mediados del siglo XX y su lugar en el mapa social del país. Como una deriva de esta situación, los problemas del mundo del trabajo han tomado nuevos bríos en las agendas de investigación académica. **Nuevo topo** recoge algunos de los trabajos y enfoques más recientes y novedosos que abordan esta cuestión, sea desde la historia, la sociología o el ensayo. También, el número ofrece dos artículos que tienen como eje al Partido Socialista: por un lado, la constitución del Partido Socialista Independiente en la Capital Federal entre 1927 y 1930, y por el otro, un estudio regional sobre la función de la propaganda del Partido Socialista en el interior agrícola bonaerense. Además de la consabida unidad temática respecto a las reseñas críticas, la novedad de éste número radica en que su distribución de ahora en más la realizará la editorial Prometeo.